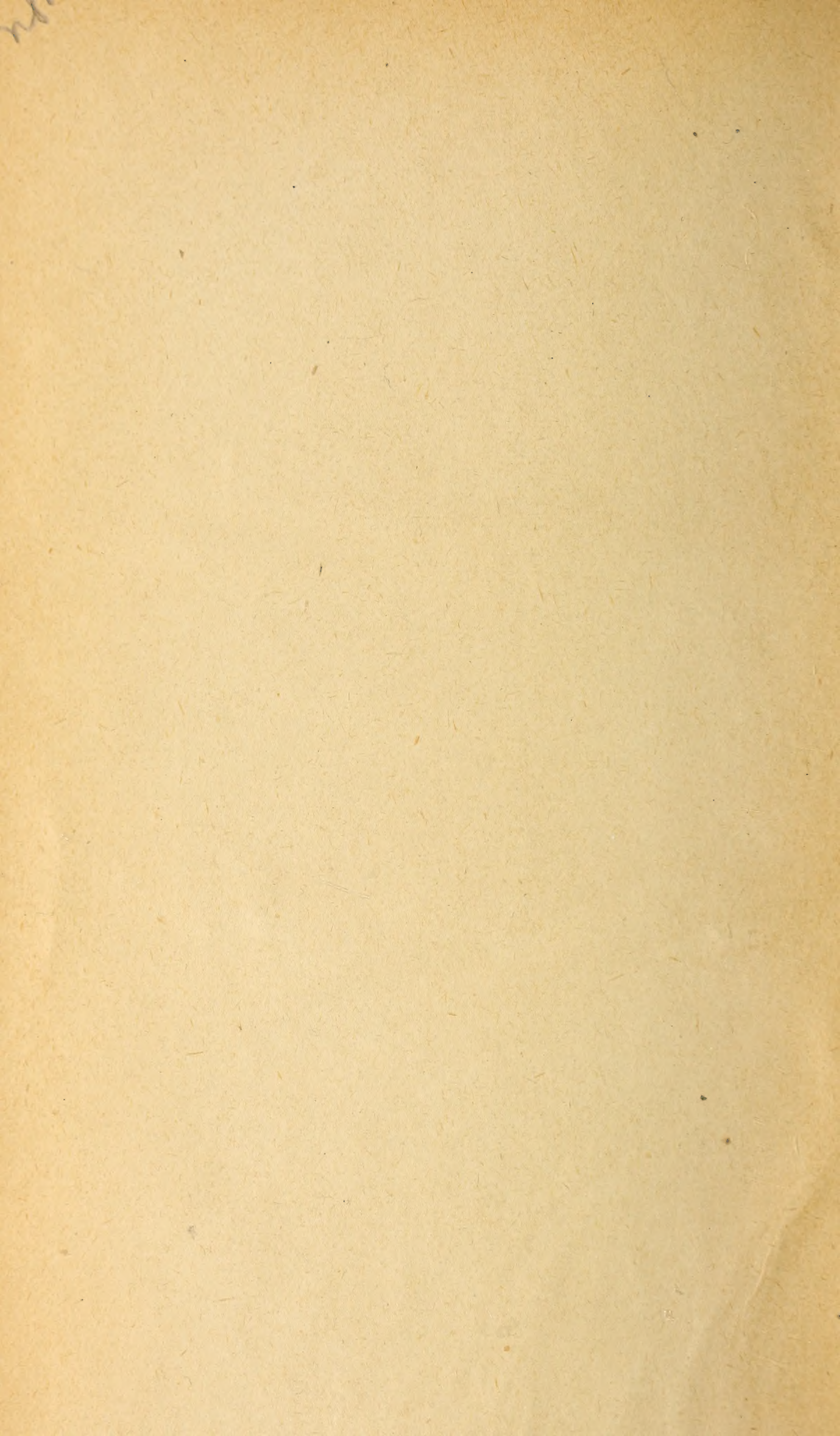








# INCESTO

# OBRAS COMPLETAS

DE

# EDUARDO ZAMACOIS

### NOVELAS DE LA PRIMERA EPOCA

Punto-Negro.—Incesto.—Tik-Nay, *«El payaso inimitable»*.—El seductor.—Duelo a muerte.—Memorias de una cortesana.—Sobre el abismo.

### NOVELAS DE LA SEGUNDA EPOCA

El otro.—Europa se va...—La opinion agena.—El misterio de un hombre pequeñito.—Memorias de un vagon de ferrocarril.—Una vida extraordinaria.—Para ti..., (*Tres volúmenes de novelas cortas*).

### AUTOBIOGRAFIA

Confesiones de «un niño decente».

Años de miseria y de risa.

### VIAJES

La alegria de andar. (*Crónicas de un viaje por tierras de Puerto-Rico y Cuba, Estados-Unidos, Centro-América y América del Sur.*)

EDUARDO ZAMACOIS

OBRAS COMPLETAS



# INCESTO

NOVELA

Unica edición refundida por el autor






RENACIMIENTO
San Marcos, 42
MADRID

Imprenta Latina - Rodríguez San Pedro, 19 - Tel. 11-26 J.

Esta novela—una de las primeras que he escrito—interesó particularmente la atención de ciertos críticos, que entrevieron en ella un «cambio de rumbo», acaso un «arrepentimiento», en el crudo camino que mi pluma bisoña emprendió con «Punto negro».

No hay tal.

Este libro no representa una orientación: es, sencillamente, una visión estética pasajera, «un momento» sin repercusiones en mi horizonte moral.

Veinticuatro años de vida intensísima filaron desde entonces, y mi criterio ético no ha variado. Antes se reafirmó y amplió. En el conflicto aquí planteado, no es «don Pedro Gómez-Urquijo», instintivamente ortodoxo y retardatario, quien tiene razón, sino «Mercedes», su hija. «Mercedes», por ser obra de su padre, es también continuación suya. Su rebeldía simboliza la Libertad, esto es, la Verdad: lo que un día ha de ser.

N. del A.

Agosto, 1924.

# INCESTO

## I

La escena en casa de don Pedro Gómez-Urquijo, polígrafo ilustre. Autores, comediantes, amigos, etc.

UNA VOZ.—¡Admirable!

OTRA.—Vuelva usted a leer esa escena, Maestro.

IDEM.—Sí... sí...

DON PEDRO (*halagado*).—Si ustedes lo quieren...

TODOS.—Se lo suplicamos... (*Pausa.*)

DON PEDRO (*Leyendo.*)—«... Y el mañana, soñado por mí, llegará pronto; y será un mañana luminoso, de paz y de amor, en que las almas... ¡todas las almas!... serán como cuerdas que vibren al unísono en la maravilla de

un beso universal. Jesús habrá triunfado; vencido el dolor, la vida aparecerá dulce y fácil, y los días reirán gozosos entre los carmines de sus dos crepúsculos, como ríe una canción sobre una boca de mujer. (*Pausa.*) Hombre antiguo, hombre vulgar, «hombre rebaño», que vas hacia el porvenir porque el tiempo te lleva a él, mas no por libre y razonada determinación de tu conciencia, yo no comprendo lo que quieres decirme. De familia, de patria, de honor y de odios de raza me hablas. Y, yo te pregunto: «¿Qué es eso?...» ¡Ríes!... ¿Crees que mi estirpe degeneró?... ¡Al contrario!... Soy mejor que tú, más grande que tú, pues mi alma se derrite en llamas de inextinguible amor. Yo no amo a mis hijos como tú a los tuyos: egoístamente y sólo «porque son tuyos»; sino que les quiero igual que a los hijos de todos los hombres; y por lo mismo no amo a mi patra, sí a todas las patrias, pues el cielo, al colgar por igual sobre ellas su inmensidad azul, quiso decirnos que debe cobijar a la humanidad una sola palabra. (*Pausa.*) Y no habiendo naciones, y hallándose ligados los hombres unos a otros por segura y universal Ley de Amor, no habrá nada que sea «tuyo», ni nada que sea

«mío», ni puertas cerradas al desamparo del caminante, ya que, como ahora en las familias, el honor y la hacienda de uno serían entonces el honor y la hacienda de todos. Espíritus inteligentes, espíritus de perdón llamados al apostolado de una religión nueva, no preguntéis nunca a los que se aman la misteriosa razón de su amor, pues el sentimiento que llama a la vida no necesita justificación ni reclama disculpa. Una hija tengo. Si algún día esa niña, a quien dediqué todos mis cuidados, me dijese: «Padre, quiero a un hombre....», jamás trataré de discutir, ni menos de oponerme a sus deseos. Una vida la di, una breve vida que ella no me pidió: ¡dichosa ella si, aquí o allá, dentro de lo permitido o de lo vedado—¡poco importa!—tropezó con un amor capaz de consolarla del inmenso dolor de morir!....»

Sobre todos los labios florece un murmullo admirativo. Mercedes, la hija del novelista, se enjuga los ojos.

## II

Mercedes dió las «buenas noches» y salió: iba pálida, con las ojeras violáceas y la mirada errabunda y brillante de la mujer a quien el tósigo de alguna obsesión impide dormir tranquila; y sus padres quedáronse sentados observándose mutuamente con aire de melancólica perplejidad. «¿Qué hemos hecho?», parecían decirse.

Ocupaba él un cómodo sillón de ancho y sólido respaldar. Era un anciano como de sesenta años, arropado en una bata oscura que caía a lo largo de su cuerpo alto y cenceño en pliegues de majestuosa severidad sacerdotal; el pecho ofrecíase angosto, el torso débil se encorvaba hacia adelante, dócil a esa viciosa propensión física de las personas que envejecieron sentadas, y sus manos prolongadas, expre-

sivas, flacas, bajo cuya piel rugosa serpeaban grandes venas azules, se asían a los brazos del sillón con dedos lívidos de convaleciente.

Aquel torso blandengue, enfermizo y tan para poco, contrastaba poderosamente con la cabeza; una cabeza apostólica que recordaba la de Ernesto Renán, en sus últimos tiempos, y en la que se acoplaban equilibradamente la noble prestancia de la ancianidad y la bizarra gallardía y el vivir heroico de la juventud.

Tenía la frente de los grandes pensadores, alta, bombeada y prolijamente surcada por el pliegue vertical de la reflexión y las arrugas horizontales que señalan los largos esfuerzos imaginativos. Aquella frente entristecida por los años era una confesión, la biografía de un hombre muy vivido, la página más conmovedora y elocuente de una obra maestra: frente serena y grave que seguramente concibió peregrinos pensamientos, y que sintió muy hondo y conoció toda la lira dolorosa de las sensaciones: la ambición, enemiga del sueño; el odio mortal hacia el vulgo, adorador estúpido de esas medianías a quienes un absurdo vaivén de la suerte colocó en el cénit de la popularidad; las zozobras que preceden a los

fuertes combates artísticos, el inexpresable contento de las esperanzas realizadas, el recuerdo torcedor de las ilusiones perdidas... y que ahora, tras un largo período de trabajo cruel, aparecía rugosa y marchita, como el vientre de las mujeres que parieron mucho. Las cejas eran blancas, hirsutas y pobladas; los ojos azules y hermosos, tenían el mirar inmóvil y soñador de los espíritus retraídos entregados a interminables soliloquios; la nariz aguileña, los labios finos y nerviosamente cerrados, el rostro dantesco, seco y enjuto, sin pelo de barba ni resquicio de bigote, y sobre las orejas se abarquillaban los cabellos sedosos y blancos, simulando con bastante exactitud la forma de las clásicas pelucas palatinas. Así mostrábase don Pedro Gómez-Urquijo, el narrador inimitable de los amores sensuales: apoltronado en su recio sillón de trabajo, envuelto en su bata, con su rostro enérgico, sus ojos buidos y elocuentes de antiguo apasionado, sus largas y marfileñas manos de convaleciente y su busto angosto que parecía vencido, cual humillado bajo el peso de la cabeza, demasiado grande, tal vez.

Sentada cerca de él, Balbina Nobos, su

mujer le avizoraba atentamente, como dispuesta a escuchar interesantes revelaciones. Era una viejecita regordetilla y simpática, vestida de negro que ponía esmero minucioso en el aliño y afeite de su persona, y en cubrir sus años valiéndose de la feliz capacidad que tienen para ello las mujeres pequeñas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Gómez-Urquijo pareció abismarse en cavilaciones retorcidas.

—Luego dijo:

—¿A dónde va Mercedes?

—A su cuarto, a dormir—repuso Balbina clavando sus ojos lagoteros de esposa sumisa en los profundos y graves de don Pedro, y añadió.

—¿Por qué lo decías?

—Porque cuando salió de aquí llevaba un libro.

—Sí, tal vez...

—¿Lo viste tú?

—No... pero casi todas las noches suele dormirse leyendo.

—¡Ah!

Ella frunció ligeramente el sobrecejo; adi-

vinaba la confesión de algo muy importante. El prosiguió:

—Debías habérmelo dicho.

—Pues... no he pensado en ello... ¿Hice mal?..

Gómez-Urquijo no respondió.

—Yo ignoraba que el leer de noche fuese perjudicial—agregó Balbina—; Mercedes, de seguro, tampoco lo sabe. Se lo advertiré mañana... luego...

Hablando así aproximó su sillita al sillón de don Pedro, fijando en éste sus pupilas interrogadoras, inocentes y solícitas. Balbina no sospechaba lo que el anciano quería decir.

—¿Son malos los libros?—murmuró.

—Sí—repuso él con voz profunda—; sí... muy malos; y cuanto mejor escritos, más funestos y ponzoñosos para la impresionable juventud que lleva los inquietos sentidos abiertos siempre a la tentación...

De pronto, cual si su ladino y sutil ingenio de psicólogo práctico hallase vinculaciones entre ciertos pormenores reales y las lecturas de Mercedes, agregó:

—Dime: ¿las señoritas de Vallejo vienen mucho por aquí?

—Sí, muy a menudo.

—Y de Roberto Alcalá, ¿qué sabes?

—Nada... ¿qué puedo saber?

El rostro de la sencilla anciana reflejaba curiosidad y estupor supinos y, aunque nada comprendía, obstinábase en escrutar el semblante impenetrable de don Pedro con ese afán prolijo con que los ajedrecistas estudian el tablero.

—¿Es cierto—prosiguió él—que Carmen y Roberto tienen relaciones?

—No lo creo: les vi juntos diferentes veces y no me parecieron novios. El la dice galanteos y ternezas que ella, coquetuela, acepta riendo... pero no hay nada serio, nada formal.

—¿Y si Carmen y Nicasia fuesen el pretexto o la pantalla que Roberto y Mercedes utilizan para comunicarse?

Balbina se irguió en su asiento, plenos de admiración los ojos; aquellos ojos, sagaces y mansos, que se marchitaron mirando al esposo, y bajo los cuales éste hubiera podido decir, sin resquicio de hipérbole, que había encanecido.

—¡Cómo! ¡Imposible!...—exclamó—. ¿Crees tú?... Yo nada he sorprendido.

—¡Oh, quién sabe!... Tú eres una inocente

que mira sin ver. Anda, entérate de si Mercedes se acostó, y vuelve...

Salió ella consternada y de puntillas, con el sigilo inconsciente de la mujer que, en treinta años de vida conyugal, se acostumbró a no interrumpir nunca el silencio que su marido exigía para escribir. Gómez-Urquijo quedó inmóvil, el mento apoyado en la palma de una mano, absorto en la contemplación de algo siniestro.

La habitación donde se hallaba era un vasto despacho rectangular, circundado en su totalidad por grandes armarios con puertas de cristales, tras los que aparecían varios millares de libros, unos encuadernados, otros en rústica, y hacinados todos en caótico revoltijo, cual contagiados de las impaciencias de la mano febril que los manejaba. Cerca del balcón estaba la mesa en que Gómez-Urquijo escribía: una legítima mesa de trabajo, sólida, grande y sobre la cual no había tinteros de plata, estatuillas de Sevres ni ninguna otra mala especie de chucherías inútiles, y sí gruesos rimeros de cuartillas y libros a medio abrir; y junto a un quinqué de bronce con pantalla verde, una copa llena de tinta. De allí, de aquella copa

vulgar, había sacado Gómez-Urquijo toda su gloria artística: su «Eva» y su «Cabeza de mujer», los dos libros que le granjearon un puesto de honor entre los primeros novelistas de su época. La luz del quinqué derramaba sus suaves efluvios glaucos sobre aquella mesa donde los manuscritos, las cuartillas en blanco, los libros con las márgenes salpicadas de glosas y de obeliscos misteriosos, comprensibles únicamente para su autor, yacían amontonados y en desorden, como los muertos en campo de combate; y luego se difundía por el resto de la habitación, reflejándose en la cristalería de los armarios y muriendo en las sombras que invadían los ángulos extremos; mientras el borde superior del tubo recortaba en el techo un círculo luminoso, semejante al nimbo que orla la cabeza de los santos en los lienzos místicos. Frente a la mesa, colgado de la pared, había un reloj, en cuyas entrañas de acero resonaba el isócrono y angustioso latir del tiempo en marcha.

Gómez-Urquijo continuaba meditando, el mento apoyado en la palma de una mano, y la dramática contracción del entrecejo daba tirantez y tersura a la frente, que brillaba a la

luz con el color amarillento de los huesos viejos. En momentos tales, su imaginación, recorriendo intrincados caminos, procuraba avenir ideas que establecían lazos alarmantes entre las lecturas nocturnas de Mercedes y aquel Roberto Alcalá, a quien sus agudas suspicacias de viejo mundano y de padre, suponían recuestando el corazón de la joven. Cuando Balbina reapareció, andando, según costumbre, de puntillas, el anciano la interrogó con los ojos.

—Sí—replicó ella—, se ha acostado; duerme... Podemos charlar sin embarazo.

Había tornado a sentarse en una sillita baja, apoyados los codos sobre las rodillas de don Pedro, las claras pupilas bien abiertas por la curiosidad y la cabeza caída hacia atrás en la actitud del niño que espera oir una narración interesante.

—Te hablaré—comenzó diciendo Gómez-Urquijo— como si me dirigiese a un compañero de profesión; o, mejor que a un literato, a un amigo íntimo, a un hermano... pues el acendrado amor que nos une ha de situar tus alcances a la altura de mi discurso. Yo, querida mía, entregado como estoy a mi absorbente tarea de sempiterno componedor de argumentos,

vivo algo fuera de la realidad y tardo mucho en apercibirme aun de los hechos más evidentes y triviales... ¡Y cuenta que otro tanto ocurre asimismo en ti, si bien por opuestos motivos; pues si yo no acierto a servirme cuerdamente de mis ojos, por tenerlos empleados en la contemplación de íntimos y abstrusos horizontes, tú, por exceso de candor—la inocencia es una miopía del entendimiento—tampoco sabes darle útil empleo a los tuyos. No obstante, días pasados tuve un rasgo de lucidez, de vulgaridad, si tú quieres, que me ha revelado la pista de un grave secreto.

Calló unos segundos y prosiguió:

—Cierta noche, al entrar en el comedor, sorprendí a Mercedes apoyada de codos sobre la mesa, leyendo un libro, devorándolo... Esta es la palabra inquietante y justa: «devorándolo»... Al verme, lo cerró violentamente y procuró ocultarlo, echando sobre él un pañuelo. Aquella turbación descubría un pecado. Entonces, sin embargo, nada dije porque nada se me ocurrió; pero salí de allí llevándome grabada en la memoria la imagen de lo que había visto; esto es: a nuestra hija con el semblante enfebrecido por la emoción, leyendo un libro y soñando con

él... ¡Caso extraño! Yo, que en nada reparo, porque tengo un carácter refractario a los pequeños acontecimientos de la vida vulgar, recomponía continuamente aquella escena, insignificante al parecer, y poco a poco, cuanto mejor la examinaba, mayor gravedad revestía a mis ojos. De nada de esto hablé contigo, por no alarmarte; pero durante varios días la imagen de Mercedes, leyendo, me robó muchas horas de trabajo. Veía el comedor, con sus muebles, sus cuadros... y a nuestra hija bajo el torrente que proyectaba la lámpara suspendida en el comedio de la estancia, los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, cuyos blancos dedos parecían mesar nerviosamente los rizos rútilos de su crespa cabellera de apasionada; inmóvil, devorando una historia de amor... convertida tal vez ella misma, en heroína novelesca... ¿Comprendes?... Este cuadro me perseguía, me obsesionaba; era un recuerdo ineluctable, pertinaz, torturador, como una pesadilla...

Intrrumpióse para allegar alientos, y en el silencio de la habitación resonaron las diez campanadas del reloj, que luego prosiguió aquel tic-tac, tic-tac... con que cumplía su fatídica

tarea de restarle segundos a la vida. Balbina permanecía suspensa y boquiabierta, sin vislumbrar aún el verdadero fin a que iba enderezado semejante discurso, y con un rostro sobre el cual las palabras del anciano iban estereotipando los síntomas de una estupefacción suprema.

Don Pedro continuó:

—En días sucesivos me dediqué a observar a Mercedes minuciosamente. Créeme: los grandes novelistas—y yo que he triunfado puedo clasificarme entre ellos—poseemos extraordinarias facultades de análisis. No vaciles, por tanto, en admitir mis sospechas como rigurosamente valederas. Mercedes tiene un secreto... La vi pálida, cabizbaja, el semblante marchitado por el recóndito y fiero trajín de las ideas fijas, y adquirí la convicción de que algún grave cataclismo se operaba en su alma. Entonces, considerando que mis libros ofrecen reiteradamente tipos de mujeres aquejadas de ilusiones inasequibles y de sensuales desvaríos, y que acaso mi hija fuese una de tantas románticas enfermas, pensé en Roberto Alcalá, como pude pensar en otro hombre... y temí el influjo que las novelas célebres, más atentas al re-

creo y esparcimiento del ánimo que a la edificación de las conciencias, ejercen sobre las imaginaciones inquietas. ¿Comprendes ahora?...

La anciana, en efecto, empezaba a comprender.

—Sí, sí—balbuceó—, quizás aciertes... Sin embargo, yo, que voy con Mercedes a todas partes y conozco a ese Roberto, nada he visto.

—¡Oh, naturalmente! Tú eres un espíritu candoroso, simplicísimo, que no sabe leer entre líneas, y esa ceguera tuya redobla mi inquietud...

—¿Qué temes, pues?

—¡Oh, temo muchas cosas!... Temo que Mercedes se enamore de quien no la merece, y de que el miserable abuse del corazón de nuestra hija, bastardeado por las enseñanzas de malos autores.

Habíase retrepado colérico en su asiento, en tanto descargaba dos sonoras palmadas sobre los brazos del sillón; una ola de sangre arreboló sus mejillas, coloreadas habitualmente por el esfuerzo mental, y, bajo el doble arco de sus cejas blanquísimas, los ojos fulguraron iracundos.

—¿Quién niega—porfió—, que Mercedes, ex-

citada por la lectura de libros perversos, no codicie esos paraísos artificiales que finge la voluptuosa fantasía de las doncellas ardientes, y pasiones y locuras y deleites sin guarismo?... Yo, que dediqué mi existencia a los libros, les tengo miedo. La influencia de las lecturas es más trascendental en la mujer que en el hombre, porque vuestra constitución es más delicada y más propicia, por tanto, a asimilarse las ideas del autor. La virgen, ayuna, como se halla, de toda impresión bastarda, lee ávidamente, codiciosa de sorprender los secretos de una sociedad cuyo alegre rumor percibe vagamente a través de las puertas que la guardan. Aquellos libros son el fruto prohibido, el mágico amuleto revelador de los secretos venusiacos que su inquieto candor vislumbra a despecho de los albos trampantojos de la inocencia, la llavecilla del mundo ignorado que habitan los risoteros gnomos de la aventura y del deleite...

Gómez-Urquijo se detuvo.

Balbina continuaba pendiente de sus labios, mirándole fijamente, sin parpadear, cual si en aquellos momentos solemnes las pupilas la sirviesen también para oir; fascinada por ese re-

cogimiento que suelen inspirar a sus esposas los grandes hombres. Aquello no era un diálogo, era un monólogo, una meditación en voz alta.

Urquijo prosiguió:

—La virgen lee y lee... sorbiendo el veneno de la realidad por sus ojos dilatados; unos capítulos suceden a otros, las escenas se multiplican... Allí aprende prematuramente las socaliñas de que las mujeres se valen para interesar el tornadizo corazón de los hombres, y los ardides que, a su vez, los conquistadores sagaces emplean para vencerlas; allí descubren que no siempre las esposas son fieles a sus juramentos, y cómo hay innumerables artimañas para burlar la vigilancia de los maridos celosos; allí conocen el placer de las citas, los viciosos discreteos de los salones, los misterios de la alcoba, las artes de que han de servirse para acrecentar su hermosura y mostrarse más apetecibles; allí, en suma, pierden el candor del espíritu, y sus imaginaciones tempranas envejecen rápidamente escuchando la voz enervante de la experiencia desencantada... Y ¡ah!... yo no permito que Mercedes, la hija de mi alma, sea una de tantas...

Peroró largo rato, revolviendo las mismas ideas con testarudo ahinco.

—Sobre todo—agregó—, no quiero que lea ningún libro mío; ¡ninguno!

Balbina se estremeció. ¿Por qué? ¿Eran perjudiciales aquellos libros tan interesantes, tan apasionados y conmovedores, que ella no pudo leer nunca sin llorar?

—Lo haré como mandas—dijo bajando la cabeza—, mas no creo que tengas razón para hablar así.... ¡Todo lo que has escrito es tan sugestivo, tan admirable, tan hermoso!...

Treinta años consecutivos asistió, hora tras hora, a la concepción, planeamiento y ordenado desarrollo de aquellos volúmenes, base y escudo de la gloriosa reputación de Gómez-Urquijo. La idea primitiva, el concepto generador de cada libro, lo concibió Urquijo en el lecho, junto a ella, en noches de vigilia gloriosa, durante las cuales el cerebro del artista trabajaba ayudado por las tinieblas del dormitorio. y en días sucesivos fué viendo cómo aquella idea matriz crecía y se perfeccionaba mientras iba ramificándose con otras, y cómo el novelista bautizaba y movía los diversos personajes, les comunicaba su propia vida, intercalaba en la

narración sabrosos episodios y avanzaba hacia el desenlace derechamente. Ella, en fin, mera espectadora de aquellas creaciones, las pensó y sintió tanto como su mismo autor, y luego había llorado de emoción repasando las cuartillas salpicadas de tachaduras y llenas de renglones trazados con esa letra gruesa y desigual de los hombres de acción, y ayudado asimismo a la corrección de pruebas; y más tarde gustó, cual si fuesen suyos propios, los aplausos conquistados por el libro. En aquellos volúmenes había pulsaciones de su cerebro y túrdigas de su alma; los había visto nacer y desarrollarse; tal vez los inspiró... De suerte que al oír a Gómez-Urquijo abominar de ellos, se atrevió a repetir varias veces y con los ojos bajos, a guisa de suave protesta:

—¡Como gustes, claro... eso nadie mejor que tú puede decirlo!... ¡Pero son tan hermosos, tan bonitos!...

—Sí, lo sé.

—Entonces...

—Por lo mismo que son muy hermosos, muy sugestivos, muy arrobadores... no quiero que Mercedes los lea.

Ella repuso en voz muy baja, con una mansedumbre de sierva enamorada:

—No entiendo bien....

—¡Pero me entiendo yo... y basta!

Iba exaltándose, irritándose progresivamente en virtud de una idea que rebrinqueteaba vigorosa por sus profundos y que se negaba a confesar. Era el gran secreto de su vida artística, cierta duda cruel que aheleó sus mayores triunfos; un misterio profesional del cual se había preocupado pocas veces, y que entonces resurgía de improviso exigiendo una solución definitiva y perentoria: el eterno combate entre lo moral y lo artístico, entre lo bueno y lo bello. Urquijo se frotaba las manos impaciente, nervioso, y Balbina continuaba escrutándole, esperando una contestación.

—Pero di—añadió pasado un largo intervalo de silencio—; aclara mis temores. ¿Son malos tus libros?....

El rostro venerable de Gómez-Urquijo expresó una angustia suprema, como si el íntimo combate que en momentos tales libraban el hombre y el escritor le desgarrase alguna fibra muy delicada, muy sensible, muy honda.

Pasados los primeros instantes de vacilación, el hombre y el padre vencieron al artista.

—Sí—declaró con voz apenas perceptible—; mis libros son malos; son libros funestos.

—¿Ah?

—Como autor, los aplaudo y los estimo dignos de parangonarse con los mejores; pero, como hombre que tiene una hija... ¿quieres que sea franco?... Pues, como padre... ¡palabra de honor!... los condeno... los detesto...

—Entonces, ¿por qué los escribiste?

Formuló Balbina su pregunta—esa pregunta a la que tan pocos artistas geniales sabrían contestar—inocentemente, con la terrible ingenuidad del niño que dispara, jugando, sobre su hermano, un arma de fuego. Urquijo se encogió de hombros, anonadado.

—¡No sé por qué los escribí!... Los artistas producimos fatalmente, obedeciendo a un exceso de vitalidad que bulle en nosotros y experimentando al producir placer inmenso, mas sin conciencia justa de la condición benéfica o perjudicial, útil o perversa, de nuestra obra.

Hablaba balbuceando, sin saber cómo disculpar la nefanda labor de toda su vida: y

conforme su aturrullamiento y desconcierto de ánimo aumentaban, Balbina sentíase por instantes más alerta, más locuaz y batalladora.

—Tú sostuviste repetidas veces—arguyó—que tus libros eran muy buenos, ¿recuerdas?

—Sí.

—Muy saludables...

—También... sí...

—Muy morales.

—¿Morales?... Sí, seguramente son morales... ¿Acaso encierra la ética ningún principio incontrovertible? Harto estoy de oir en todas partes la misma cantinela: «Los libros de usted son muy hermosos, pero no deben leerlos los niños. Sus comedias son interesantes y hasta morales, pero no puede oirlas ninguna dama sin ruborizarse»... Y yo respondo: «¡Me es igual! Que no vayan al teatro las señoras: ¡peor para ellas!... Que no compren mis libros»... Con arreglo al absurdo criterio de mis adversarios, los únicos ciudadanos que cumplen en nuestra sociedad una misión genuinamente educadora serían los modistos y los fabricantes de juguetes. Los Códigos—que declararon a la infancia irresponsable—, ¿no fueron escritos «para los hombres»?... ¿Con qué justicia, entonces, se

exigirá a los literatos, encargados de dirigir la concienca pública, que escribamos «para los niños»?...

Gómez-Urquijo procuraba disimular su pensamiento con respuestas ambiguas, y al hacerlo oscilaba como el equilibrista que corre por una maroma; mientras la anciana, para quien la vida del gran hombre no tenía secretos, continuaba acorralándole entre líneas paralelas de sólidos e incontestables argumentos.

—Yo recuerdo—prosiguió—que antes de casarnos publicaste «Eva», tu libro más leído...

—Precisamente.

—Y luego «Cabeza de mujer...» que fué atacado sañudamente por los críticos.

—Sí...

—Te llamaban libertino, anarquista... Y tú escribías en todos los periódicos inflamados artículos defendiéndote.

Don Pedro hizo un leve signo afirmativo.

—Mas, por lo visto, al hacerlo así empleabas sofismas y no razones de buena ley, ya que ahora reconoces que tus enemigos tenían razón. ¿Cómo, Pedro? ¿Por qué mentiste?... ¿Es posible?... ¿En qué pensabas, tú tan leal, cuando firmaste obras de las que ahora reniegas?

Gómez-Urquijo se había levantado y vuelto a sentar, encogiéndose de hombros, arqueando las cejas, moviendo febrilmente sus finos labios de hombre inquieto.

—En mis libros—dijo al fin—consigné cuanto he visto, lo vivido... ¡Es natural! Los viejos parecemos libros de historia; sólo acertamos a hablar de lo pretérito... También reconozco que soy un escritor pagano y cómo mis novelas forman una especie de oración admirable en loor de la carne omnipotente.... Mas, ¿para qué defender la castidad cuando es una negación del deseo fecundo, una virtud estéril, como la mayor parte de las mal llamadas virtudes?... Cretinos y miserables envidiosos me atacaron... ¿y qué?.... El mérito de los artistas, como la belleza de las mujeres, se mide por los violentos entusiasmos que encienden... ¡Guerra, pues! Hay que dudar del valimiento del escritor que no fué combatido, como debemos discutir la hermosura de la mujer que nunca fué deseada!....

Y exclamó, agarrándose desesperadamente a este sofisma, más propio de un especulador que de un artista:

—Mis libros son buenos; sí, son buenos...

Pues que se vendieron por millares y ganaron el abrigo y el pan de toda nuestra vida.

—¡Cierto!—atajó Balbina, los ojos arrasados en lágrimas—; ¡se han vendido! pero, al escribirlos... ¿no pensaste que tu hija podría leerlos alguna vez?

—Pero ven acá—replicó él—, ¿de dónde sacaste que lo moral reside únicamente en aquello que puede decirse sin escándalo del rebaño? ¿Qué hace el médico con el paciente? Desnudarle, ¿verdad?... registrarle... porque únicamente conociendo bien su enfermedad podrá curarle. ¿Y qué opinarías del médico que le dijese al varioloso, al tífico, al colérico: «No hable usted de esto con nadie; deje usted que sus hijos continúen durmiendo en la cama donde usted duerme; lo importante es que no se enteren de nada para que no se asusten...» Esto te parecería monstruoso... Pues lo que hacen los médicos con el cuerpo, debemos nosotros, los artistas, hacer con las almas, con tanto mayor motivo cuanto que las enfermedades morales son las más contagiosas. Hay que decir, pero a gritos, para que los tardos de corazón nos oigan: «Aquí está el daño, la llaga es ésta...» Y establecer cordones sanitarios

para evitar que los microbios del fanatismo, de la hipocresía y de la sordidez homicida, se propaguen. La humanidad sufre y debemos curarla; como Cristo, la humanidad lleva una herida en el costado... y es preciso cerrar esa herida. Y la curaremos. ¡Oh, que nadie lo dude!... Por el hierro y por el fuego la curaremos. Yo vislumbro la pronta llegada de ese supremo cautiverio en el divino horror de una aurora roja... Pero con vosotros, con los tuyos, los beatos, no hay que contar... Vosotros simbolizáis la quietud, la docilidad, la pasividad... y los ojos se hicieron para mirar adelante, que no para volverse al cielo en el gesto resignado de una oración. Nacimos para luchar y debemos luchar; malditas las manos que no luchan. El cielo, que es el Bien, está en nosotros: se llama «Voluntad».

Continuaron hablando más de una hora, que fué para Gómez-Urquijo de inexpresable martirio. Súbitamente había evidenciado el espantoso vacío moral de su labor literaria; sus libros eran malvados y hogaño tenía miedo de su obra, porque fué la de un pagano enamorado únicamente de la belleza y de la forma. Lo que no había comprendido en seis lustros de

combates artísticos, sostenidos desde el periódico o desde la cátedra del Ateneo, acababa de vislumbrarlo de sopetón viendo a Mercedes triste y empalidecida por el vaho venenoso emanado de novelas perversas. El quiso castigar rudamente a los libertinos enervados en brazos del deleite, sin ambiciones y sin ideales; a las adúlteras que destruyen con sus torpes liviandades del santo concierto del matrimonio, base inamovible de la sociedad; y a los ricos que amasan sus fortunas con el dinero arrancado a la miseria de los demás, y a los próceres avillanados que arrastran sus pergaminos por el fango del arroyo, y a los jueces venales, y a los escritores cobardes, y a los prohombres que ponen su influencia al servicio de las mujeres bonitas. Tal fué la misión nobilísima a que Gómez-Urquijo dedicó sus afanes: combatió todas las ruindades, todas las intransigencias, todos los fanatismos, todas las claudicaciones, y luchó por cuanto estimó bueno y justo ciegamente, con ahinco y tenacidad admirables.

Pero el camino que eligió para la realización de tan altos fines no era bueno. Para fustigar a los jueces venales y a los aristócratas desnu-

dos de toda virtud, hubo de pintar en sus novelas jueces sobornables y próceres holgazanes y calaveras, y mujeres de los más turbios y peor encaminados temperamentos... Y estos personajes, por obra de la idiosincrasia pagana del autor, no llegaron a encarnar exactamente el pensamiento de Gómez-Urquijo: todas sus mujeres eran viciosas y ardientes, pero con un vicio adorable que a la vez parecía motivo y resultado de su misma belleza, y que, lejos de rebajarlas, las magnificaba y disculpaba; y todos sus hombres, aunque criminales, licenciosos y perjuros, lo eran por motivos de tal magnitud y consideración, que sus liviandades hallaban en seguida fácil escudo y defensa. Tales figuras, lejos de inspirar repugnancia, cautivaban, atraían y encadenaban al lector con hechizos de un sutil y quintaesenciado sensualismo; era imposible odiar aquellos galanes tan bizarros, manirrotos y gentiles, que vivían al margen de la sociedad útil, enmollecidos sobre el regazo de sus amadas; ni repudiar aquellas mujeres, divinas dispensadoras del sumo bien, tan discretas, tan alegres, que desfilaban por las páginas de los libros con un embelesador clamoreo de carcajadas juveniles. Don Pedro Gó-

mez-Urquijo se había equivocado; quiso hacer una obra de regeneración, de higienización social y, sin advertirlo, compuso otra completamente distinta: era imposible arrancar a la lira voluptuosa de Tíbulo los duros acentos castigadores de Juvenal; y él, que pretendió enmendar equivocaciones y corregir defectos, era también, por temperamento, un notable corruptor, voluptuoso y escéptico. Y esto el autor de «Eva» y «Cabeza de Mujer» lo había descubierto repentinamente, evocando aquella escena que tan profunda emoción causó en su ánimo: a Mercedes puesta de codos sobre la mesa del comedor, con su cabellera corta y áspera, su rostro pálido y sus ojos enigmáticos y grises de apasionada: inmóvil, absorta, leyendo una historia de amor, soñando con ella...

—El daño es irreparable—murmuró el anciano tristemente—, pues, aunque yo pudiese echar por tierra de un solo plumazo el monumento literario de mi vida, ¿dónde hallar valor y abnegación suficientes para realizar tan cruel suicidio?...

Balbina Nobos enternecida, lloraba sin que un solo músculo de su rostro se estremeciese y las lágrimas rodaban pausadamente por sus

mejillas pálidas y fofas de burguesita envejecida a la sombra.

—En fin—añadió don Pedro, deseando terminar aquella conversación dolorosa—, no hablemos más de esto: lo dije todo, lo he confesado todo, puesto que mi vida de artista no guarda misterios para ti. Ahora te ruego que cuides mucho a Mercedes, que avizores ladinamente sus quehaceres, que nunca la dejes salir sola a la calle. Vive alerta y con la barba sobre el hombro, Balbina mía, pues la tentación es demonio taimado para quien no hay conciencia inaccesible, ni sueño tranquilo, ni dormitorio bastante hermético... Procura acercarte al corazón de nuestra hija para que sin empacho te abra el cofrecillo sellado de sus secretos; participa de sus deseos, siente con ella, háblala de amores: si acaso notases que desea un aliado, finge ponerte incondicionalmente de su lado y en contra mía, para engañarme. Repítela aquello de: «A tu padre no se le pueden decir ciertas cosas, porque los hombres, etc...» Y si lograses hacerla olvidar que es hija tuya el éxito coronará nuestro espionaje; en el terreno de la confianza, los amigos suelen tener

sobre los padres ventajas inmensas. Hazlo así; yo no puedo ocuparme de todo....

Ella arqueaba las cejas con expresión dubitativa de persona a quien encomiendan una empresa muy superior a sus alcances. Gómez-Urquijo se había levantado, y mientras arrastraba lentamente su sillón hasta su mesa de trabajo, añadió:

—La tranquilidad de nuestra vejez descansa en Mercedes; los hijos son una prolongación de nosotros mismos. Mercedes es mi mejor obra; procuremos, tú y yo, que la posteridad no murmure de ella. Sería imperdonable que yo, que casi fuí víctima de mis libros, consintiera que la hija de mi alma lo fuese también.

Después, ya sentado delante de la mesa, consultó rápidamente un cuaderno, cogió unas cuartillas y púsose a escribir con su letra ancha y gruesa, llena de personalidad. Escribía sin vacilaciones, tachando muy poco y mientras su diestra iba encerrando las ideas en rosarios interminables de palabras, los dedos de la otra mano oprimían nerviosamente las cuartillas, maltratándolas, como despechados de no poder servir para menesteres más altos. La pan-

talla verde del quinqué concentraba su luz sobre la mesa, y en la penumbra, agobiando el tórax angosto de Gómez-Urquijo, surgía su admirable cabeza apostólica, con su frente bombeada de pensador, sus grandes ojos azules abrillantados por los fulgores de la inspiración, su nariz aguileña, sus labios finos, nerviosos, violentamente contraídos, y sus mejillas arreboladas por la sangre que el esfuerzo cerebral atraía.

Balbina continuó acurrucada en su sillita, abstraída en la contemplación imprecisa de esas imágenes incoloras, desligadas de toda noción de espacio y de tiempo, en que suelen mecerse los espíritus irresolutos. Luego, aburrida de la estéril vaguedad de su preocupación, se levantó y fué a sentarse junto a la mesa, deslizando sin ruido sus zapatillas por el suelo alfombrado. En seguida, tímidamente, murmurando un: «¿No te molesto?...» que no obtuvo contestación de don Pedro, alargó una mano plebeya, gruesa y salpicada de hoyuelos, y cogió un libro, uno cualquiera, que abrió por cualquier parte... Su lectura la interesaba poco: para ella lo único importante era acompañar al anciano, al glorioso compañero de su

vida que, amarrado al ingrato sillón del trabajo, ganaba en aquellos momentos el necesario abrigo y regalo de todos. Durante treinta años, Balbina Nobos había hecho lo mismo. Todas las noches, después de cenar, no bien Gómez-Urquijo ponía mano a su absorbente labor, ella iba a acompañarle mientras la llegaba el sueño, que no solía tardar. A veces el anciano levantaba maquinalmente la cabeza, y al encontrar la mirada de Balbina, preguntaba con acento breve:

—¿Qué haces ahí?....

Cual si la hubiesen sorprendido en la comisión de una grave falta, ella respondía:

—Nada... estoy viéndote...

—¿Por qué no te acuestas?

—Luego, cuando acabe de leer...

Esto era un pretexto; ella no leía, nunca hubiera podido leer, por más empeño que en ello hubiese puesto. Su espíritu candoroso de mujer enamorada eternamente, permanecía embebecido en la contemplación del hombre adorado. Seis lustros de vida conyugal no bastaron a destruir el hechizo de aquella pasión. Mientras Gómez-Urquijo trabajaba, Balbina le ceñía una mirada de indefinible dulzura: los

años, más tenaces en su obra demoledora que los gusanillos que destruyeron el puente de Milán, fueron modificando insensiblemente la expresión de aquellos ojos, que al principio miraban con afán inquieto y celoso, y más tarde declinaron, empequeñeciéndose, según se marchitaban, hasta esconderse en el fondo de sus cuencas, desde donde observaban el mundo con mirada dulce y melancólica de abuela. Balbina no tardaba en recibir el asalto del sueño, que llegaba cordial, dominándola en seguida con ese imperio con que el cansancio se impone a la débil constitución de los viejos y de los niños: entonces cerraba el libro y se acercaba a don Pedro, ofreciéndole el beso de despedida; se lo daba en la mejilla o en la nuca, pero ligeramente y como a hurtadillas, para no distraerle, y luego encaminábase a la puerta con pasos silenciosos de enfermera.

Aquella noche Balbina, preocupada por las advertencias de Gómez-Urquijo, miró a éste menos que otras veces. Meditaba incesantemente en la difícil comisión que acababan de encomendarla, y no sabía por dónde empezar ni cómo conducirse: aquello de captarse la confianza de Meredes, hablarla de amores y fin-

girla protección y ayuda para así llegar más fácilmente a conocer la verdadera orientación de sus sentimientos, todo esto que el espíritu zahorí de don Pedro juzgaba llano y accesible, a Balbina la parecía una quimera casi inejecutable. Interrumpiendo el silencio de la habitación sólo resonaba el tic-tac desesperante del reloj y el nervioso trajín de la pluma sobre las cuartillas.

De pronto Gómez-Urquijo que, no obstante su trabajo, había de estar pensando en las mismas ideas que a su mujer atormentaban, levantó la cabeza con repentino sobresalto:

—¿Harás lo que te dije?—preguntó.

—Sí.

—¿Pronto?

—En seguida.

—Desde mañana mismo...

—Sí, desde mañana; en cuanto me levante... veremos... Tú me ayudarás...

—Sí, yo te ayudaré; pero no te abandones fiándolo todo a mí...

Reanudó su tarea para interrumpirla momentos después.

—Infórmate—aconsejó—del carácter de sus amigas, de si éstas tienen amores... apodérate

bien de su ánimo; no pongas al alcance de su mano ningún libro que yo no conozca; y, especialmente, apártala de los míos... ¡No digo más!... Cuida mucho a Mercedes, preservala de devaneos, perjudiciales siempre al recato y buen nombre de una doncella; líbrala de las malas amistades, del pernicioso contagio de los malos autores... y, a todo trance, cueste lo que cueste, guárdala de mí...

Ella exclamó ofendida:

—¡Pedro!...

—¡Guárdala de mi!...

—Calla, Pedro... me haces daño...

—No, no callo: acuérdate, Balbina... acuérdate de que el peor enemigo de nuestra hija... soy yo...

No dijo más, ni ella osó tampoco replicar palabra, y en el ámbito del despacho volvieron a resonar con porfía incansable, como queriendo sobrepujarse el uno al otro, el rasgueo febril de la pluma, divina ejecutora de lo que debe quedar, y el sempiterno latir del reloj, abominable aparato medidor de todo lo que huye.

Este combate se prolongó durante muchas horas: la pluma batallando por perpetuar el

recuerdo de una vida, la gloria de un hombre; y el reloj fatídico negándolo todo, burlándose de todo, triturando la vida y la gloria entre las dos sílabas de su negación eterna: tic-tac... tic-tac... tic-tac...

## III

E paternal ¡alerta! de Gómez-Urquijo resonó tarde. Mientras aquella noche los dos ancianos discutían los arcanos motivos que desde hacía algún tiempo iban trocando en mustio y retraído el antes expansivo y decidido carácter de Mercedes, la joven entró en su cuarto, prendió una luz y empezó a despojarse de sus vestidos prestamente, con una especie de horror: la falda quedó olvidada ante la mesilla de noche, el corpiño y el corsé fueron arrojados sobre un sillón, y las medias, con su ligas, enrolladas quedaron sobre la alfombra, como anillos de una serpiente rota...

Ya en el lecho, ese fiel encubridor de los más graves secretos femeninos, Mercedes sacó de debajo de la almohada un papelito plegado en varios dobleces, lo aproximó a la luz para me-

jor ver, y apoyada sobre un brazo con orientalesco abandono púsose a leer, alargando el hocicillo, frunciendo el entrecejo y haciendo otros cautivadores mohines de mujer que no entiende bien lo que va leyendo. En aquel billetito Roberto Alcalá la citaba para el día siguiente.

«Mañana, a las tres de la tarde, aguardo en la plaza de Oriente, bajo los arcos del teatro Real. Carmen o Nicasia irán a buscarte. No faltes. Te quiero con toda el alma. Recibe sobre los párpados mis besos mejores...»

Unos cuantos renglones compuestos de frases banales, escritos con lápiz sobre la margen de un periódico, y que no obstante encerraban las palabras más dulces del vocabulario amororoso, los compases más voraces y arrobadores del eterno vals de los deseos... Mercedes besó rápidamente la firma, como avergozada de este gesto ingenuo, y releyó el billetito para paladear mejor los pormenores de la cita.

«A las tres de la tarde... en la plaza de Oriente, bajo los arcos del teatro Real...»

Estas palabras las repitió varias veces, procurando grabarlas en su cerebro profundamente, cual si recelase la posibilidad de que la en-

cendida esquelita se perdiese. De pronto, habiendo oído que doña Balbina se acercaba por el carrejo con pasitos mesurados, la joven, para que su madre la creyese dormida, extendió un brazo y apagó la luz. Después sintió que empujaban la puerta suavemente y en la penumbra indecisa, recortada por el marco, apareció la silueta de la anciana.

—Niña... Mercedes...—murmuró suavemente—; ¿duermes?

Ella no contestó; permanecía inmóvil y doblada sobre sí misma, hecha un ovillo. Balbina repitió debilitando la voz:

—¿Duermes?...

La taimada sonreía silenciosamente, recreándose pueril en el engaño de su madre, pues comprendía que con aquel mutismo se ahorraba una conversación enojosa por lo intempestiva; pero muy luego dejó de reir, temerosa de que delatasen su insonoro contento sus blancos dientecillos de lobezna, vagamente iluminados tal vez por aquel tímido resplandor que recortaba el perfil de doña Balbina sobre la borrosa claridad del tránsito. En el silencio del aposento musitaba su respiración suave y rítmica de persona que se acostó muy cansa-

da: y cuando la anciana, sin maliciar la superchería, cerró la puerta y echó de nuevo pasillo adelante con su andar cauteloso de mujer tímida, en busca del despacho, Mercedes volvió a sonreir, estremeciéndose de cabeza a pies con una traviesa sensación de regocijo.

Algunos momentos estúvose queda, el oído atento, convenciéndose de que estaba sola y de que nadie volvería a quebrar el hilo sutil de sus meditaciones. Pensó en Roberto, en los incidentes de la última cita y en los que acaso habían de salpimentar y embellecer la entrevista próxima...

El prodigioso secreto de abultar lo insignificante y de restar importancia a lo realmente considerable y digno de ser tenido en mucho; el saber imprimir interés, novedad y pique novelesco a lo trivial, mientras se permanece brazo sobre brazo ante el peligro de las situaciones extremas; ese don de olvidar lo repugnante, lo deforme, para mejor aquilatar la parte bella de los hechos, o de dulzurar las pesadumbres arropándolas en las consoladoras medias tintas de una suave poesía; todas esas supercherías o mixtificaciones sentimentales tan delicadas, tan altamente artísticas, forman

la felicidad inimitable de los veinte años. Cuando la inocente niñez deja de sonreir entristecida por los primeros balbuceos de las pasiones, el mundo se transforma y una existencia saturada de perfumes jamás aspirados, de lejanías nunca vistas y de tiernos arrullos nuevos, surge de la vacía existencia infantil. La retozona pubertad acaricia los nervios con lúbricos cosquilleos, la sangre corre inspirando una necesidad perentoria de luchar, de emplearse en algo; por las noches, en el silencioso recogimiento de los dormitorios, el corazón, el gran soñador, late impaciente, los oídos zumban aturdiendo al adolescente con murmujeos extraños, y es entonces cuando, por primera vez, reconoce el joven que hay bajo el virtuoso techo del hogar paterno algo inexpresable que ahoga. El sol agostador del Deseo asciende lento y alucinante poblando las noches del efebo de imágenes desnudas; el vaho de las pasiones represadas sobajea la piel con efluvios magnéticos, la brisa susurra entre el boscaje vecino cantos de amor. Todo vibra en nosotros, todo nos conmueve intensamente, hablándonos un lenguaje sólo para nosotros comprensible: la alondra que trina en el espacio saludando los

risueños resplandores del amanecer, la campana de la ermita que recuerda con sus místicas vibraciones la celebración de la primera misa; las cigarras que cantan lúbricas bajo las horas abrasadoras de la siesta, el buho que rompe con su grito el silencio hierático de los bosques; y de igual modo y aun en los momentos más diversos: los acordes de una música, la lectura de unos versos que respondían a cierto estado de nuestro espíritu, la fragancia que dejaron tras sí los vestidos de una mujer al pasar... todo interesa y las impresiones resuenan dentro del alma con eco solemne, como retumban los ruidos callejeros en los ámbitos majestuosos de las catedrales antiguas.

Por esta turbulenta crisis atravesaba el espíritu de Mercedes.

Su niñez se había deslizado tranquilamente, sin hermanos ni amiguitas con quienes jugar, siempre encerrada en casa, ajena a esos menudos divertimientos que ocupan la amariposada existencia de los niños. Al colegio no fué nunca; doña Balbina la enseñó a rezar, luego aprendió con su padre a leer y escribir, con algo de geografía y de historia, de aritmética y de ciencias naturales, y mucho más tarde es-

tudió el piano bajo la dirección de una profesora francesa. De los primeros años de su vida guardaba Mercedes escasos recuerdos: siempre evocaba las mismas escenas, idéntico cuadro, silencioso y tranquilo: a Gómez-Urquijo encerrado en la modesta habitación que entonces le servía de despacho, sentado delante de una mesita, escribiendo con los ojos encendidos y la mirada absorta del hombre que mira cosas distantes; y a doña Balbina trajinando por la cocina, ora encendiendo la lumbre, ya fregando platos o aljofifando suelos; o bien en el comedor, repasando la ropa blanca que iba sacando de un cuévano profundo. Del semblante que entonces tenía su madre, Mercedes no recordaba bien, sin duda porque jamás hubo en él un rasgo vigoroso; pero sí conservaba, aunque ligeramente, la imagen de su padre, con su larga melena de trovador, su nariz aguileña y su ancha frente autorizada por el profundo pliegue vertical de la reflexión y de la cólera.

Don Pedro permanecía en su casa poquísimo tiempo, eran muchas las noches que dormía fuera de ella, y a veces estaba ausente tres y cuatro días. Estos alejamientos los soportaba

doña Balbina con admirable resignación de mártir, y su rostro, amargado por un seguro gesto de conformidad y de melancolía, jamás dejó traslucir ningún sentimiento de impaciencia o despecho. Se levantaba temprano, preparaba el desayuno, iba y venía por las habitaciones barriendo y poniendo las cosas en orden, mientras devanaba con su hija, que la seguía a todas partes, una conversación infantil de mujer sencilla sólo separada de la niñez por los años. Estas operaciones de mecánica casera las ejecutaba sin reir ni levantar nunca la voz, silenciosamente, cual si hubiese algún enfermo grave muy cerca de allí; dócil, tal vez, a su inveterada costumbre de no interrumpir a don Pedro en sus horas de trabajo. Por las tardes se sentaba en el comedor a repasar las ropas que lo precisaban, o a leer; y si en aquel aposento no había bastante luz se trasladaba a la cocina, que era muy clara, o al gabinete, pero nunca al despacho, cual si temiese profanar la majestad del santuario donde su marido escribía. Después de cenar aquella mujer, envejecida prematuramente por dentro, sentaba a su hija sobre sus rodillas y ambas

poníanse a rezar. Luego se acostaban. Algunas veces la niña preguntaba:

—¿Y papá?

Doña Balbina respondía invariablemente con su cristiana mansedumbre de cordera:

—Trabajando, hija mía; trabajando para nosotras...

Y se dormían, la una en brazos de la otra, como queriendo consolarse mutuamente de su soledad. Entonces tenía Mercedes siete años.

Cuando Gómez-Urquijo volvía, hija y madre acudían a recibirle. El abrazaba a su mujer, besándola apasionadamente sobre los labios, ansioso de compensarla en un instante de sus tristezas y desamparo. Después aupaba a Merceditas, chillándola y zarandeándola hasta ponerla de mal humor. Balbina preguntaba:

—¿Dónde has estado?

—Por ahí... mujer, trabajando; ya sabes... La brega eterna. Anoche pensé venir, pero a última hora fuí a la redacción y luego me llamaron, por teléfono, desde la imprenta. ¡Ah!... Los ensayos de mi drama han vuelto a interrumpirse: creo que la noche del estreno no llegará nunca...

Doña Balbina olvidada completamente de

sus propias pesadumbres, murmuraba enternecida, besándole:

—¡Pobrecito, cuánto trabajas!...

—Sí, hija mía... mucho... Dijérase que mi trabajo es de los que se pagan por horas.

Y no mentía: la palidez de sus mejillas y de su frente, el pliegue desdeñoso de sus labios, el círculo violáceo que rodeaba sus grandes ojos azules, delataban el agotamiento íntimo del hombre que discurrió febrilmente durante muchas horas. Luego, como artista que antes de reintegrarse al mundo de sus quimeras quiere conocer rápidamente la realidad donde vive, preguntaba:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—¿Y la niña?

—Ya la ves; mejor que yo.

—¿Ha venido alguien?...

Generalmente la respuesta era negativa, porque Gómez-Urquijo, para ocultar la modestísima estrechez en que vivía, cuidaba de no descubrir a nadie las señas de su domicilio. Tras este sumarísimo interrogatorio, don Pedro solía sacar del bolsillo un periódico, que entregaba a su mujer:

—Toma y no lo pierdas...

—¿Qué es?...

—El salivazo de un envidioso que me muerde. Un artículo sangriento. Guárdalo; de todo eso necesito vengarme justamente cuando suene para mí la hora del triunfo, la hora divina de las represalias.

Después, sin perder minuto, se encerraba en su despacho, a escribir y la casa volvía a sepultarse en su acostumbrado silencio conventual.

Pero, aunque sujeto a la mesa del trabajo, la imagen de Gómez-Urquijo llenaba las habitaciones. Doña Balbina parecía más animosa y sus ojos reflejaban un íntimo contento; había más graciosa soltura en sus ademanes, sus dedos manejaban la aguja con más facilidad, a cada momento salía del comedor y entraba en la cocina para cerciorarse del buen estado de los guisos, y si Mercedes empezaba a cantar, la imponía silencio llevándose un índice a los labios.

—¡Chist!—decía—calla... no molestemos a papá...

La presencia de Gómez-Urquijo la producía un desasosiego invencible y dulce, e iba a ver-

le frecuentemente, so pretexto de llevarle un vaso de agua o de arreglarle el quinqué; por su gusto hubiese estado siempre junto a él, a sus pies, apoyada de codos sobre sus rodillas, viéndole trabajar: pero se contenía, temerosa de distraerle, y desahogaba su nerviosa inquietud en menudas labores mientras llegaba la hora de cenar, única ocasión en que podía tener con su marido algunos momentos de conversación tranquila y sabrosa.

Mercedes, a despecho de su niñez, interpretaba bien aquellas sensaciones que dejaron en su memoria una impresión que los años limadores no pudieron borrar.

Asimismo, recordaba exactamente la distribución y ornamento de la pobre casita donde nació; sus suelos sin alfombrar, sus ventanas sin visillos y sus paredes desnudas. Aquellas ventanas, cuyos limpios cristales transparentaban en los días invernosos un gran pedazo de cielo gris y vastos solares cubiertos de nieve, iluminaban el interior de las habitaciones con una luz cruda y triste: eran habitaciones grandes y altas de techo, que reforzaban con su falta de muebles el vigor de los ruidos y movían a hablar en voz baja.

En medio de tan lastimosa estrechez, Mercedes era feliz, y profesaba un afecto especial a cada uno de los trastos de su modesto ajuar. Su madre la había enseñado a dedicarles un amor fetiquista, firme y apasionado, cual si fuesen una prolongación de la familia, una laya de seres inferiores, semiconscientes, que les acompañaban y servían viviendo una existencia inexplicable. En aquel hogar la voluntad del cabeza de familia era omnipotente, y como todo procedía de él, todo, también, y en justa compensación, debía aprovechar para su recreo y agasajo. La cocina, con sus rimeros de platos y sus bruñidas cacerolas, el comedor con su mesita de nogal, su docena de sillas y su espejo, un magnífico espejo adquirido en una almoneda, resto ostentoso de algún opulento mobiliario deshecho; el dormitorio, con su amplio lecho matrimonial y su cunita de hierro; la casa, en fin, toda ella, con su autoridad de hogar honrado, eran obra de Gómez-Urquijo, y las mismas doña Balbina y Mercedes, dos ruedas más de aquel andamiaje que el perseverante esfuerzo de don Pedro sostenía. Esta idea de su inferioridad y dependencia la aprendió Mercedes de su madre; am-

bas se consideraban débiles, pequeñitas, desprovistas de personalidad; don Pedro, todopoderoso y omnisciente, las autorizaba, y ellas representaban algo adjetivo e infinitesimal, que crecía al arrimo de algo muy fuerte...

El carácter extraordinario de Gómez-Urquijo, su caliente imaginación siempre propicia al trabajo, y su voluntad inaccesible a la fatiga, triunfaban en todos los momentos y no tardó en sojuzgar el albedrío de la hija, como antes había rendido el de la madre. Y cuando por las noches, desde la cama, una y otra veían el resplandor de la luz que aquél tenía encendida en su despacho, la joven quedábase dormida bajo la molesta impresión de que su padre, tan bueno, tan batallador, tan sabio y tan noble, estaba trabajando para ellas, labrando su porvenir, sufriendo por las dos.

Según Mercedes iba creciendo, su carácter fué complicándose y ofreciendo puntos de vista muy curiosos. Había heredado de su progenitor los rasgos físicos y los perfiles morales más culminantes: el talle largo y esbelto, la nariz aguileña, el mento pronunciado que caracteriza a los fuertes de voluntad; y también la imaginación inquieta, el cerebro de artista idolátrico

adorador de la quimera, y asimismo los apasionamientos peculiares de las sensibilidades exquisitas; y represando esta complexión batalladora que hacía de Gómez-Urquijo un luchador infatigable, tenía Mercedes el carácter retraído de su madre, tan silenciosa, tan pronta a ceder ante el menor obstáculo.

Había, no obstante, entre madre e hija, diferencias notabilísimas.

Era doña Balbina un espíritu sin dobleces, de los que se conocen a la primera ojeada. Si hablaba poco era porque su tranquila cabecita de mujer casera raras veces producía un concepto nuevo; y si se amoldaba fácilmente a las circunstancias era porque estaba cierta de su poquedad y no se reconocía ánimos para rebelarse e imponerse; y así vivía sin luchas, empequeñecida y como eclipsada bajo la voluntad vigilante y absorbente del esposo, queriendo lo que él mandaba, pensando como él; su misión quedó reducida a acompañarle, a seguirle a todas partes, a esperarle durante sus ausencias sin miedo a la soledad que la rodeaba, y a recibirle siempre abnegada y cariñosa, confortándole cuando triste, aplacándole cuando irritado.

Mercedes no era igual: su aislamiento, el ejemplo constante de su madre y el rostro grave y siempre pensativo de don Pedro, a quien veía reir contadas veces, domeñaron, pero no rindieron, la ingénita acometividad de su carácter. Campaban en ella dos naturalezas. Fantaseaba mucho y quería intensamente, pero el temor de hablar fuera de sazón o de no realizar sus deseos, la obligaban a constante pasividad y a perpetuo mutismo; doña Balbina callaba y obedecía sin trabajo, pues no tenía nada que decir, ni albedrío que oponer a los acontecimientos adversos, al revés de Mercedes, que callaba y cedía por un exceso inverosímil de amor propio, porque temía expresarse mal, y obedecía sin protestas para no tener que aceptar a la fuerza lo que podía aparentar recibir de grado. Esta concentración producía en ella una superabundancia extraordinaria de voliciones y de ideas que nunca se concretaban en palabras, ni adquirieron forma imperativa. Así sus facultades conservaban intacta su salvaje entereza: su orgullo no había padecido humillaciones, ni su voluntad sufrió directamente órdenes que mermasen su brío y acerado temple; era, pues, el suyo, un carácter varonil que

dormitaba bajo un simpático papel de hija sumisa, más por cálculos de orgullo que por espontánea y natural condición, y que sólo necesitaba un pretexto para rebelarse batallador y poner ante los imperativos de la Vida sus duras aristas de diamante.

Mercedes tenía un espíritu pagano. Siendo niña, su madre la enseñó las oraciones más sencillas, y por doña Balbina supo de un infierno reservado a los malos, y de un cielo muy bonito, con mucha luz y abundantes nubes de púrpura y turquí, entre las que revoloteaban traviesas comparsas de angelitos cantores, y donde había un Dios infinitamente misericordioso y justiciero, omnisciente, dispensador de beneficios, sensible a los ruegos, buen amigo de los niños y que se halla en todas partes... Y Mercedes amó a Dios. Por las noches, madre e hija rezaban a coro, cada cual desde su lecho.

—Reza, Mercedes—insistía doña Balbina—, pídele a Dios por nosotros, especialmente por tu padre y por ti... Dile que nos conceda muchos años de vida y muy buena salud.

Y suplicaba esto con tanto afán, porque creía firmísimamente que todas las plegarias infantiles llegan al cielo.

La joven oraba, en efecto, mas no poseída de la íntima emoción que los ejercicios litúrgicos encienden en el ánimo de los verdaderos creyentes, sino desasidamente y de modo profano, sin otro fin que el de recrearse adentrándose por aquel cielo espléndido, poblado de colores y de majestuosas armonías, luminoso como la deslumbradora apoteosis final de una comedia de magia. Con los años, esta visión paradisíaca fué desdibujándose, y más tarde, cuando Mercedes comenzó a sentir esas soñarreras invencibles que anuncian en las vírgenes la llegada de la pubertad, desapareció completamente.

Aquella primavera, la señorita Mercedes cumplía trece años, y su madre no comprendía que las noches de junio tienen opio para las niñas que van a ser mujeres. Después de cenar, ante la ventana abierta por donde penetraban bocanadas de aire tibio, Mercedes se dormía fatalmente bajo una especie de mandato categórico, inevitable; se dormía en las sillas, en la mesa, los brazos cruzados sobre el plato del postre, y era preciso llevarla al lecho a puñados con súplicas, con gritos de amenaza. Doña Balbina se desesperaba.

—Niña, reza. Reza, Mercedes... ¡Mercedes, no te duermas!...—repetía.

Y medio minuto después:

—Niña reza....

Ella contestaba entre sueños, la voz emperezada y casi ininteligible:

—Ya voy....

Y seguía durmiendo.

A veces Gómez-Urquijo, aburrido de oir a doña Balbina repetir el mismo consejo, gritaba desde su despacho:

—¡Cállate, mujer; y reza tú sola!...

La voz paternal retumbaba colérica en los aposentos desamueblados como un trueno, y doña Balbina, avergonzada y medrosa no respondía; pero continuaba murmurando al oído de su hija con ahinco fanático:

—Reza, niña; si no rezas Dios se enfadará contigo y tendrás sobre la conciencia el remordimiento de habernos perdido a todos.

Porfiaba una vez y otra, siempre en voz baja, zarandeándola por un brazo con una crueldad que apenas disculparía la santidad de sus propósitos; y Mercedes, al fin, rezaba.

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea El tu nombre»... Pero entre dien-

tes, separando las sílabas unas de otras con el trabajo con que lanza sus últimos acordes la cajita de música que va quedándose sin cuerda.

Una noche, asustada por las ideas de eterna condenación que su madre la prometía, rezó pidiendo al cielo cuanto necesitaba, aunque de modo harto abreviado y compendioso:

—Señor: dales a mis padres mucha salud; otórgales largos años de vida... haz que me regalen una muñeca bonita... y aparta de mi toda ruin tentación...

Así rezó Mercedes discurriendo, con esa lógica irrefutable de los niños, que, pues Dios es omnisciente, no precisamos pedirle circunstanciadamente y con lujo de galas retóricas, lo que El ya sabe de antemano y conoce; y como este discurrir halagaba su falta de fe y su sobra de sueño, con aquella media docena de frases, recitadas casi maquinalmente, dióse la pequeña rebelde por tranquila y bien quista del cielo.

Hasta que otra noche, en que eran mayores aún su pereza y sus deseos de concluir pronto las oraciones de ritual, compendió cuantas súplicas hasta allí había detallado en una sola, in-

teligible, desde luego, para Dios, todo aguda perspicacia y sabiduría:

—Señor: tú ya sabes lo que yo deseo...

Y no dijo más, encomendando a la penetración y benevolencia divinas el cuidado de deslindar y satisfacer con toda justicia sus honestos deseos.

Esta nueva costumbre ganó sin trabajo el espíritu angélico de Mercedes: harta de las inacababies oraciones que su madre la enseñara, reasumió tantos enojosos jesuseos en la frase: «Señor: Tú ya sabes lo que yo deseo»... que la permitía armonizar su devoción con su modorra. Más tarde compuso nuevas abreviaturas. «—Señor: Tú ya sabes»...—decía. Luego rezó menos aún; después, nada... Y hasta ella misma se admiró de la tranquilidad con que una noche, haciendo examen de conciencia, descubrió que hacía más de un mes que no oraba...

Al desarrollo de estas impías propensiones coadyuvó eficazmente el estudio de la música.

Todas las tardes recibía Mercedes la visita de Mme. Relder, su profesora de piano: una mujer alta, seca y fea, pero muy elegante, siempre metida en un largo abrigo de terciopelo, con un gran sombrero negro y la sonrisa ama-

ble y triste, y la mirada humilde, de los criados que temen ser despedidos. Llegaba invariablemente a la misma hora, llevando un rollo de papeles en la mano y dejando tras sí un fuerte olor a violetas.

El piano había sido colocado en el gabinete; una de aquellas habitaciones desamuebladas y sin alfombrar, cuyo vacío tanto reforzaba la intensidad de los ruidos. En los primeros meses de aprendizaje Mercedes sufrió bastante: nunca sabía la lección, sus dedos torpes porraceaban las teclas sin emoción ni arte y llegó a odiar el aposento donde estudiaba, con sus paredes desnudas y su ventana sin visillos, desde donde se descubrían vastos solares incultos y un gran retazo de cielo plomizo; y odió asimismo el piano, con sus destempladas notas de instrumento alquilado, y a Mme. Relder, angulosa y engabanada, sonriendo siempre y obligándola a repetir interminablemente la misma lección.

Esta antipatía, no obstante, fué declinando porque la música, como dijeron los Goncourt, es el haschisch de las mujeres. Mercedes, insensiblemente, iba rindiéndose al encanto filarmónico: los sencillos ejercicios calcados sobre

los principales motivos de las grandes óperas, los aires populares de un primitivismo y un apasionamiento seductores, comenzaron a emocionarla. En breve tiempo realizó progresos extraordinarios; vivía muchas horas delante del piano, repasando escrupulosamente lo aprendido, venciendo dificultades nuevas, abandonando su alma inquieta al misterioso vaivén removedor de las melodías, sintiendo que todo ello evocaba en su interior el presentimiento de algo muy grave que había de llenar su vida.

La música es un arte de quintaesenciada excelsitud que emociona igualmente a los jóvenes y a los viejos: a los primeros, hablándoles con la voz engatusadora de las promesas, porque todo lo ignoran; y a los ancianos, que ya nada esperan, cantándoles el melancólico «de profundis» de los recuerdos. A veces es un arte triste, desengañado, escéptico, como un Don Juan decrépito, y otras modula acordes jocundos, saltarines, mefistofélicos, que arrastran a la orgía. Como el dios Jano del paganismo, tiene dos caras; es el arte contemporáneo de todas las épocas, evocador de todas las remembranzas, allegador de todas las ilusiones, intérprete de todos los deseos; el arte que llora con «Margari-

ta», que muere con «Traviata», que ama con «Romeo», que despierta el patriotismo con «Guillermo Tell», que se despide del mundo con «Fernando», en «La Favorita», que duda con «Hamlet», que mata con «Otello»...

Mercedes, que era una gran instintiva, sentía, a despecho de su candor, algo de todo esto. Los nocturnos de Chopín y las sinfonías de Beethoven, sometían sus nervios a emociones contradictorias: a veces la acometían deseos de llorar por dolores desconocidos que parecían cruzar aleteando, cual aves fatídicas, muy cerca de ella; otras, ganas de reir, de desperezarse con movimientos lentos de bayadera, y, sin saber cómo, establecía curiosas relaciones entre los términos o conceptos más disparejos: así, por ejemplo, oyendo un tango, evocaba un cuadro de escenas andaluzas que Gómez-Urquijo tenía en su despacho; mientras los valses, el baile favorito de los salones aristocráticos, la recordaban una copa de Champagne, desportillada e inútil, que su madre conservaba desde tiempo inmemorial en un vasar de la cocina, como trofeo melancólico de algún festín.

A los dieciséis años Mercedes ingresó en el

Conservatorio y Mme. Relder, que confesó noblemente haber enseñado a su joven discípula cuanto sabía, fué despedida.

Todas las tardes salían doña Balbina y su hija llevando en una cartera de dibujo los papeles de música, y cogidas del brazo, como amparándose mutuamente contra los coches y transeuntes que a su lado pasaban, se encaminaban por la calle de Jacometrezo hacia el teatro Real. Doña Balbina acompañaba a Mercedes hasta la puerta del Conservatorio y después, terminada la clase, volvía a recogerla.

Estos paseos cotidianos sirvieron a Mercedes de gran distracción y recreo. Caminaba de prisa, taconeando recio, pensando que la leve sombra proyectada por el ala de su sombrero favorecía la interesante palidez hebraica de su rostro, contentísima de poder mirar a los hombres soslayadamente y orgullosa de advertir que ellos también reparaban en ella...

Bien pronto trabó amistad con algunas de sus condiscípulas, especialmente con Carmen y Nicasia Vallejo, hijas de una pobre viuda conocida de doña Balbina; y tanto por esta circunstancia, como por la casualidad de ser todas vecinas del mismo barrio, Mercedes y sus

improvisadas amiguitas siempre salían de clase juntas. El cariño que desde los primeros momentos atrajo a las tres jóvenes, medró rápidamente. Carmen era la mayor, Nicasia la más pequeña, y aunque una contaba cuatro años más que la otra, ambas descubrían el mismo carácter, idéntico geniecillo ocurrente y risotero: eran dos cuerpos gallardos y llenos de promesas, gobernados por dos cabecitas muy locas. Carmen y Nicasia iban solas al Conservatorio. Cuando volvían de clase, Mercedes y las dos hermanas subían en grupo por la cuesta de Santo Domingo, hablando de música o comentando algún sabroso incidente ocurrido durante la lección. Sin advertirlo gustaban de aislarse; parecíalas que yendo así, solas, eran más mujeres. Doña Balbina las seguía a distancia, resoplando y con los ejercicios de Kalkbrenner y de Clementi debajo del brazo.

Durante aquellos paseos, las tres amigas se referían sus proyectos y aspiraciones.

—Yo pienso dedicarme al teatro—decía Carmen.

—Yo también—afirmaba Nicasia.

—¡Cómo!—exclamó Mercedes—: ¿vais a de-

dicaros al teatro?... ¿Y tendréis valor para salir a escena?...

—¿Por qué no?—repuso Nicasia riendo—; las actrices viven bien y ganan mucho dinero. Además, la vida del teatro es muy alegre. Los artistas siempre están viajando y retratándose. ¡Con lo que a mí me gusta retratarme!...

—Aunque así no fuese—observó Carmen—, la renta que nuestro buen padre nos dejó al morir, es exigua, los gastos que tenemos muy grandes, y cuando hay la obligación de sostener una familia, urge trabajar... ¡Tú no sabes lo que es eso!...

Hablaba seriamente, con una autoridad de mujercita experimentada, y Mercedes la miró sorprendida de verla tan reflexiva y previsora.

—¿Y tú—inquirió Carmen—, qué piensas hacer?

La señorita Gómez-Urquijo se encogió de hombros, con la despreocupación del niño que aún tiene muchos años por delante.

—No sé...—dijo—no lo he pensado...

—¿Esperas casarte?

—Sí...

—¿Y si no te casases?

—¿Por qué no?

—Hay tantas muchachas que se quedan solteras...

Carmen hizo un gesto vago y sonrió. Las mujeres inclinadas a entregarse libremente, hallan especial complacencia en afirmar que los hombres son incasables.

—Un buen matrimonio es cosa difícil—dijo.

—¿Difícil?... ¿Por qué?..

—¡Oh!... ¡Qué sé yo!... ¿Tienes novio?

—No...

—Entonces—interrumpió Nicasia—, si no buscas novio, ¿cómo vas a casarte?...

Mercedes se puso colorada: no quería confesar que no la dejaban salir a la calle sola, y que jamás había hablado a un hombre.

—Nosotras—agregó Nicasia con esa despreocupación que tanto acerca la inocencia de las niñas a la impudicia de las cortesanas—hemos tenido muchos novios...

Los progresos musicales de Mercedes eran tan rápidos, que muy pronto figuró entre las alumnas más aventajadas de la clase. Carmen Vallejo, que no conocía la envidia, la aconsejaba:

—Tú debías seguir nuestro ejemplo y dedicarte al teatro. Tienes muy bonita voz, sientes

el arte, eres guapa... Yo, el año próximo, ingresaré en la clase de declamación...

Mercedes movía la cabeza tristemente.

—A mí también me gustaría ser actriz.

—Entonces...

—¡Oh, no puedo!

—¿Por qué?

—No me dejarían mis padres.

—Tonta... a tu madre la convences en seguida, y a tu padre... ¡quién sabe!... Sobre todo, los verdaderos artistas, los artistas de corazón, no deben acatar otros consejos que los de su propio instinto, y seguir resueltamente por donde su vocación les dirija...

—¿Y a ti te dejan?—preguntó Mercedes preocupada.

—Sí.

—¡Qué suerte!

—Mi madre no aplaude nuestra determinación, pero tampoco se opone a ella. Además, contamos con la protección de un pariente, que es actor.

—¿Ah?...

—Un primo nuestro, llamado Roberto Alcalá... de quien tal vez oiste hablar...

—En efecto—dijo Mercedes—, creo que un día fué a mi casa llamado por papá...

La mocedad intima pronto. A los pocos meses de conocerse, las tres amigas parecían hermanas; se lo habían dicho todo, sus secretillos recónditos, sus esperanzas más atrevidas. Mercedes estuvo en casa de Carmen y de Nicasia, éstas se apresuraron en devolver la visita, y doña Balbina y la viuda de Vallejo tuvieron, con este motivo, ocasión de renovar su antigua amistad. Todo ello contribuyó a enverdecer el cariño que unía a las jóvenes y, como eran casi vecinas, siempre andaban las unas en casa de la otra o viceversa, repasándose las lecciones de música o enseñándose bordados o labores en marquetería, a los que Carmen, especialmente, era muy aficionada.

Todo esto ocurría a espaldas de Gómez-Urquijo, que vivía absorto siempre en el mundo de sus quimeras novelescas... Y así Mercedes, insensiblemente, sin procurarlo, iba apartándose del camino trillado, empujada por la mano omnipotente y tan suave, sin embargo, del Destino.

Una tarde, al salir del Conservatorio, doña

Balbina, contra su costumbre, se quejó de que «las niñas» caminaban muy de prisa.

—Más despacio, más despacito—repetía la pobre señora—; ¿no comprendéis que mis piernas no pueden seguiros?...

Su hija hizo un gesto de disgusto, y no respondió:

—¿Por qué no sales sola?—averiguó Carmen, tocándola con el codo y bajando la voz.

—No me dejan.

—¿Lo intentaste alguna vez?

—No.

—Pues procúralo. Nicasia y yo te ayudaremos... ¡Qué diablo!... Las madres, cuando van siendo viejas, suelen ponerse muy cargantes...

A los pocos días las dos hermanas visitaron a Mercedes, con la pretensión de llevársela a su casa, para que viese una mantelería que estaban bordando.

—Volvemos en seguida—aseguró Carmen a doña Balbina—; Mercedes puede venir así, según está: bien ve usted que nosotras, como vivimos tan cerquita, tampoco nos hemos vestido...

La anciana no supo qué objetar; Gómez-Urquijo había salido...

—Bueno—dijo—, id pronto y volved en seguida. Ya sabéis que os estaré mirando desde el balcón...

La joven continuaba sus estudios musicales y cuantos más progresos realizaba, mayores eran las perplejidades y conturbadores anhelos de su espíritu.

Esta peligrosa epifanía sentimental que iniciara la música, la remató la literatura poco después. Hasta cumplir los veinte años Mercedes no cayó en la cuenta de que llevaba el apellido de un gran hombre; acostumbrada desde pequeñita a que los periódicos hablasen de Gómez-Urquijo con motivo de sus libros, unas veces, y otras de sus estrenos, nunca se detuvo a considerar que aquel rumor constante, aquella singular claridad que parece desprenderse de la letra impresa, fuesen el triunfo, la gloria, lo más envidiable... Y por esto, sin duda, jamás tuvo el antojo de leer las obras de su padre; hasta que un día... Don Pedro y su mujer habían salido dejando a Mercedes sola, junto al piano, que despertaba en ella tantas aspiraciones vagas, tantos deseos sin nombre.

Por aquella época la situación económica de Gómez-Urquijo había mejorado notablemente, y el infatigable escritor ocupaba en la calle de Jacometrezo un piso tercero, con tres balcones por los cuales se entraban, con las bocanadas del viento, los alegres murmullos de la gran ciudad, y desde donde se dominaba un buen trozo de la Red de San Luis.

Aquella tarde Mercedes padecía una murria tan honda y tan absurda, que acabó por indisponerse consigo misma. Se fastidiaba de oir las eternas lamentaciones de Chopín y los valses perversos de Waldteufel, cuya voluptuosidad no comprendía bien, y cerró el piano; después se cansó de bordar, no acertaba a combinar los colores de un ramillete que traía entre las manos, se pinchaba los dedos y arrojó el bastidor a un rincón; luego, cansada también de ver el monótono ir y venir de los transeuntes, lanzó un suspiro de despecho y de ahogo, y cerró el balcón. Todos sus pensamientos se resumían en un «me aburro»... desesperante, que la empujaba hacia peligrosos horizontes desconocidos.

—«¿Por qué naceremos?» —se preguntaba. Y estas tres palabras espantosas las sentía

quemantes, como escritas con fuego, sobre la inocencia de su corazón. Era «el cuarto de hora» de los conflictos psicológicos, «la hora azul» de los grandes cataclismos sentimentales, de las terribles revelaciones...

La joven abrió el despacho de su padre, aquella especie de santuario donde ni ella ni doña Balbina se aventuraban casi nunca, y experimentó una sensación agradable de novedad. Los millares de libros que ocupaban los largos armarios y parecían mirarla con las letras doradas de sus tejuelos, la produjeron una emoción de multitud; en las paredes campaban numerosos retratos de actrices y de escritores amigos de don Pedro; sobre la mesa había varios libros; uno de ellos estaba sobre la carpeta, con la plegadera entre las hojas: era «Eva», la novela más célebre de Gómez-Urquijo. Unos instantes la joven permaneció inmóvil, ojeando el volúmen con aire indeciso, y un poco aturdida por el ambiente de aquella habitación impregnada de un fuerte olor a tabaco. De súbito sus ojos chispearon, todo su cuerpo se estremeció y sus mejillas se arrebolaron de vergüenza: acababa de llegar al desenlace de una escena de amor cuya circunstan-

ciada descripción devoró rápidamente, presintiendo que a la vuelta de cada hoja iba a descubrir algo que la revelase ese recatado misterio eleusíaco que atormenta a las vírgenes y las pierde...

Había abierto el libro por una de sus últimas páginas; aquellas, precisamente, que explicaban el verdadero motivo inspirador de la narración.

«Eva» era el drama perdurable de todas las mujeres; el despertar de las pasiones, el primer amor, con sus ilusiones mal definidas y sus anhelos locos de felicidad; el seductor ideal, guapo, decidor, ingenioso, galtero, ardiente; la lucha entre el deseo y las hipocresías de la vieja moral, entre la carne y la castidad en que los hombres pusieron el honor... Y, finalmente, la caída, la dulce y espantosa caída, con sus noches de insomnio preñadas de implacables quimeras...

Todo esto lo leyó y releyó Mercedes con la apresurada ansiedad y la torcida fruición del adolescente que hojea por primera vez un tratado de enfermedades secretas, y aquella lectura fué para ella un tósigo exquisito.

Gómez-Urquijo había procurado que sus

obras fuesen trasunto fiel de la realidad; describió el mundo según él lo vió: bueno a ratos, a veces malo, pero generalmente, más bien malo que bueno; y todas sus esperanzas, todos sus escepticismos, todas las hieles de su alma y también los refinamientos de su temperamento voluptuoso, estaban depositados allí, a guisa de légamo funesto. Gómez-Urquijo era pesimista; creía que la tierra es un lugar funesto, archivo de pesadumbres, manantial inagotable de desengaños, pudridero fatal de cuanto nace. Las ilusiones, como todas las aguas dulces, que al cabo han de volver al mar, concluyen por ser funestas, pues a la larga se truecan en desesperanzas, y tarde o temprano tornarán a la acre realidad de donde salieron.... Y a esto respondía el critero sombrío de don Pedro: el egoísmo del autor de «Eva» se rebelaba fanáticamente contra la muerte; le parecía absurdo y contrario a la noción de un primer principio inteligente y misericordioso, el condenarnos a nacer para seguidamente ir envejeciéndonos hasta hundirnos de nuevo en el anónimo de la tierra; y por eso, para aminorar la visión fatídica del no ser, predicaba un sensualismo triste, una especie de orgía

obligatoria, de aquelarre sin fin, que recordaba la fúnebre filosofía de los epicúreos: amémonos; el amor es el único enemigo invencible de la muerte, el consolador bendito de todas las penas; amemos mientras los nervios sean capaces de sentir el opio embriagador del deseo... ¿Para qué sufrir? ¿Por qué no enmascarar bajo poéticos fingimientos la realidad cruel?... La vida es una novela que escribimos entre todos: hoy puede redactarse un capítulo triste, mañana otro alegre, y siempre, o casi siempre, a gusto del autor.

La joven pasó toda la tarde grabando en su memoria las embelesadoras y sedantes enseñanzas de aquel libro; un horizonte desconocido acababa de surgir ante ella, un mundo pleno de luz y de seductores mirajes que, como Galileo, sentía trepidar bajo sus pies; y cuando la noche se echó encima y ya no alcanzaba a distinguir las letras, encendió el quinqué y continuó leyendo.

Todo la sorprendía, la enajenaba: allí vió pasiones jamás presentidas por su columbino candor de doncella, y escenas de un subidísimo naturalismo que simultáneamente la avergonzaban y seducían. La ética predicada por Gó-

mez-Urquijo era una moral harto holgachona de libertino, y su alegría, algo triste, contrahecho y forzado, como la serenidad que fingen en sus postrimeros instantes algunos sentenciados a muerte. «Gocemos—decía el autor de «Eva»—, apuremos de un trago todos los deleites para mejor rechazar las vagas incertidumbres del mañana; la melancolía es el credo inútil, infecundo y estúpido, de los vencidos»... Entonaba Gómez-Urquijo en aquellas páginas del mejor de sus libros, una canción brillantísima en honor del amor y de la risa. «Eva» era el prototipo de la mujer, con todas las seducciones, las voluptuosidades y los criminales ardimientos de su sexo; una mujer extraordinaria, una creación heroica, puramente artística, hermosa y fecunda como aquella Eva milagrosa del Génesis, que llevó en sus ovarios los gérmenes de toda la humana especie; antojadiza como Semíramis, lúbrica como Cleopatra, con esa salacidad que abrasa las entrañas de las mujeres meridionales; fuerte como Judit, perjura como Elena, incestuosa como Mesalina, cruel como Herodías... y a ratos también, esposa fiel como Artemisa y Lucrecia, y madre amantísima como Raquel... «Eva» lo reasu-

mía y abreviaba todo: las virtudes, los heroísmos, las abyecciones; las más altas cualidades y también las grandes vergüenzas femeninas; era, pues, un símbolo, digno de parangonarse con las creaciones inmortales del paganismo.

Mercedes leía ansiosamente, sorprendida de hallar en aquella mujer irreal y hermana suya, sin embargo, pues que siempre existe un oculto parentesco entre los hijos y los libros del mismo autor, algo bien concreto de lo mucho y mal definido que ella sentía.

Eva era la mujer terrible provocadora de muchos grandes conflictos históricos; el hada omnipotente y dulce que caldea la inspiración de los artistas y aprieta el nudo de las leyendas pasionales; la hembra victoriosa, siempre gozada y apetecible siempre, que en los comienzos del duelo amoroso se esquiva coqueteando, y luego se rinde, y más tarde persigue y acosa al burlador, al inconstante bien amado que huye; es la eterna Deseada que se ofrece en voluptuoso miraje a la imaginación de la gozadora adolescencia, emborrachándola con el nocturno de sus juramentos y de sus besos, y el sabio hechizo de sus caricias; era la mujer que duda, que finge, que ama, que olvida y que ríe...

para, al cabo, aturdirse con su propia hilaridad y tornar a querer y a reir...

¡Amar, reir!... Gómez-Urquijo asociaba continuamente estos dos conceptos con una tenacidad de epicúreo borracho y feliz; y Mercedes, según leía, iba quedándose pensativa, sospechando que sus padres, al educarla en el austero recogimiento de su hogar, la regatearon el derecho evidente que tenía a cometer locuras y a ser dichosa.

Aquella noche la joven ocultó la novela de su padre debajo de la almohada, para que nadie la viese, con la vergüenza y el temor de la doncella que tiene a un hombre escondido en su cuarto.

Como Mercedes no pertenecía al número de las mujeres superficiales y volubles, accesibles fácilmente al olvido, era incalculable el alcance que sobre ella podían tener las sensaciones. Primero leyó «Eva», luego «Cabeza de mujer», y ambos libros removieron y desconcertaron toda su moral. En sus páginas conoció las hechicerías de lo vedado, y la inanidad de cuanto hasta allí estimó bueno y digno de imitación; por ellas supo que el hastío es la carcoma lenta del matrimonio, que el marido es algo monótono,

como una cena compuesta siempre de los mismos platos y servida invariablemente a la misma hora, y que si las mujeres supiesen que en lo prohibido se disimula la mitad más preciosa y duradera de sus encantos, no querrían casarse nunca....

«Cabeza de mujer» constituía un estudio perfecto de la psicología femenina, en cuanto encierra de pequeño; envidias, veleidades, caprichos del momento, amores de salón, pasiones efímeros de coqueta que languidece en el seno de una sociedad mogigata; mientras «Eva» reflejaba los movimientos devastadores del alma con sus transportes de lujuria nunca satisfecha, sus ambiciones sin brida, sus exclusivismos y sus celos manchados de sangre. Entre ambos libros formaban una especie de pentágrama sobre el cual la mano habilísima del novelista trazó la sinfonía grandiosa y perdurable del deseo: sus anhelos, sus dudas, sus impaciencias, sus citas y demás calientes prolegómenos de la suprema posesión.

Mercedes sentía que las cuerdas de su alma respondían, con estremecimientos eléctricos, a los diversos matices del himno pasional cantado por aquellas mujeres que, aunque de novela,

tenían su misma sangre y sus mismos nervios. Gómez-Urquijo, el progenitor de todas, había puesto en ellas igual temperamento, lo que no es de extrañar, pues el escritor se refleja en sus obras, y así las creaciones de su pluma y las hijas de su carne, tendrán aficiones parecidas, caracteres análogos.

La joven se advirtió, pues, retratada en aquellos libros. Ella, con sus cortos cabellos enmelados y fuertes, su rostro pálido, sus ojos brillantes y ambiguos, y su cuerpo delgado y nervioso, se parecía a «Eva», la gran apasionada, incansable derrochadora de placeres, que murió abandonada luego de servir de embeleso a muchos hombres; y recordaba también a Matilde, la protagonista de «Cabeza de mujer», aquella absurda exquisita que renunció a su marido y a sus hijos por beber «champagne» con un adorador que no la interesaba.

Estas dos mujeres, aunque viciosas, traidoras y mudables, aparecían ante Mercedes engalanadas de fascinadores hechizos; zalameras, graciosas, soboncitas, irresistibles. Nada más fácil que disculpar sus errores. Fueron adúlteras porque sus esposos eran vulgares, y viciosas porque la calidad de su sangre y la perpetua

sobreexcitación de sus nervios lo exigían así; pero también siempre interesantes, siempre adorables y artistas, hasta en sus torpezas... Y Mercedes las perdonaba y hubiese deseado emularlas, rivalizar con ellas, ser hermana suya...

Como las inquietas «Eva» y «Matilde», antes de quebrantar las prescripciones del deber y de lo honesto, Mercedes acariciaba la visión de un mundo, escenario admirable de una perpetua bacanal. Leyendo aprendió las suaves emociones que experimentan los amantes en el campo, a la puesta del sol, bajo los árboles y entre los herbazales flexibles que se enredan a sus pies, invitándoles a caer; y la melancolía lasciva de los crepúsculos, con sus pájaros adormilados y arrulladores, sus campiñas rozadas por el aleteo refrescante de la noche, sus arroyos, cuyas aguas, al huir, acarician las orillas con un blando lamento de despedida, y sus estrellas reflejándose frías en la superficie inmóvil de los pantanos... Y conoció asimismo las emociones de los enredos urbanos: las citas en la iglesia, las criadas o las amigas serviciales que ejercen tercería, ofreciéndose a llevar y traer recados, o poniendo su casa a disposi-

ción de los que no pueden exhibir su pasión; las entrevistas en los cafés arrabaleros, poco concurridos; los paseos en coche... Y también saboreó el hechizo de las cartas hinchadas de juramentos hiperbólicos y de promesas soliviantadoras; los disgustos que reavivan el cariño, las dudas, los desdenes, los celos; y luego las escenas más íntimas. Aquellas tardes invernales pasadas en el cálido recogimiento de los dormitorios, capillitas sabiamente preparadas para el culto de la diosa Carne, especie de abismos perfumados donde los amantes cumplen, entre delicias enervadoras, la siniestra profecía de Malthus. Al otro lado de las ventanas se ven los copos de nieve que caen en catarata inagotable, desde la inmensidad del cielo gris; a la hila de las paredes, los muebles abocetan tímidamente sus suaves panzas de raso o felpa; sobre el suelo alfombrado, los cortinajes de las puertas, inmóviles y tristes como telarañas abandonadas, arrastran sus flecos oscuros; el ambiente, que huele a perfume y a cuerpo de mujer joven, produce un enervamiento dulce, que invita al olvido; en el hueco de la chimenea el fuego canta...

Al fondo de la habitación aparece el lecho;

nó como aquellos de en tiempos del Imperio, altos y estrechos, pues las camas pequeñas son odiosas por parecer construídas exclusivamente para dormir o gustar el placer de prisa y sin paladearlo, como esos vasos de vino que los caminantes impacientes apuran de pie en los mesones; sino un lecho moderno, bajito y amplio, bajo una colgadura de terciopelo, entre cuyos pliegues la mundana previsión del tapicero colgó una luz...

Todo esto lo sabía Mercedes, y más aún... Conoció los detalles, los refinamientos... El espejo puesto enfrente del tálamo, para acicate del deseo cansado, las prendas de vestir arrojadas aquí y allá por la impaciencia febril de los amantes, los encantos que añaden a la mujer las camisas de seda, tan suaves y bien ceñidas siempre al cuerpo; el sobajeo infatigable de las manos varoniles; el beso en la boca, ese beso brutal, decisivo, de la posesión; y también aquellos que se dan en la nuca, tan afrodisíacos, tan excitantes, al flagelar la espalda con un cosquilleo magnético que llega a los riñones... Y luego las horas de invencible emperezamiento en que ambos amantes yacen silenciosos, abismados en el hechizo de pertenecerse, mientras

escuchan el latir de sus dos relojes colocados sobre una mesilla: el del hombre, más grave, más lento; el de la mujer más rápido, más febril; y que avanzan, sin embargo, a la par, cual si entre ambos mediase también una corriente simpática...

Tales lecturas determinaron en el carácter de Mercedes una honda revolución que, al principio, ni doña Balbina ni Gómez-Urquijo advirtieron: tornóse más irritable, más desigual y voluntariosa; las lecturas habían prestado exactitud y relieve a los deseos, mal definidos, que en ella provocó la música: dormía poco, sus mejillas palidecieron, su mirada fué más profunda, y pasaba largos ratos en el balcón, recapacitando en la monotonía de su existencia burguesa, mientras observaba a los transeuntes y pensaba que todos ellos tendrían, como los hombres y las mujeres de los libros, sus amores y sus citas.

Su padre lo había dicho:

«La vida es una novela que se escribe... siempre, o casi siempre, a gusto del autor».

Y Mercedes renegaba de que en todas las páginas de su biografía, el Destino fuese escribiendo los mismos párrafos.

A ratos pensaba en imitar el sosegador ejemplo de doña Balbina, tan buena, tan resignada con su suerte oscura y consagrada al cuidado de su marido y de su hija. «¿Acaso en la paz estará la alegría?»—pensaba. Pero otras veces se rebelaba, creyendo que la virtud es enemiga del amor y de la risa, y que es horrible el porvenir de las mujeres honestas, condenadas a vivir en perpetua minoría de edad obedeciendo a sus padres primero, a su marido después: y entonces el matrimonio la parecía algo absurdo, una institución monstruosa que ayunta para siempre a dos seres que, acaso muy pronto, habrán de odiarse; una especie de duelo a muerte que sólo puede terminar con la desaparición de uno de los adversarios. Y Mercedes juraba que muchas casadas, si no tuviesen esperanza de enviudar, se suicidarían.

Estos pensamientos determinaban en ella un estado de constante excitación: siempre, sin saber por qué, esperaba algo nuevo, anormal, que sobrevendría fatalmente y de sopetón, en forma de persona, de noticia o de carta, pero que llegaría cuando más descuidada estuviese, a explayar ante su aburrimiento insospechados horizontes. Este remedio prodigioso lo aguar-

daba continuamente, a todas horas, de un telegrama que jamás venía, de una carta que nunca llegaba: en cuanto sonaba el timbre de la escalera, acudía a la puerta presurosa, queriendo ser ella misma quien recibiese lo que con tanta impaciencia acechaba, y aunque contaba sus desengaños por días, siempre se dormía fortalecida por su convicción inquebrantable de ser dichosa, y murmurando:

—Vendrá mañana...

Así vivía, abrazada a un ensueño sin nombre.

De algo de esto habló Mercedes con sus amigas Nicasia y Carmen una tarde al salir del Conservatorio; mas ellas, que habían leído muy poco, no supieron contestarla adecuadamente.

—En los libros—afirmó Carmen— los autores escriben muchas tontunas. Tú, de todos modos, necesitas un novio.

Y añadió bajando la voz para que Nicasia no la oyese.

—Otro día te contaré lo que hace tiempo... una tarde... me sucedió con Luis...

—¿Cómo?—exclamó Mercedes sorprendida de aquella revelación inesperada—, ¿tienes novio?

—Sí.

—¡No me lo habías dicho, hipócrita!... ¿Por qué?...

—¡Qué se yo!... Es amigo de Roberto; un mozo muy guapo, muy decidor, que me da muchos besos...

Y empezó a reir estrepitosamente. Mercedes no hizo ningún gesto: aquello la parecía muy lógico, muy corriente, pues, según había leído en las novelas de su padre, todos los hombres y las mujeres que se quieren deben dormir juntos.

Carmen, amoinada por esta impasibilidad, preguntó:

—¿No te gustaría tener un novio que te besase?...

Y Mercedes repuso con esa inconsciencia con que sostienen los mayores absurdos morales las mujeres que violaron su alma antes de perder la virginidad de su cuerpo:

—¡Es lo natural!...

Por aquella época Gómez-Urquijo recibía bastantes visitas, de literatos, actores y artistas jóvenes, que solicitaban la ayuda del afamado novelista.

Don Pedro, que madrugaba con el sol, estaba visible únicamente por las mañanas; sus ami-

gos podían abordarle sin preámbulos, pero los desconocidos no pasaban sin cumplir esos requisitos sociales que envuelven y dan prestigioso realce a la vida exterior de los hombres célebres. Primeramente, habían de presentar su tarjeta, o la carta de recomendación que trajesen, y luego sentarse en el recibimiento, sobre un largo banco donde Gómez-Urquijo les dejaba aburrirse quince o veinte minutos, dándoles entender así que andaba muy ocupado y que aquellos momentos de audiencia eran para él de verdadero sacrificio.

Apartando disimuladamente los cortinajes que amparaban la puerta del comedor, Mercedes procuraba atisbar, sin ser vista, a los recién llegados. Algunos iban dos y tres veces: a éstos ya les conocía, y mentalmente les designaba por la particularidad física o el detalle de su indumentaria que más la hubiesen impresionado; y así decía:

—El hombre del bigote rubio; el joven del gabán claro...

Pero otros, los menos afortunados, pasaban de refilón, como sombras, para no volver. Generalmente eran jóvenes mal vestidos, de rostros

pálidos y ojos brillantes agrandados por las inquietudes mentales.

Entre los individuos que más asiduamente frecuentaban la casa de Gómez-Urquijo, estaban don Pablo Ardémiz y el joven comediante Roberto Alcalá, que había estrenado varios dramas de don Pedro y por quien éste sentía gran afecto.

Era un mozo como de treinta años, de mediana estatura, elegante y atildado, pero sin que ni su elegancia ni su atildamiento pecasen de ridículos; grave sin orgullo, cortés sin afectación. Llevaba el rostro cuidadosamente afeitado y el negro pelo abullonado sobre las sienes, lo que imprimía a la cabeza cierta originalidad artística; sus ojos azules tenían, al mirar, el sosiego del hombre corrido que sabe y disimula muchas cosas, y por sus labios delgados vagaba esa expresión indefinible de los actores expertos acostumbrados a fingir expresiones contrarias. Era, en suma, muy simpático, con una simpatía que dimanaba, principalmente, de lo bien que armonizaban el comedimiento de sus palabras y la británica corrección de sus gestos.

A Roberto Alcalá y a don Pablo Ardémiz les

conoció Mercedes simultáneamente, una noche en que Gómez-Urquijo les invitó a cenar. Era la primera vez que la joven comía con gente extraña. Don Pedro ocupó la cabecera de la mesa: Roberto estaba a su derecha, Ardémiz a su izquierda, y junto a don Pablo, doña Balbina. Felipa, la criada, iba y venía desde la cocina al comedor, algo aturdida por la presencia de los invitados.

Mercedes lo observaba todo.

Bajo el torrente luminoso de la lámpara, los rostros de los comensales adquirían relieve eficaz. En primer término descollaba don Pedro, con su ancha frente pensativa, sus ojos de mirar penetrante, su nariz aguileña, cuyas alas movibles la inspiración y el coraje hinchaban fácilmente, su semblante enjuto y su cabellera blanca, artísticamente abarquillada sobre las sienes, como las clásicas pelucas palatinas; y luego Roberto, siempre atento a las menores variantes de la conversación y que no apartaba de Gómez-Urquijo la tranquila mirada de sus ojos azules, subrayados de violeta por el divino cansancio de amar.

Don Pablo Ardémiz era un sesentón, de aspecto distinguido y trato cordialísimo: su

encanto principal consistía en la voz, algo estropeada quizás por los abusos del amor y del vino, pero afable, simpática y dotada de un dejo de irresistible seducción; y, como para mejor lucirla, el taimado hablaba despacito y quedamente, y fortificando cada frase con guiños y ademanes que le erigían en príncipe del gesto. La vida de don Pablo era un misterio; nadie le conocía familia, ni empleo, ni bienes de fortuna... y, no obstante, vestía bien y frecuentaba los teatros y los hogares patricios, donde ora en uno, ya en otro, todos los días estaba invitado a comer. ¿De qué vivía don Pablo?... Nadie pudo averiguarlo, y si alguien, en tono de gorja, insinuaba la posibilidad de que alguna caprichosa subvencionase las necesidades de Ardémiz, éste exclamaba sonriente:

—¡Oh, señores, nada de eso!... Yo estoy mandado retirar... Ustedes saben cuánto aborrecen las mujeres los párpados enrojecidos y las manos trémulas.

Esto lo decía con un acento persuasivo que no daba lugar a controversia; el acento, resignado y orgulloso a la vez, de los viejos galanes que salieron del mundo con la seguridad de haber apurado todos sus goces.

Las figuras de don Pablo Ardémiz y de Roberto Alcalá, preocupaban poderosamente la curiosidad de Mercedes, quien no dejó de observarles durante toda la comida. Lo que más la seducía de ellos era la atmósfera viciosa que ambos respiraban: Roberto Alcalá, que estaba separado de su mujer y circundado siempre de amigos de buen humor y queridas graciosas, la cautivaba principalmente por su juventud.

«Será encantador—discurría la descompuesta imaginación de la soñadora—será irresistible, será caprichoso como Borgia, retozando a sus amadas sobre un colchón de violetas después de bañarlas en un barril de malvasía»...

De don Pablo Ardémiz, con su belfo colgante y libertino, sus manos desdeñosas, sus ojos dominadores y fríos, de hombre acostumbrado a contemplar mujeres desnudas, y su voz de modulaciones irresistibles, la interesaba la historia; y viendo juntos aquellos dos galanes, uno mozo y otro viejo, sentía Mercedes la emoción de curiosidad y de miedo que deben de experimentar las vírgenes cautivas al recibir la primera visita del Sultán.

La conversación la sostuvieron principalmente Ardémiz y Gómez-Urquijo. Roberto charló

poco, cual si no tuviese empeño en representar un papel principal.

Se habló de literatura de teatro, de política, del último escándalo...

—Anoche aseguraban en Eslava—dijo Roberto—, que Claudio se había vuelto loco.

—¿Claudio?...—preguntó don Pedro—¿quién es?

—¡El pintor!...

—¿Ah?... ¿Claudio Antúnez?

—Sí.

—¿Es posible?—exclamó apasionadamente Gómez-Urquijo—; los periódicos nada dicen.

—No es extraño, pues la noticia no circuló por Madrid hasta las primeras horas de esta madrugada...

Discutieron los motivos de aquella locura.

—El trabajo—exclamó Gómez-Urquijo con su acento decidido de polemista acostumbrado a imponerse—el demonio devorador del trabajo es quien le habrá llevado al manicomio.

—El trabajo y el desorden de su vida—repuso Roberto—, las noches pasadas en vela... el alcohol...

Mercedes escuchaba, pensando, sin saber por

qué, en que al actor le rodeaban también iguales peligros.

—Yo creo—interrumpió Ardémiz—, que más que el trabajo y el vino influyó en la locura de Claudio una mujer.

—¡Ah! ¿Usted conocía a Antúnez?—inquirió Roberto.

—Hace años.

—¿Y dice usted que andaba enamorado?

—Mucho.

—¿De quién?

Pablo Ardémiz, que advirtió los ojos de Mercedes clavados en él, sonrió enigmático.

—Es casi un secreto—replicó evasivo—, un secreto que muy pocos conocen. Claudio mantenía relaciones con una señora casada.

—¿Y ella?...

—Es quien le ha destrozado...

Alcalá y Gómez-Urquijo sonrieron, y Mercedes se mordió los labios y apretó los puños, desesperada de no comprender el malévolo significado de aquella hilaridad.

—«¿Para qué servirá la inocencia?»—pensaba.

—Es un crimen horrible, un verdadero asesinato—prosiguió Ardémiz—; asesinato tanto más lamentable, cuanto que nadie ha de cas-

tigarlo. A Claudio le han envenenado con amor, y el amor es tósigo sutilísimo que no puede figurar en el informe de ningún médico forense.

Y añadió con expresión de fina ironía:

—De no ser así, muchas amigas nuestras, viudas, estarían en presidio...

Aquella noche Mercedes se durmió meditando en aquel Claudio Antúnez, a quien no conocía; en las mujeres criminales que saben matar amando, según afirmó don Pablo, a quien suponía muy ducho y versado en cuestiones de este jaez, y en que, durante la cena, había sorprendido a Roberto mirándola de soslayo con particularísima afición.

Al siguiente día, momentos antes de entrar en clase, Nicasia se acercó a Mercedes.

—Ya sé—díjola bruscamente—que anoche mi primo cenó en tu casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el mismo Roberto. Ha declarado que eres muy guapa y que le mirabas mucho. ¿Es cierto?

Y como lo era, Mercedes se puso muy colorada y no supo responder.

Otra mañana, estando Mercedes poniéndose

los guantes y el sombrero para ir al Conservatorio, llamaron a la puerta. La joven, según costumbre, corrió al recibimiento y abrió. Era Roberto. El simpático actor saludó cortés...

—¿Está don Pedro?

—Sí, señor... En su despacho. Pase usted.

Alcalá contemplaba a su colocutora sonriendo, y ella, que sentía en sus mejillas el calor de aquella mirada, no se atrevía a levantar los ojos.

—¿Dónde iba usted?—murmuró Roberto.

—A clase.

—¿Sola?

—No, señor.

—¡Tengo tantos deseos de decirla a usted un secreto!... Un secretillo interesantísimo que sólo usted puede oir...

No hablaron más, atajados en su diálogo por los pasos lentos de doña Balbina, que se acercaba.

Noches después, Mercedes y su madre fueron al teatro. Se representaba un drama de adulterio, y el papel de amante correspondía a Roberto. El joven comediante declamó a mediados del primer acto un monólogo apasionadísimo que le conquistó muchos aplausos. Merce-

des le escuchaba presa de intensísima emoción; temía que se equivocase y luchaba contra sí misma, recelosa de que doña Balbina advirtiese su nerviosidad.

Al final del acto segundo Alcalá interpretó una escena de amor con tal fuego, con tan inspiradísimo arrebato, que la señorita de Gómez-Urquijo le escuchó embelesada, cual si aquel ardiente epitalamio fuese dedicado a ella....

Pasaron varios meses y llegó el invierno. Una tarde, al salir Mercedes de casa de Carmen para ir a la suya, encontró a Roberto en el portal. El joven lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Por fin!—dijo.

Mercedes sonrió; acababa de ver una prueba de afecto en aquella exclamación, y con una ingenuidad que encantó a Roberto, repuso:

—Sí, soy yo.

—Gracias.

—Gracias.... ¿por qué?...

—Por haber venido tan a tiempo. Este encuentro parece una cita...

Ella volvió a sonreir alegremente, y su risa equivalía a una afirmación.

—¿A dónde va usted?—dijo él.

—A mi casa. Es decir, antes he de ir a la

calle de la Abada, ahí cerquita, a comprar enseres de costura.

—¿Me permite usted acompañarla?

Y como Mercedes titubease, por ignorar lo que las mujeres honestas deben responder en casos tales, Roberto agregó:

—Ea... pues... ya está decidido. ¡Me voy con usted!...

## IV

La juventud, el garbo, y más aún, el apasionado temperamento de Mercedes, impusieron a Roberto un capricho que, por lo consecuente y duradero, ofrecía todos los gayos visos de una recia pasión. Adoraba el ingenio desigual, a ratos candoroso y en ocasiones descocado de la joven; sus ardores desbordantes y sus anhelos de saberlo todo; y como hombre a quien las decepciones enseñaron a no preocuparse del mañana, olvidaba los peligros a que le exponía aquel travieso juego. Por el pronto no pensaba en que su equívoca situación de hombre divorciado a medias le colocaba al margen del amor permitido, ni tampoco en que Mercedes llegase a quererle verdaderamente. Ajeno al sentimiento que dentro de él iba

incubándose, aquellas relaciones no pasaban de ser un «flirt».

Ella, por su parte, sin considerar el abismo social que la separaba de Roberto, había empezado a adorar en él.

A sus ojos, era Roberto Alcalá el más guapo de los hombres, el mejor conversador, el más irresistible, el más socaliñero, el más galante. Todo en él la parecía digno de especial cariño y atención: admiraba su frente, apasionada, estremecida por frecuentes temblores; sus manos finas, llenas de experiencia; sus oídos que hubieron de escuchar los impetuosos juramentos de muchas mujeres enamoradas, y más aún sus labios, acostumbrados a besar y a mentir. Comparando a Roberto con los galanes protagonistas de «Eva» y «Cabeza de mujer», le hallaba superior a ellos y digno, por tanto, de coronarse vencedor en el más difícil torneo pasional. Amaba sus palabras, sus gestos, la expresión burlona y ambigua, de sus ojos azules, el color y el corte de sus trajes y hasta el perfume de sus pañuelos...

Unicamente la preocupaba, a ratos, el pasado de Roberto, poblado, sin duda, de mujeres inolvidables y en la cual la esposa burladora

o burlada—ella no lo sabía— parecía vigilar como un centinela.

—¿Tú habrás tenido muchas amantes?—decía.

—Algunas—replicaba Roberto sonriendo—, como todos los hombres.... Soy uno de tantos. ¡Pero eso no se pregunta!...

Ella continuaba, pueril:

—¿Bonitas?

—Bonitas y feas... pero más bien feas que bonitas: lo malo abunda.

—¿Cómo se llamaban?... Di... ¿Hubo, entre tantas, alguna tocaya mía?...

—No.... sí... no recuerdo...

—Pero, ¿fueron muchas?... ¿Verdad que fueron muchas?...

El negaba débilmente, satisfecho de que le juzgasen peligroso, pequeña vanidad masculina muy frecuente y muy cómica. La señorita de Gómez-Urquijo insistía:

—¡No seas hipócrita, no me engañes!... ¿Y las quisiste mucho?

—Psch... regular....

—¿Llegaste a vivir con alguna de ellas?

—No.

—¿Por qué?...

A veces Roberto, aturdido por aquellos desesperantes interrogatorios, se negaba a responder; y ella, entonces, arreciaba en su porfía exasperada y celosa.

—¡No, no—repetía—, quiero saberlo todo! Como tú conoces mi historia, necesito yo averiguar la tuya, por larga y oscura que sea: Tengo derecho a ello.

Continuaba mareándole, preguntándole por su pasado con ese afán de los espectadores curiosos que, habiendo llegado al teatro después de levantado el telón, molestan a sus vecinos rogando les expliquen las primeras escenas.

Estas conversaciones ocurrían en la calle, al anochecer. Todos los días Mercedes iba a sus clases del Conservatorio acompañada de las hermanas Vallejo, y a veces también de doña Balbina; pero a estas horas casi nunca veía a Roberto, porque éste se levantaba muy tarde.

Las citas eran después. A la primera campanada de las siete, Mercedes dejaba su costura o el libro que estuviese leyendo, y resueltamente se levantaba para marcharse.

—¿Dónde vas?—inquiría doña Balbina.

—Ya lo sabe usted: a casa de Carmen y de Nicasia, que me esperan.

Estos desplantes de independencia molestaban a la anciana.

—Pero.. niña...

—¡Vuelvo en seguida!...

Y salía vestida de cualquier modo, para demostrar con este calculado abandono de su indumentaria que no iba lejos. Febril bajaba la escalera haciendo crujir los peldaños bajo sus piececitos impacientes, y ya en la calle, de una ágil carrera llegaba a la de Mesonero Romanos, donde Roberto estacionaba, el sombrero muy calado sobre las cejas, envuelto en su rica capa color verdemar adornada de bordados caprichosos, y midiendo el andito de la acera con el paso mesurado del hombre que aguarda.

Una vez, doña Balbina intentó oponerse a aquellas escapatorias y libertades que consideraba impropias de la honestidad de su hija, pero no tuvo fuerzas para imponer su autoridad. Mercedes la dominaba tan completamente como en otro tiempo Gómez-Urquijo la había sojuzgado y vencido.

En boca de Mercedes los sofismas y hasta los embustes se mudaban en razones, y la anciana no sabía qué redargüir.

—¿Debe ser mi casa cárcel para mí?

Y doña Balbina pensaba que tenía razón. Alarmada, sin embargo, por los alertas de don Pedro, la sencilla mujer procuró granjearse la confianza de Mercedes, conocer sus deseos, descubrir sus secretillos mejor velados. Tarea imposible: la hija tenía más entendimiento, más conversación, más recursos imaginativos y más perspicacia que la madre; no hubo, por tanto, entre ellas combate posible, y cuantas veces doña Balbina acometió sus difíciles operaciones de exploración y sondeo, quedó vencida y desautorizada para mucho tiempo.

—¿Qué quiere usted que guarde oculto?—decía la joven—; ¿no sabe usted minuto por minuto, el monótono empleo que doy a mi vida?

La otra replicaba:

—¡Oh!.... Ya supondrás que mis preguntas van enderezadas a tu bien. Lo que yo deseo es hallarme siempre cerca de tu corazón, para alegrarme contigo, o consolarte si tienes penas... ¿Por qué no habría de ser tu madre tu mejor amiga?....

La interrogada solía no responder a esto, y la conversación quedaba en tal punto; pero a veces dejaba traslucir parte de sus verdaderos

sentimientos, pues la divertía examinar las impresiones que sus palabras reflejaban sobre el rostro ingenuo de la anciana.

—No tengo secretos malos—decía—ni desengaños, ni ambiciones locas... sino algo que es bastante peor y más grande que todo eso... Sufro una pesadumbre, madre... una sola... que parece el espíritu de lo malo, la refinada esencia de todas las melancolías; una tristeza que añade, a la roedora comezón de las mayores ambiciones, el dejo de los desengaños incurables... Sí, estoy triste, muy triste; cual si en mi breve vida mi corazón hubiese tenido tiempo de abrigar todos los anhelos y de sufrir todas las desesperanzas. Diríase que lo he visto todo y que todo me hastía. ¡Me aburro, madre, me aburro siempre!... Cuando toco el piano, cuando bordo, cuando voy por las calles camino del Conservatorio, cuando duermo... porque mi sueño tiene también la inmovilidad, la pesadez y la profundidad de sima, del aburrimiento... ¿Usted nunca se ha aburrido así?...

A Balbina Nobos, horrorizada por estos insospechados despeñaderos morales que descubría en su hija, poco la faltaba para echarse a llorar, y antes de responder titubeaba, examinan-

do su biografía, su serena existencia soñolienta y monótona como un bostezo. Sí, ella también se había aburrido muchos días, tantos, que con todos podían formarse varios años de tedio mortal...

Mercedes, que leía en la frente de su madre como sobre un libro, agregaba:

—Sí, seguramente habrá usted tenido horas de murria, pero declare que, si las sufrió con resignación alegre fué por mi padre, en quien usted adoraba, pues los sufrimientos y abnegaciones de usted redundaban en beneficio suyo, y mi padre era el único norte de sus pensamientos.

Estas concertadas palabras humedecían los ojuelos cándidos de doña Balbina.

—¿Tú qué sabes, muñeca?— exclamaba hechizada ante la perspicacia de su hija.

—¡Bien ve usted que lo sé!... Usted vivía para él y él para usted. Las tristezas y los triunfos eran comunes; su recuerdo llenaba y embellecía las soledades de usted, y las sonrisas de la esposa remediaban, como por ensalmo, los quebrantos del marido... Realizaban ustedes, en suma, el adorable imposible de uno ser dos y dos ser uno... Pero, ¿y yo? ¿Qué tengo? ¿A

dónde voy? ¿Qué puede amenizar la horrible vacuidad de mis horas?...

Entonces recordaba aquel remedio milagroso que esperaba... no sabía de dónde; de un telegrama que no recibía, de una carta o de una persona que nunca llegaban... Si hallándose en su habitación, oía sonar el timbre de la escalera, una voz interior, que siempre mentía, exclamaba: «Ahí viene». Si iba por la calle, una emoción magnética inexplicable la acometía de súbito, obligándola a pensar en su casa y en aquel enviado extraordinario, y a decirse: «¿Habrá llegado?»... Mercedes insistía en esto, explicando elocuentemente el suplicio de los ilusos que, como ella, viven pendientes de la voz de un ensueño; y eran tan apasionadas sus frases y tan sincero su dolor, que doña Balbina, aun sin comprender la gravedad y miga psicológica de tales confesiones, concluía por echarse a llorar.

—¡Eres como tu padre!—sollozaba—; como él... ¡lo mismo que él!...

Y a poco estas palabras, que aportaban a su espíritu una noción de irresponsabilidad, la aliviaban piadosas.

Aunque la anciana no presumía las relacio-

nes de su hija con Roberto Alcalá, no podía aceptar, sin embargo, las salidas frecuentes de Mercedes.

—Eso no está bien—insistía—; ninguna mujer soltera y celosa de su buen nombre anda sola por la calle, y menos de noche... ¡Ah, si tu padre lo supiese!...

Pero la joven, con invencible tesón tornaba a rebelarse y a reclamar imperiosa su derecho a ser feliz: pues todo el día estaba trabajando como una vieja cargada de obligaciones, justo era que por las tardes buscase en la sociedad de unas amigas vecinas un ratito de inocente solaz.

Y añadía resueltamente, fiada en la protección de Nicasia y de Carmen.

—Déjeme usted y no me atormente. ¿Qué pido yo? ¿Qué placeres me proporciona usted? Yo no asisto a reuniones, ni voy al teatro; mi padre. absorto en sus quehaceres, no se ocupa de mí...

—¡No tiene tiempo!—atajaba doña Balbina.

—Conformes.

—El ha de ganarnos el pan.

—Lo sé; harto hace. Por eso: él no puede ocuparse de mí... usted tampoco puede... ¿Para

qué vivo entonces? ¿Para tocar el piano y repasar la ropa sucia?... ¡Donoso porvenir!... Creo que en vez de combatir debía usted proteger estas inocentes diversiones mías, supuesto lo mucho que me quiere, y procurar que mi padre las ignore, pues ni él ni yo tenemos la condición sufrida y un choque entre ambos podría ser funesto para todos...

Hablando así, su hermosa cabeza afectaba una expresión batalladora que parecía envolverla en una claridad de combate: los encendidos rizos de su frente se encrespaban temblando, cual si el coraje los retorciese sobre sí mismos; el nervioso fruncimiento de su nariz se acentuaba, palidecían las mejillas, y bajo el doble arco de las cejas brillaban duramente sus ojos de tigresa... Y doña Balbina Nobos bajaba los suyos, cohibida por el irresistible poder magnético de aquella mirada grave y despótica. Mercedes y su padre se asemejaban prodigiosamente, y la madre veía reproducirse en la hija el mismo entrecejo autoritario de Gómez-Urquijo, la misma voluntad de hierro que, durante treinta años de matrimonio, sólo la enseñó a obedecer.

Por esto la anciana, temerosa de provocar un

disgusto entre el padre y la hija, y no hallando en la conducta de ésta nada muy reprensble, aceptó como buena y aun necesaria la repetición cotidiana de aquellos pseos, ocultándolos y convirtiéndose así en cómplice inconsciente de Mercedes.

Estas condescendencias cobardes las explotaba la joven hábilmente para ver a Roberto, y las pequeñas dificultades que había de vencer y las mentirijillas que necesitaba inventar para salir, sazonaban su amor con un encanto inexplicable.

Roberto siempre acudía puntualmente al lugar de la cita, y embozado en su capa para mejor desfigurarse empezaba a pasear por la calle de Mesonero Romanos, mas sin asomarse nunca a la de Jacometrezo, para evitar que desde los balcones de su cuarto doña Balbina le reconociese. Generalmente el tiempo era desapacible, la luz de los faroles arrojaba manchas sanguinolentas sobre el empedrado húmedo, y el aire qe ascendía del fondo de la retorcida calleja como un eructo de cloaca, venía impregnado de un fuerte olor a tierra mojada. Los hombres pasaban tapados hasta los ojos; las mujeres, todas obrerillas que salían del trabajo, iban de prisa

arrebujadas en sus mantones, y Roberto las examinaba fijamente recelando siempre la eventualidad de una sorpresa. De pronto aparecía Mercedes, corriendo y mirando hacia atrás, y había tan ágil y gracioso sobresalto en su andar, y tanta felicidad en sus ojos, que para mirarla muchos transeúntes volvían la cabeza. Las palabras de su saludo, aunque vulgares, acariciaban los oídos del actor como un arpegio.

—Ya estoy aquí—murmuraba—; ¡qué alegría!

Cogidos del brazo echaban a andar hacia la oscura calle de la Abada: ella, contenta por haber logrado vencer los obstáculos, en su concepto enormes, que se opusieron a su escapatoria; y él feliz también de sentir tan cerca de sí a la Deseada, con su caballera corta y fuerte y los ojos cenizos brillando febriles sobre sus pálidas mejillas de hebrea.

La pasión de Mercedes iba exaltándose imponente. Si a Roberto hubiese podido recibirle en su casa, con la prosaica tranquilidad que ensucia las horas de los noviazgos vulgares, seguramente le habría amado menos. En los libros de su padre aprendió a querer lo prohibido, lo anormal, lo peligroso, toda aquella ilegalidad que el espíritu de Gómez-Urquijo había

sentido como nadie y descrito con sugestivos aciertos de observación, colorido y relieve... Por eso quería a Roberto con un ardor que trascendía a las calles que recorrían en sus paseos, y a la esquina donde solían detenerse a echar el párrafo de despedida; y quería todo aquello porque Roberto Alcalá, a fuer de comediante meritísimo, sabía dar encarnación real a cuantas engañosas visiones novelescas ella amaba... Las mujeres tienen predilección por los artistas, en general, y muy especialmente por los actores; sin duda porque en ellos, como en el alma femenina, todo es superchería y mudanza.

Los domingos por la tarde, Roberto trabajaba en el teatro, y Mercedes sólo podía verle un instante por la mañana, durante la misa de doce. Mas esto no representaba para ellos casi nada; la joven iba siempre acompañada de su madre, y el actor había de resignarse a verla desde lejos: una mirada ardiente, dulce, venenosa, que arrojaba sobre ella, como un venablo de paganía, a través del ambiente impregnado de olor a incienso y por encima de una multitud de devotos arrodillados.

Durante aquellas entrevistas cotidianas, Ro-

berto Alcalá practicaba difíciles operaciones de observación y análisis; entre tanto no calculaba a dónde aquel juego podía arrastrale, ni advertía cómo su cariño crecía caudaloso y se impacientaba, y padecía deseos vehementísimos de triunfar pronto...

«El amor—escribía Balzac—tiene sus grandes hombres desconocidos, como la guerra tiene sus Napoleones, y la poesía sus Andrés Chénier, y la filosofía sus Descartes...» Roberto Alcalá atesoraba alguna de esas cualidades que poseen los fuertes conquistadores de corazones femeninos. Insensiblemente, para no asustar a Mercedes, pero también sin vacilaciones que la permitieran recobrarse de sus sorpresas y derrotas, iba avanzando, domeñando su levantisca condición y descubriendo el verdadero temple de su recato.

En cierta ocasión quiso acariciar una de las manos de Mercedes, y ella se opuso:

—No me toques—exclamó resuelta.

—¿Por qué?...

—Porque... no está bien.

Todo su gentilísimo cuerpo tremaba.

Roberto pareció admirarse.

—¿Cómo?—repuso—. ¿De suerte que una

mano abandonada en señal de cariño, es un crimen... y dada fríamente y en señal de despedida es una cortesía? ¡Bonita lógica!...

Y como este sofisma tenía realmente las tranquilizadoras apariencias de una verdadera razón, Mercedes se dejó convencer y entregó su mano: una manecilla suave, regordetilla, salpicada de hoyuelos, que prometía muchas caricias.

Otra vez, en un arrebato de pasión, el actor cogió a Mercedes por el talle violentamente con el propósito de besarla: ella bajó la cabeza para esquivar la atrevida caricia, con esa propensión instintiva que las hembras tienen a la defensa.

—¡Déjame!...

—No te dejo, ven.

—¡Oh!... Eres brutal...

Y procuró desasirse. Mas él se impuso por la fuerza.

—Sí—afirmó—, soy brutal... porque tu belleza, cegándome, me obliga a serlo. ¡Ojalá puedas inspirarme siempre igual pasión! El día en que me veas a tu lado correcto, respetuoso, indiferente a tus seducciones, hablando fríamente, sin ocurrírseme oprimir entre mis

manos las tuyas y sin que a mis ojos asome el resplandor de los deseos, puedes jurar que todo ha concluído entre nosotros...

Estos diálogos ofrecían puntos de vista muy notables; pues en ocasiones, mientras Roberto retorcía sus frases inventando tropos y lindezas para no decir algo demasiado crudo que lastimase el virginal recato de Mercedes, ella, segura de antemano de adónde iban encaminadas tan sutiles retóricas, reía por dentro, y así de los dos el primer burlado era él.

Una noche encontró Mercedes que Carmen, Roberto y otro individuo a quien no conocía, estaban esperándola. La joven pareció muy sorprendida.

—Necesito—explicó Carmen—ir a la calle del Almirante en busca de una amiguita que ha de entregarme unos bordados, y he citado a mi novio aquí, para que vayamos todos juntos y le conozcas...

Seguidamente, sin advertir el gesto desabrido que contrajo el semblante de la señorita Gómez-Urquijo, procedió a la presentación.

—Luis Herrera... Uno de nuestros desocupados más agradables...

El aludido se inclinó. Era un muchacho de

veintitantos años, delgado, alto y con lánguidos ojos azules encajados en un rostro complaciente que repetía invariablemente, no bien le miraban, una sonrisa que parecía haberse enfriado en sus labios. Saludó Mercedes ceremoniosamente, y Luis Herrera volvió a inclinarse con manifiesto deseo de parecer bien, pues sabía que la joven amaba a Roberto y el cariño que una mujer profesa a un hombre envuelve cierto desprecio para los demás.

Unos instantes los cuatro permanecieron suspensos, como esperando la orden de ponerse en camino.

—¿Qué?... ¿Vamos?—preguntó Carmen.

—Está lloviznando—objetó Mercedes—: además, es tarde; son las siete y minutos, y yo a las ocho, he de estar en casa; dispongo de poco tiempo...

—No importa, mujer; yo también necesito volver temprano... Todo se reduce a correr un poquito.

Mercedes miró a Roberto Alcalá con ojos interrogadores, pidiéndole consejo.

—Yo creo—observó el actor—, que atajando por aquí hacia la calle de la Montera, llegaremos en seguida a la del Barquillo y así, antes

de una hora, podemos estar de regreso. La lluvia es lo de menos....

—Ea, pues—interrumpió Luis—, no perdamos tiempo.

Y todos echaron a caminar diligentes, siguiendo el itinerario trazado por Roberto.

—¿Has visto?—musitó Mercedes—: estos mentecatos han venido a estropearnos la noche...

Carmen y Luis Herrera iban delante, despicándose alegremente; a intervalos ella rompía a reir estrepitosamente, echaba la cabeza hacia atrás y él la pellizcaba en las caderas, como queriendo castigarla.

—¡Qué loca!—exclamó de pronto Mercedes, disgustada por aquel nervioso contento.

Y agregó, sin poder contenerse:

—¡Cualquiera creería que son amantes!

Roberto Alcalá se alzó de hombros, significando que cuanto escandalizaba a su novia él lo hallaba absolutamente natural.

Al cruzar la plaza del Rey, Carmen vió a su amiga: una madrileña neta, bajita, delgada, con mucho negro y mucha luz en los ojos parleros.

—Adiós, Lola; en busca tuya íbamos... ¿Y los bordados?

—Mañana los tendrás; la señora que había de traérmelos me envió recado de que estaba enferma.

Mientras las dos mujeres hablaban, Roberto y Luis saludaron al individuo que acompañaba a Dolores.

—Adiós, Juanito...

—¡Hola, queridos!...

—¿Dónde vas?

—¿Qué sé yo? ¡Por ahí!... Por donde van las mujeres y el humo... No tengo otra brújula.

—¿Es?...—preguntó Roberto señalando a Lola con el gesto.

—Sí—atajó Juan, discreto y rápido.

Era un joven de razonable estatura, elegante y simpático, de nariz aguileña y ojos acerados, de mirar muy firme.

—Pues nos hemos topado por una casualidad—exclamó Dolores dirigiéndose a los hombres.

—¿Por qué?—dijo Luis.

—Porque hoy—interrumpió Romero—habíamos resuelto ir a las Ventas. Pero como Lola es una criatura que siempre, después de almorzar, tiene el vicio burgués de dormir la

siesta... ¿Pueden ustedes creer que se ha levantado hace un momento?

—Calla, parlanchín.

—¡Contento me tienes!—repuso Juanito festivamente—. ¡No me hagas hablar!...

No deseaba otra cosa.

—¡Que se sepa!—exclamaron todos.

Se habían detenido en la acera del Circo de Price, y se arrimaban cuanto podían a la pared para guarecerse un poco de la llovizna que continuaba cayendo.

—No hay inconveniente—replicó Juanito—; mi cuento cabe en dos palabras; es un cuento viejo, muy triste y muy humillante para mí... Lo empezaré informándoles a ustedes de que esta tarde, precisamente, Dolores, antes de dormirse, había jurado quererme idolátricamente... y que yo la creí... Pasó una hora. Como no despertase, la llamé, y finalmente me senté a su lado, movido por el capricho de arrullar su sueño con un canto de amor... «Dolores, Lola de mi alma, lucero de mi vida, ¿te acuerdas?...»

—¡Qué farsante!—interrumpió la joven—. ¡qué modo de inventar... no le hagan ustedes caso!...

Juanito continuó:

—Aburrido de mi inútil discurso, empecé a pasear por la habitación, murmurando de vez en vez: «Lola, niña mía, ¿no oyes? ¿No presientes que soy yo quien te llama...» Y ella... ¡sin despertar!

Todos reían. Romero prosiguió con aire grave y sentado:

—Luego, al acercarme a un espejo para arreglarme la corbata, dejé caer inadvertidamente sobre el mármol del lavabo una moneda... Y entonces Lola despertó, sobresaltada por aquella voz que acababa de susurrar en sus oídos la canción irresistible del oro. —¿Qué sucede?—dijo mirándome, los ojos muy abiertos—. Creí que me llamabas...»

No dijo más el narrador, y todos celebraron el sabroso pique de la ocurrencia. Seguidamente las tres parejas, obedeciendo a una indicación de Carmen, emprendieron la marcha por la calle de las Infantas.

—¿Quién es ese muchacho?—preguntó Mercedes a Roberto, en voz baja.

—Es Juanito Romero; una «bala perdida»...

—Y Dolores, ¿es novia suya?

—Probablemente será su querida...

Mercedes y Roberto caminaban delante. De pronto Alcalá volvió la cabeza para mirar a sus amigos que iban muy rezagados.

—¡Qué juntitos vienen—exclamó—, parece que van besándose...

Y agregó bruscamente:

—¿Me dejas besarte?

Mercedes, asustada, le miró de hito en hito abriendo desmesuradamente sus ojos luminosos.

—¿Te has vuelto loco?

—No... Pero te quiero mucho... cada día más... y la felicidad de esos me causa envidia. Vamos... ¿quieres?...

Se inclinaba hacia ella buscando sus labios. La joven se retiró, acercándose cuanto pudo a la pared.

—Estate quieto... No me ofendas confundiéndome con las mujeres de todo el mundo...

Pero Alcalá empezaba a perder la cabeza, mareado por el loco deseo que en él encendían las esquiveces y hermosura de la Deseada.

—No seas hipócrita—dijo—; si me quieres, necesariamente has de comprender la legitimidad de mi deseo. Se besan los padres y los hijos, se besan los esposos... las amigas... se besan todos los que se quieren... y yo, ado-

rándote, ¿por qué no había de besarte también?

Un momento Mercedes le miró enternecida, subyugada por la voz doliente del actor, a quien había visto en el teatro arrollar la virtud de tantas mujeres.

Atravesaban la calle Fuencarral y siguieron la de San Onofre; al llegar a la de Valverde torcieron a la izquierda, y no bien doblaron la esquina que les ocultaba a los ojos de sus amigos, cuando Roberto exclamó imperativo, sujetando a la joven por las manos:

—¡Dame un beso!...

Ella sofocó un grito.

No, aquí no... Pueden vernos... ¡Aquí no!... ¡Qué escándalo!...

—No temas... vienen muy detrás... ¡Acércate!...

Y cogiéndola por la nuca, la atrajo hacia sí y ávidamente la besó en los labios. Luego se apartó, echándose a reir para disimular su atrevimiento. Mercedes siguió caminando sin levantar la vista del suelo; tenía los ojos brillantes, su cuerpo temblaba y una ola de sangre, que era todo un poema de candor ofendido, arreboló su semblante pálido; no supo decir

más y fué bastante; el pudor es el lenguaje de las mejillas.

Al llegar a la calle del Desengaño, Mercedes y Carmen se despidieron de sus acompañantes, dirigiéndose presurosas hacia la de Jacometrezo por el callejón de los Leones. En aquel instante, don Pablo Ardémiz salía de un portal. Mercedes bajó la cabeza para esconder el rostro, y el anciano pasó sin saludar.

—Creo, sin embargo—murmuró la joven—, que ese viejo marrajo me ha visto....

Y agregó mirando a su amiga:

—Tengo calor. ¿Cómo estoy?

—Muy colorada. Parece que te has embadurnado el rostro con bermellón.

A poco se despedían, citándose para el día siguiente, a la hora de clase.

La joven atravesó el portal de su casa corriendo, subió las escaleras de un tirón y llegó a su cuarto sofocadísima, ahogándose. Al verla así, su madre se inmutó.

—¿De dónde vienes?

—De casa de Carmen. Hemos estado examinando unos bordados preciosos que ha hecho Dolores, una amiga suya.... ¿Ha venido papá?

—No...

Doña Balbina la miraba; sus inocentes ojuelos de mujer sencilla, buscaban sobre el rostro de Mercedes la verdad. Después, con mano, a la par investigadora y cariñosa, la palpó la cabeza y los hombros.

—¿Llueve?—preguntó.

—Sí...—repuso Mercedes vacilando.

—Estás mojada... ¡más que mojada, empapada!... Cualquiera creería que vienes de muy lejos.

—No es eso, sino que llueve mucho... muchísimo... Carmen ha venido conmigo hasta aquí... Al salir de su casa vimos a don Pablo Ardémiz... Iba tan absorto en sus cavilaciones, que no me reconoció...

Las mutaciones que de continuo turbaban el ánimo de Mercedes eran de tal consideración y evidencia, que doña Balbina, a pesar de la poquedad de sus alcances, llegó a entrever en su hija la existencia de un grave y peligroso secreto. ¿Cómo descubrirlo?

No sintiéndose capaz de hacer nada por sí, doña Balbina visitó a su confesor, don Fernando Almonacid, varón entrado en años, doctísimo, bueno y muy ducho en toda clase de asuntos mundanos; mas como la anciana no supiese

bien la situación moral de Mercedes, y Almonacid no fuese hombre que gustase de juzgar los hechos por impresiones y a la ligera, la consulta resultó inútil, limitándose doña Balbina a exponer su corta suerte y los recelos que la inspiraba el porvenir de aquella hija, y recibiendo de labios de don Fernando análogos consejos a los que en otro tiempo la dió Gómez-Urquijo, a saber: que observase a Mercedes, que ganase su confianza y descubriese sus anhelos más íntimos, o con sutiles raposerías o con halagos...

Así, en esta penumbra de emboscada, y sin que surgiese ningún acontecimiento de bulto, fué pasando aquel invierno y llegó el verano, con sus cálidas noches estrelladas.

Y fué entonces cuando adquirió doña Balbina la convicción secreta de que Mercedes y Roberto estaban en relaciones.

Una noche fueron ella y Mercedes al circo de Price para ver a «Tik-Nay», el payaso inimitable, cuyas excentridades sabían dibujar una sonrisa sobre los labios más tristes.

En el callejón de butacas encontraron a Roberto, que inmediatamente se acercó a saludarlas. Hablaron un momento.

—¿Y don Pedro?

—Bien—repuso doña Balbina—; los volatines le aburren y no quiso acompañarnos. Luego vendrá. Y usted, ¿no tiene hoy función?

—No, señora; afortunadamente...

Se separaron; durante el entreacto volvieron a reunirse y doña Balbina advirtió que, a pesar de hallarse Roberto con varios amigos en un palco muy distanciado de las sillas que ellas ocupaban, no apartó en toda la velada sus ojos de Mercedes.

Noches después volvieron a saludarle en el pórtico de Apolo. Entonces, doña Balbina recordó que durante el día Mercedes había demostrado gran interés en ir al teatro, y que aquel encuentro, de consiguiente, bien podía ser una cita.

—Yo no tenía ganas de salir hoy—explicó la anciana para disculpar la vulgaridad de sus vestidos—, pero Mercedes empezó a decir que estaba triste, que se aburría... y como es muy testaruda... me fué necesario complacerla.

Roberto miró a la joven sonriendo, orgulloso de sentirse tan amado.

—Por eso vamos a una localidad modesta—

añadió doña Balbina—, nuestros asientos son delanteras de anfiteatro principal.

—A ver, mamá—dijo Mercedes—¿qué números tenemos?

Balbina Nobos la hizo entrega de los billetes, murmurando:

—Míralos tú... yo no veo bien...

—Tenemos el tres y el cinco...

—¡Buen sitio!—proclamó Roberto—¿me conceden ustedes el honor de acompañarlas un ratito?

Era a doña Balbina, a quien el ruego cortés iba dirigido. La interpelada supo disimular su disgusto secreto, y replicó amable y taimada:

—Con mucho gusto; pero... ¿habrá todavía, junto a nosotras, algún asiento desocupado?

—Vamos a saberlo.

El actor se dirigió al despacho de billetes. Doña Balbina murmuró, mirando a su hija de reojo:

—¡Qué casualidad... habernos encontrado con este hombre!...

Mercedes respondió en el mismo tono.

—¡Qué casualidad!

Alcalá volvía, la cara sonriente, pinturero el andar.

—¡Buena suerte hemos tenido!... Perdonen ustedes—agregó queriendo desvanecer, festivo, una sombra triste que endureció momentáneamente los ojuelos afectuosos de la anciana—me he expresado mal. Debí decir: «¡Buena suerte he tenido!»... pues, en esta ocasión, el agasajado por la Fortuna soy yo. Vamos a estar juntos. Una de las localidades inmediatas a las de ustedes, la señalada con el número siete, no se había vendido aún.»

La joven sonreía feliz, en tanto su madre pensaba:

«A mí no me engañan; todo esto es una farsa tramada por los dos»...

Aquella noche experimentó Mercedes impresiones de nuevo y regaladísimo sabor. Su madre estaba sentada a su izquierda, Roberto a su derecha, y los tres muy juntos y cosidos, porque la abundancia de público les obligaba a ello. Mercedes sentía que las manos salaces de Roberto la pellizcaban disimuladamente las caderas, y que las rodillas del actor buscaban ansiosas las suyas: al hablarse lo hacían quedamente y aproximando mucho sus cabezas; entonces sus alientos se confundían, los cabellos de la joven rozaban la frente de Alcalá, y los

cuerpos de ambos experimentaban voluptuosos calofríos. Cuando salieron del teatro, doña Balbina creyó ver que Roberto entregaba a Mercedes un papel escrupulosamente plegado.

En los días siguientes doña Balbina Nobos batalló largamente con su hija para arrancarla la confesión de aquellos amores. Mercedes se manifestó impenetrable. Juró haber visto a Roberto Alcalá sólo una vez, en casa de Carmen; negó que estuviesen citados en Apolo, y exageró su valor y disimulo al extremo de asegurar que el comediante no la interesaba... Doña Balbina no creyó tales asertos, pero hubo de aceptarlos y dar por terminado el incidente, segura de quedar siempre vencida.

Con la otoñada volvieron a abrirse las clases del Conservatorio, y Mercedes y Roberto reanudaron sus entrevistas. La joven refirió al actor las sospechas de doña Balbina y los inconvenientes, de día en día más graves, que habría de vencer para salir. Sus relatos eran muy conmovedores, muy exagerados...

—Mi madre nos cree novios y ha querido obligarme a confesar la verdad.

—¿Y qué hiciste?

—Negarlo todo.

—Muy bien...

Aunque ya—y tal vez sin percatarse bien de ello—idolatraba a Mercedes, deseaba que su cariño permaneciese secreto. Confesarlo equivaldría a perderlo. Su condición de hombre casado le prohibía amar. La más inexorable, la más impía de las excomuniones, pesaba sobre él.

—Sí—repitió suspirando—, hiciste bien...

—Eso creo yo...

Y lo decía sin pena, aleccionada quizás por su padre, cuyos libros la enseñaron a ver en lo prohibido y oculto el milagroso manantial de las ilusiones.

Hablando de este modo bajaban por la calle de la Salud, en dirección a la del Carmen.

—En último caso—dijo Roberto—si las circunstancias lo exigiesen, yo aceptaría que esto se supiese siempre que tú...

—¿Qué?—interrumpió ella vivamente.

—Siempre que tú... me quisieses mucho.

—¿Cómo?—dijo Mercedes riendo—. ¿No estás cierto de mi cariño?

—No.

—¿Qué te falta? ¿Qué pruebas mayores de amor necesitas?...

—¡Muchas!... ¿Acaso recibí testimonio convincente, irrecusable, de tu amor?...

—No sé.

—Piénsalo.

Ella repitió más ingenua que astuta:

—No sé... no sé...

Y buscaba, dentro de sí. Súbitamente, un poco decepcionado, él agregé:

—Sí, Mercedes: aunque tarde, he llegado a persuadirme de que tú, poco más o menos, eres desconfiada y previsora, como todas.

—¿Por qué dices eso?

—¡Oh!...

—No comprendo.

El se encogió de hombros.

—¿Tienes ganas de reñir?

—Tengo ganas de que hablemos francamente.

La joven le miró de hito en hito; preveía el choque de algo rudo, muy fuerte. Desde hacía poco tiempo los deseos de Roberto se impacientaban, su sensual obstinación era mayor, sus ataques más bruscos, y la Perseguida temía aquellas trifulcas que siempre arrancaban a su amor nuevas concesiones.

—¿Cómo quieres—prosiguió Roberto Alcalá—, que cifre yo confianza en una mujer que

no la tiene en mí?... Porque reconocerás que sigues usando conmigo casi los mismos miramientos que empleabas en los primeros días. Hoy, como entonces, he de robarte los besos, y... o eres una actriz consumada en el arte del fingimiento, o mis caricias son para ti un suplicio.

¿Por qué razonaba así el comediante? ¿Era por burlar a la amada y deshacerse luego de ella; o, muy al contrario, porque su deseo, cada vez más vehemente, empezaba a encontrar insoportable la larga castidad de aquellas relaciones?...

Cruzaban la calle del Carmen y por la de Rompe Lanzas llegaron a la de Capellanes.

—¿Qué quieres de mí?—preguntó Mercedes sofocada.

—Todo...

Palideció la virgen y en sus bellos ojos aterrados él vió reflejarse una exquisita angustia. Roberto prosiguió:

—Sí, eso es... una prueba muy grande, una especie de lazo irrompible que te impida ser de nadie... ¡De nadie, más que mía!...

La había trabado fuertemente de un brazo, y la miraba con ojos glotones, acercando su ros-

tro al de ella como para morderla; mientras la acosada se oprimía contra la pared, vacilante, mareada por aquel vaho pasional.

Continuaron hablando: él iba exaltándose según porfiaba; ella volvió a preguntar:

—¿Qué quieres de mí?...

—Quiero que seas mía.

—Lo soy.

—No.

—Lo soy; lo juro; te dí mi alma.

—Necesito más; tu cuerpo quiero...

Se le habían secado los labios.

—Tu cuerpo blanco... duro... tremante... dócil... que será entre mis manos un divino juguete...

Frases, leídas sin duda por él en las comedias, y otras que le brotaban a caudalosos borbotones de su subconsciencia, le dictaban párrafos de emoción turbadora. Ella repuso, tratando de destruir el hechizo sensual:

—Seré tuya, como lo deseas, cuando nos casemos.

—¡Cuando nos casemos!...—gritó el actor—. ¿Qué dices?... ¿Estás loca?... ¿No sabes que no podemos casarnos?... Además, la verdadera pasión no admite condiciones... ¡ni aun aque-

llas que concibió la repugnante previsión de las mujeres llamadas honestas!...

No pudo seguir, tan grande era su exaltación. Mercedes también callaba, empavorecida. Su primer impulso al oir las atrevidas exigencias de Roberto, fué de indignación y protesta; pero muy luego se sosegó recordando que, fatalmente, los hombres que lograron ser muy queridos consiguen de sus amadas todos los favores. Inconscientemente, ambos se habían detenido delante de un portal; luego reanudaron su paseo.

—Ne extrañes este arrebato mío—explicó Roberto—; realmente, hoy cuento tantos motivos para desesperarme como ayer; pero es que las impresiones van siempre en traílla, las unas empujan a las otras y la suma de todas ellas suele originar la locura, como muchas gotitas de lluvia pueden improvisar un torrente.

Iban a dar las ocho.

—Es muy tarde—insinuó Mercedes—; llévame a mi casa; no quiero sufrir por un desagradecido como tú nuevos disgustos.

El regreso lo emprendieron por la solitaria calle de Tetuán; el diálogo continuó agriándose. En la calle Mesonero Romanos, esquina a la

de la Abada, hicieron alto para despedirse.

—Es necesario que seas mía—mururaba él.

—Yo no soy tu esclava.

—Por amor debes serlo.

—Ni por amor....

—Sin embargo, es preciso: no ya porque te quiero, si no para convencerme de que me quieres tú.

Volvía a acercarse a Mercedes, respirando sobre ella, como queriendo abrasarla con el aliento. La joven, en efecto, concluyó por sentir que aquel apremiante deseo la producía un malestar físico.

—Sepárate—murmuró—; me haces daño... me ahogo....

Reprimiéndose con gran esfuerzo, Roberto dió un paso atrás.

En aquel instante resonó hacia el fondo de la calle un confuso estruendo de voces, desde la más baja a la más tiple, que gritaban a la vez: eran vendedores del «Heraldo de Madrid». que se acercaban corriendo desalados, llevando en la mano un periódico extendido para mejor atraer la atención de los transeuntes, y todos con el mismo pregón en los labios:

—¡«Heraldo»!... con los detalles del crimen de la calle de Pozas...

Aquel crimen, referido ya por los periódicos de la mañana, pertenecía al número de los llamados «pasionales». Un cajista que había matado, por celos, a una cantadora de café...

Los vendedores voceaban emocionados y jadeantes, cual si realmente fuesen portadores de una gran noticia.

—¡Heraldo», «Heraldo de Madrid», con todos los detalles del crimen de la calle de Pozas... y las últimas declaraciones del asesino!...

Y había algo muy siniestro en aquel pregón que arrastraba por las calles de Madrid el recuerdo de un crimen, y que los vendedores repetían con ahinco, cual si el chorro de sangre que derramó una puñalada fuese para ellos arroyo santo que, como el Darro o el Jordán, acarrease también pepitas de oro.

Este vocerío, en virtud de una torva asociación de ideas, exasperó a Roberto.

—Nosotros concluiremos así—murmuró—; tú como ella... yo, como él...

Mercedes quiso sonreir.

—¡Tonto!...

Pero él había vuelto a sujetarla por un brazo,

y la zarandeaba bravío. Algunos transeuntes se volvieron para mirarles.

—¿Serás mía, no es cierto?... ¡Júramelo!

Y agregó fuera de sí:

—Si no accedes, desde hoy todo concluye entre nosotros.

Mercedes, a quien por igual el dolor y la vergüenza oprimían la garganta, rompió a llorar.

—No me quieres—murmuró con convicción desolada— ¡no me quieres!...

—¡Al contrario!... Te adoro, y por lo mismo exijo tanto, porque mi cariño todo lo merece.

En el reloj de una farmacia próxima, uno de esos relojes siniestros que parecen destinados a medir la agonía de los enfermos, sonaron las nueve.

—¡Ah!—exclamó Mercedes asustada—me voy corriendo; es muy tarde y mi padre no puede tardar... Adiós...

—Adiós—repitió Roberto recobrada su británica frialdad habitual.

—¿Estás enfadado conmigo?...

—No... ¿para qué?... Estoy convencido de que debemos separarnos.

Ella deseaba marcharse, pero no se atrevía a

dejarle así, tan irritado. Al fin, haciendo un violento esfuerzo sobre su enamorado corazón, echó a correr, prometiendo:

—Hasta mañana...

Después, antes de doblar la esquina, se volvió para verle a través de sus lágrimas, pero Roberto, con crueldad deliberada, sin duda, ya había desaparecido.

La joven pasó una noche horrible, llorando mientras releía las cartas del actor; aquellas ardientes cartas que la brindaban el tesoro de una pasión sin término...

Al día siguiente, temprano, la señorita Gómez-Urquijo entregó a Carmen una misiva para Roberto. Hallábase tan fuera de sí, tan pálida y con los párpados tan enrojecidos por las lágrimas y el no dormir, que la señorita Vallejo se asustó.

—¿Qué tienes?... ¿Estás enferma?

—Mucho peor—repuso Mercedes—, estoy muriéndome; he reñido con Roberto.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Por qué?...

—Por una tontería... Cree que no le quiero...

Y lloraba. Su amiga se echó a reir.

—No llores, borricota—exclamó festiva—, mi primo habla así porque te adora y está celoso. Cuando Luis me quería mucho, decía lo mismo... ¡Veo que no conoces a los hombres!

—De todos modos—repuso Mercedes—, dale mi carta; llévasela tú misma... ¿eh?... tú misma; yo no puedo...

Carmen sonreía.

—Bien, bien...

—No dejes de hacerlo. En esa carta le cito para esta noche, a la hora y en el sitio de costumbre. Necesito hablar con él a todo trance... Creo que si hoy no le veo, me muero... ¡me muero!...

Y agregó con una risilla que era en sus labios amargados un iris de esperanza:

—Dile también... pero así, como por cuenta tuya, que le quiero mucho... mucho... que me has visto llorar por él...

El resto del día lo pasó Mercedes en su casa, junto al balcón, cosiendo, y a intervalos miraba al cielo; un cielo de otoño, lloviznoso y frío. Doña Balbina, feliz al verla tan juiciosa, estuvo más alegre que de ordinario. La serenidad,

sin embargo, de la joven, no pasaba de ser aparente; meditaba en Roberto, en que ya habría leído la carta, en que iría a la cita... y permanecía atenta a los menores ruidos callejeros, obsesionada como nunca por el presentimiento de que al fin iba a recibir la visita de «aquello», que nunca llegaba...

Porque la noche se había echado encima y la escasa luz crepuscular no permitía seguir cosiendo, hija y madre empezaron a charlar. Mercedes deseaba levantarse a ver la hora, más no lo hacía recelosa de que doña Balbina advirtiese su impaciencia y su inquietud. De pronto, en el reloj del comedor sonaron varias campanadas, y la joven, casi de un salto, se puso en pie.

—Me voy—declaró secamente.

—¿Adónde?

—A casa de Carmen; está esperándome. Son las siete.

—¿Las siete?—repitió doña Balbina escandalizada—. Han dado las seis y contaste las siete. ¿En qué piensas?...

Mercedes, temiendo haberse equivocado, corrió al comedor: en efecto, eran las seis. Fu-

riosa contra sí misma volvió al gabinete, luchando a brazo partido contra su pena, y decidida a seguir rellenando de monosílabos la distraída conversación de su madre.

—¿Y te atreves a salir con este tiempo desapacible?

—Sí... ¡bah!... ¿Qué importa el tiempo?

—Yo, en tu lugar, no saldría...

—Bueno...

—Dime, ¿Carmen y Nicasia tienen novios?

—No sé; nada me han dicho. Son dos muchachas muy serias...

—No comprendo cómo su madre las permite andar por la calle a todas horas.

La joven ratificó aburridísima:

—Yo tampoco.

La supina vulgaridad de este diálogo determinaba en Mercedes un malestar físico, semejante a un vago dolorcillo de estómago. Se levantó y fué al comedor, creyendo que había pasado ya mucho tiempo; pero su impaciencia volvía a engañarla: eran las seis y cuarto. Doña Balbina charlaba con ese hablar perezoso de las personas que encanecieron en la soledad.

—Yo reconozco que Carmen y Nicasia son dos muchachitas buenas, muy hacendosas, pero... ¿qué quieres?..... no me gustaría que fueses como ellas. Tú vales mucho, tienes mucho talento.....

¡Sí, bonito talento el suyo!.... El talento de vivir siempre encerrada, sin amigas, sin diversiones, marchitándose estúpidamente entre las cuatro paredes de una casa pobre.... ¡En eso hace consistir el vulgo la discreción y la bondad de las mujeres!....

Así razonaba Mercedes, pero no quiso hablar, segura de que no la comprenderían. Además, ella sabía a dónde iban encaminadas las preguntas y reflexiones de su madre, y aquellos torpes tanteos irritaban sus nervios. Apenas oyó las siete se levantó.

—Hasta luego—dijo.

Y fué tan duro el acento de su voz y tan despótica la autoridad de su ademán, que doña Balbina Nobos la dejó marchar sin atreverse a contradecirla.

Cuando Mercedes llegaba al zaguán tropezóse con don Pedro, que volvía de la calle. La joven sintió desvanecerse todo su heroico valor,

y viendo a su padre tan alto, tan grave, envuelto en un largo gabán sobre cuyo cuello de pieles se abarquillaban las blancas melenas de su venerable cabeza apostólica, dió un paso atrás, huyendo del Pasado que parecía erguirse ante ella súbitamente, como para impedirla salir.

—¿Adónde vas?—interrogó Gómez-Urquijo.

Mercedes no respondió.

—¿Adónde vas?—repitió colérico don Pedro.

—A casa de Carmen.

Las severas mejillas del anciano se arrebolaron, y por sus pupilas azules cruzó un relámpago de ira. Mercedes desfallecía: en aquel momento no veía a Roberto; sólo pensaba en don Pedro, que la miraba atentamente, con el entrecejo fruncido y unos ojos duros que la taladraban el corazón.

—¿A casa de Carmen?—repitió Gómez-Urquijo—: ¿y quién es Carmen?

—Una amiga... condiscípula mía del Conservatorio... Carmen Vallejo...

—Ya lo sé; lo que ignoro son los méritos que seguramente no tiene esa Carmen... para merecer la visita de una señorita como tú a

estas horas y con este tiempo. Vamos... echa escaleras arriba....

Hubo un silencio terrible.

—¡Pero papá... están esperándome!

—Pues dile a tu madre que te acompañe, que es obligación suya.

Y agregó con un acento breve, que no admitía réplica:

—Vamos, sube....

Era imposible resistir, y Mercedes cedió: subía delante, mordiendo un pañuelo para evitar que su dolor estallase en sollozos, mientras oía que don Pedro, dejándose llevar de su áspero genio, aquel genio batallador que le había proporcionado tantas victorias y tantos disgustos, marchaba tras ella murmurando:

—Y es su madre, la imbécil de su madre, quien tiene la culpa de todo esto...

## ADVERTENCIA

Por error cometido en la imprenta, a partir de este capítulo se ha puesto el número VI, siendo el V el que le corresponde. El lector, por tanto, sabrá subsanarlo en los capítulos sucesivos.

## VI

Terminada la cena Mercedes se retiró a su dormitorio, pretestando un violento dolor de cabeza; doña Balbina, juzgándose responsable, en parte, de lo sucedido y para que don Pedro no la abrumase con sus reproches, se fué a la cocina, y Gómez-Urquijo penetró en su despacho y encendió el quinqué. Largo rato paseó por la habitación, la vista fija en el suelo y las manos cruzadas a la espalda: luego se detuvo con la brusquedad de un muñeco mecánico al que, de súbito, se le rompiese la cuerda, y apoyó un timbre.

—¿Llamaba el señor?...—preguntó Felipa, apartando los cortinajes de la puerta.

—Dile a la señora que venga.

Cuando doña Balbina llegó al despacho, don Pedro hallábase de pie junto a la mesa, los la-

bios contraídos y los penetrantes ojos muy abiertos. Parecía más alto, más enjuto, y su cabeza fuerte proyectaba sobre la pared un perfil enorme: viéndole así, rodeado de libros y bajo el misterio de su larga levita negra, tan severo, tan triste, parecía un juez que acabase de firmar una pena de muerte. La anciana se le acercó acobardada y sin ruido.

—¿Qué quieres, Pedro?...

—Quiero hablar contigo—repuso Gómez-Urquijo—decirte que así no podemos seguir... ¡Yo creí haberme casado con una mujer de carne y hueso, ¿entiendes?... y no con una figura de cartón!...

Su voz tremolaba de un modo amenazador, agitada por la cólera, y sus manos tiñéronse de palidez. La emoción había acarminado las exangües y fofas mejillas de la anciana, pero el pensamiento que quizás en aquel instante la estremeciera, como casi todos los de su alma pusilánime, no llegó a traducirse en palabras.

—Hoy casualmente he sabido—prosiguió don Pedro—, que nuestra hija sale sola a la calle.

—Muy cierto—interrumpió Balbina—, pero va a cuatro pasos de aquí... ¡Figúrate!... Yo misma, desde el balcón, la veo doblar la esqui-

na... Suele ir a casa de las hermanas Vallejo, dos muchachas muy buenas...

Gómez-Urquijo insinuó una sonrisilla de mofa.

—Tú eres una insigne mentecata—dijo—que canonizaría a todas las mujeres. ¿Conoces, acaso, los resabios y malas mañas íntimas de esas dos chiquillas? ¿Sabes lo que nuestra hija puede hacer no bien dobla esa esquina hasta donde tus ojos la acompañan?

La acusada, presintiendo la justicia y gravedad de aquellos cargos, humilló la cabeza.

—¿Tú sabes—añadió Gómez-Urquijo levantando la voz—si a tu hija la espera un hombre en esa calleja maldita?... ¡Oh!... Hace mucho tiempo, más de un año, que en este mismo sitio indiqué los temores que me inspiraban ciertas procupaciones anormales que descubrí en Mercedes, y no me hiciste caso, porque tu alambicado cerebro de chorlito parece refactario a la meditación...

Doña Balbina quiso hablar:

—Yo te aseguro...

—¡Tú nada puedes asegurarme!

—Permíteme...

—Te niego todo permiso. Tú miras y no ves.

oyes y no entiendes, crees discurrir y en realidad no tienes conciencia estricta de tus pensamientos... No eres una mujer como las demás; eres... ¡lo que antes dije!... ¡Una figura de cartón, inconsciente, sorda y ciega!...

Balbina Nobos rompió a llorar: su débil vodición de esposa amante y solícita estaba hecha a doblegarse continuamente bajo la autoridad de don Pedro, y a considerar sus menores antojos como órdenes inapelables; había vivido durante treinta años sin albedrío, sin deseos, casi sin noción precisa de su personalidad, entregada absolutamente al hombre adorado, ufana de sacrificar su conciencia a su noble amor, y, de pronto, al oir que tan fieramente Gómez-Urquijo la insultaba por aquel mismo anonadamiento a que su carácter dominador la condenó, no tuvo bríos para rebelarse, ni supo discurrir una sola frase que la sirviese de escudo; y su dolor, un dolor infernal que repentinamente parecía volcar sobre su historia un mar de hiel, reventó en sollozos, como estallan las grandes crisis morales de los débiles.

—¡Ay, Pedro, Pedro...—murmuró—, no me hables así... no me maltrates así... porque no

tienes razón!... Si yo te hablase... ¡ay!... si yo te explicase...

Y fué a sentarse sobre una silla, cual si sus piernas temblorosas, aficionadas a arrodillarse en las iglesias, no pudieran aguantar la gravedad de tantas pesadumbres. Gómez-Urquijo, en pie delante de ella, continuó atormentándola despiadadamente, flagelándola el rostro con sus palabras, sibilantes y crueles como latigazos.

—Hace más de treinta años que nos casamos—decía—y la labor literaria por mí realizada en ese tiempo inspira vértigos... El afán de gloria es el terrible viento inspirador y director de mi vida; él presidió mis pensamientos y hacia la victoria fueron encaminadas todas mis energías. A ella sacrifiqué los deseos de mis padres, que querían dedicarme a más tranquila y positiva ocupación que la de las letras, y los placeres de mi mocedad y las comodidades de mi vejez... Por ella, por esa victoria que al fin he rendido, lo perdí todo y estoy pobre aún y obligado a continuar defendiendo, con mi trabajo, el pan de nuestros últimos días... Y ahora de súbito veo que a mi hija, el único tesoro positivo que conquisté en el combate epopé-

yico de mi juventud, voy a perderla también... ¿Y por qué?... ¡Porque su madre no sabe guardarla!...

Balbina Nobos lloraba, y con una esquina de su delantal enjugábase las lágrimas que a raudales salían de sus ojos cuitados. Don Pedro prosiguió colérico y agitando sus brazos en el aire con varonil fiereza:

—¿Es posible que esa gloria, que me quitó tantos bienes, me arrebate a Mercedes también?... ¡Qué bofetón para mis canas!... Cómo gozarían mis detractores si vieran que mi hija, esa creación de mi espíritu y de mi carne, arrojaba sobre un apellido por cuyo ennoblecimiento tanto he combatido, una mancha imborrable! ¡Cuánto reirían, qué epigramas tan sangrientos compondrían a mi costa!...

El orgullo del artista se aunaba al cariño del padre, y su exaltada imaginación hablaba de aquella catástrofe como si ya hubiese sucedido.

—¿Qué sería de nosotros si una noche Mercedes se fuese de esta casa para no volver? ¿Qué sería de mí al saber que respiraba un hombre que podía jactarse de tener en sus bra-

zos a la hija de Gómez-Urquijo, a esa criatura que simboliza mi sangre, mi crédito y mi historia?...

Avanzaba hacia doña Balbina tremolando sobre su cabeza una mano irritada.

—¡Ah, imbécil, imbécil!... Tú serás la perdición de todos...

Ella, al fin, tuvo un gesto instintivo de defensa; el movimiento del toro moribundo que, acosado por su matador, levanta por última vez la cabeza.

—¿Yo?—gritó espantada—¿yo?...

—Tú, sí... tú serás la perdición de Mercedes.

—¡Y tú también!...

Lo dijo con tal firmeza, con resolución tan levantada, que Gómez-Urquijo vaciló.

—Tú eres tan responsable como yo de cuanto ocurra... si ocurriese algo—prosiguió la anciana—; ¡los dos, los dos iguales, los dos!...

—¿Estás loca?

—¡No, no estoy loca!... Tal vez tu responsabilidad sea mayor que la mía. Tú corrompiste a Mercedes, ¡eso es!... tú ensuciaste su alma... ¡Yo estoy también cansada de sufrir en silencio, como los animales que no saben hablar!...

Tenía los ojos brillantes y sobre sus mejillas,

matizadas de rojo por la indignación y el sufrimiento, precipitáronse, caudalosos, dos nuevos regueros de lágrimas. Don Pedro la escuchaba perplejo, casi con terror. Parecíale que una voz insospechada y poderosa le hablaba desde lejos.

Ella continuó:

—Tus errores son más difíciles de corregir que los míos... Tú eres el verdadero corruptor de Mercedes, su verdadero iniciador..¾ ya que tus libros la enseñaron caminos de independencia que nunca debió saber... Por tanto, tú eres el principal causante de cuantas desgracias sobrevengan... ¿Lo oyes?... ¡Tú; tú... y nadie más que tú!...

Era la primera vez que la madre se rebelaba en la esposa, la primera vez que aquella voluntad, nacida para la obediencia, se ponía de pie. Pero inmediatamente, extenuada por tamaño esfuerzo, se cubrió el rostro con ambas manos, derumbóse su valor y continuó llorando.

Entonces prodújose una escena horrible, una de esas tragedias sin sangre que no se olvidan jamás. Don Pedro se había dejado caer sobre un sillón, sollozando, maldiciendo de sí mismo, renegando de su obra.

¡Ah!... Los artistas, obsesionados por lo bello, rara vez se acuerdan de lo bueno; la naturaleza hizo estériles a muchos de ellos, y la sociedad les condenó a dolorosa pobreza; son seres desequilibrados, malditos, condenados a eterna guerra, que no debían casarse nunca; son comediantes, pues que se erigen en intérpretes de la realidad, y que a fuerza de explicar lo que otros hombres ven y sienten concluyen por hallarse apartados del mundo, convertidos en polichinelas melancólicos o pintorescos de la vida.

—¡Tienes razón... tienes razón!—repetía don Pedro—¡ahora lo comprendo!... Yo emponzoñé el alma inocente de Mercedes con el veneno dulce que vertí en millares de páginas; yo he caldeado su fantasía y prendido en ella la antorcha voluptuosa de los deseos; ya en vano pretendería dominar la ensoberbecida marejada de sus pasiones; la juventud es invencible y en ella «una fuerza superior», como dijo la desposada de Corinto, «ha levantado la piedra»... ¡Es verdad!... Yo la he manchado, la he despeñado; yo soy su seductor.. Es un drama horrible... un drama incestuoso como el de Lot, poseyendo a sus hijas...

Furioso se retorcía las manos, recordando los artículos que críticos eminentes escribieron contra la dudosa moralidad de sus libros, y que él refutó bizarramente y con más audacia y elocuencia que buena fe. Pero ya era inútil defenderse, el daño estaba hecho. Gómez-Urquijo comprendió que elementos diversos se aliaban en contra suya, cual obedeciendo designios inexplicables del Destino, y que Carmen, Nicasia, Roberto y hasta el mismo Pablo Ardémiz, con sus trazas de viejo truhán, y Mme. Relder, que en mala hora despertó en Mercedes la afición a la música, eran enemigos que llegaban, como salteadores en cuadrilla, a arrebatarle su última ilusión.

Ante esta perspectiva siniestra el viejo novelista dejó caer los brazos con el abandono del hombre que se rinde, y experimentó una sensación que su espíritu levantado no conocía: la sensación de su arcana debilidad y pequeñez.

Hubo un largo intervalo de silencio durante el cual el reloj continuó rimando, con su tic-tac devorador, el siniestro desfile de lo que no vuelve. Doña Balbina atisbaba al anciano por entre los pliegues de su delantal: nunca le viera así, tan abatido, tan poco seguro de sí mis-

mo, y su conciencia empezaba a acusarla de haberle tratado cruelmente; ella debía haber puesto más tiento en sus observaciones, más urbano comedimiento en sus ataques, y no destrozarle, no aniquilarle, arrojándole de pronto a la cabeza el mundo de sus libros; aquellos libros escritos con tanto cariño y defendidos con tanto celo. Entonces la siempre Piadosa se acercó a don Pedro.

—Perdóname—dijo—, pues hice mal hablándote así y entrometiéndome en asuntos que no entiendo. ¡Dios me valga!... ¿Qué puede alcanzárseme a mí de si tus obras son malas o buenas?... Seguramente son excelentes cuando, a pesar de mi ignorancia, tanto me gustan... ¡No hagas caso!... Yo, donde me ves, tengo un geniecillo venenoso, arrebatado... y cuando me disparo soy terrible... Luego me pesa, te lo juro, y por castigarme sería capaz de darme de cabezadas contra la pared. Perdóname, Pedro... ¿Verdad?... Pedro, di que me perdonas...

Le acariciaba, le besaba los cabellos, y eran simultáneamente risibles y conmovedoras las súplicas de aquella pobre vieja que, siendo una

cordera, se acusaba formalmente de ser una loba.

—No te desesperes—agregó—; no te pongas así... Nuestra hija es dócil y volverá al buen camino si, como no creo, hubiera llegado a separarse de él. Para todo puede hallarse remedio. Afortunadamente, nada ha sucedido. Vaya, consuélate y perdóname... Oye, Pedro; abrázame tú también...

El la abrazó.

—Te perdono—dijo—; bien sabes que no puedo alimentar contra ti rencor ninguno; pero déjame solo; necesito reflexionar.

Así acabó el diálogo. Marchóse doña Balbina y don Pedro continuó sentado, inmóvil, los ojos fijos en un ejemplar de su libro, «Eva»; la novela que había puesto en manos de Mercedes las llaves de la vida.

A la mañana siguiente, muy temprano Gómez-Urquijo apareció en el dormitorio de su hija. Mercedes acababa de levantarse. Las emociones de la víspera, el sufrimiento y el insomnio, habían acentuado las líneas de su semblante; tenía la nariz más aguileña, los labios más finos, la color más quebrada, los ojos más brillantes y agudos, el pelo más ardiente, volun-

tarioso y desigual. Al ver a su padre, la joven se levantó prestamente del silloncito que ocupaba.

—Le esperaba a usted—dijo—; le he esperado toda la noche.

—¿A mí?... ¿Para qué?...

—¡Oh!... Para escuchar lo que tuviese usted que decirme. ¿No deseaba usted hablar conmigo?...

—Sí, en efecto...

Este recibimiento un poco altanero, desconcertó ligeramente a Gómez-Urquijo, que pasó la noche ideando planes de reconciliación y de paz. Mercedes le miraba fijamente, y en la expresión de sus ojos y en la desafiadora firmeza de su voz vibraba la seguridad que tiene en sí mismo quien adoptó una resolución inquebrantable.

—Anoche—dijo don Pedro sentándose—te causé un disgusto muy grande.

—Mayúsculo, sí... un disgusto enorme

—Tú a mí también.

—¿Sí? ¿Por qué?... La conciencia no me acusa de nada... Yo salía en busca de una amiga... Eso fué todo.

—Presentada la cuestión así, como tú lo ha-

ces—replicó el novelista—parece, realmente, que pequé de injusto y arebatado; pero tú misma reconocerás que abonan mi conducta muchas y muy eficaces razones...

Hubo una pausa durante la cual Mercedes, cruzada de brazos, sondeó al anciano con ojos imperturbables, secos y duros.

—Al sorprenderte anoche en el portal—continuó reposadamente don Pedro—mi sensible corazón padeció el choque de una emoción extraordinaria, Yo, hija mía, fuí siempre un hombre sencillo, un hombre bueno, dedicado en cuerpo y alma a su familia y al trabajo; en mi existencia no hay enredos novelescos ni incidentes dramáticos, ni viajes peligrosos, ni ninguno de esos lances que componen la entretenida biografía de los aventureros; mi pasado sólo encierra un drama, el recio drama que preside todos los capítulos de mi vida: la tragedia de mis luchas artísticas, de mi combate por la gloria y por el bienestar de los dos seres ligados a las incertidumbres de mi corta suerte: primero trabajé por tu madre; cuando naciste tú, mis afanes se doblaron y continué batallando por ella y por ti.... Más por ti que por ella... pues no sé qué tiene el amor de

los hijos que nos roba del corazón la pasión de la mujer...

El rostro de la joven había dulcificado su gesto, y la voz de Gómez-Urquijo resonaba tranquila, dulce.

—A ti, que eres mujer discreta—prosiguió don Pedro—, puedo confiártelo todo. Hace veinte años mi hogar lo componían una mujer y una hija; y como entonces mis luchas eran todavía muy grandes y la niña muy pequeña, el mañana no me inquietaba; lo sentía lejos. Pero los años fueron desfilando y la niña creciendo; llegó día en que empecé a recoger el merecidísimo premio a mis afanes, y a disfrutar algunas horas de calma y de vida interior, y, al verte granadita y llena de gracia, pensé en tu porvenir, que iba a ser el consuelo de mi vejez, y en asegurarte una posición independiente y decorosa. Desde entonces, hija mía, me dediqué a ahorrar, a guardar con tesón de avaro una buena parte de lo que mi trabajo me producía, ¡y todo por ti!... ¡Ya comprenderás la dosis grande de cariño que yo, siempre imprevisor, he necesitado sentir antes de resolverme a ser económico!... Mi vida, de consiguiente, fué una cadena no interrumpida

de privaciones, afanes y sacrificios; para mí no reservé nada; para vosotras, en cambio, lo quise todo; y hasta me holgaba del prestigioso renombre de mi apellido porque lo llevabas tú y era tu mejor gala...

Insistió con elocuencia y brío en la generosa renuncia que de sí mismo hizo siempre y en lo estrechamente ligadas que ella y doña Balbina estuvieron a la historia de sus luchas y de sus menores pensamientos.

—Cuando quería describir los celos de un marido burlado—verbigracia—procuraba convertirme de desasido narrador en interesada víctima, y me autosugestionaba considerando que tu madre pudiese engañarme; y si quería pintar la desesperación de un padre ante los errores de su hija, me torturaba imaginando que un miserable calavera te seducía... Constituíais, pues, mis colaboradoras más asiduas, mis modelos constantes...

Mercedes escuchaba atenta, curiosa de conocer las intimidades del gran artista que tan trascendentalmente había revolucionado su alma.

—Todo esto—prosiguió explicando don Pedro—te ayudará a comprender mi arrebato de

anoche. Yo vivo lejos de la realidad, en el mundo engañoso de mis ficciones novelescas, lo que no impide que viva exclusivamente para vosotras y creyendo que vosotras vivís también para mí... De pronto, al entrar en esta casa, que es toda mi ilusión, mi preocupación única, me sorprendes tú saliendo de ella para lanzarte sola a la calle, de noche y lloviendo... Te pregunto:—¿Dónde vas?»... Y te veo desconcertada. Repito mi interrogación y respondes: —«A casa de Carmen»... ¡¡A casa de Carmen!!... ¿Quién es esa mujer que tiene influjo suficiente para arrancarte, tan a deshora, del hogar que yo sostengo para ti?...

Iba exaltándose, y sin advertirlo levantaba la voz.

—Al verte salir sospeché que no sería aquélla tu primera escapatoria y la naturalidad de tu contestación confirmó mi sospecha y encendió mi cólera, «¡Voy a casa de Carmen!»... Hablaste con un acento ingenuo que demostraba cómo a esa mujer la ves todos los días... Por añadidura eran las siete de la tarde, la hora embrujada y aojadora en que la juventud inocente se cita a la salida de los talleres... y temí que tú también acudieses a una cita...

Al decir esto Gómez-Urquijo clavó en su hija sus ojos inquisitivos y poderosos, y a ella las mejillas se la colorearon ligeramente.

—Coonfiesa que no me equivoqué—agregó don Pedro.

—Se equivocó usted—repuso Mercedes con acento resuelto y envalentonando la mirada.

—Pues, a pesar de tu negativa, creo que muy cerca de allí, tal vez en la calle Mesonero Romanos, donde vive esa... Carmen, con cuya amistad te escudas, había un hombre esperándote, y que ese hombre podía ser Roberto Alcalá.

Mercedes, que había recobrado su aplomo, negó rotundamente.

—Se engaña usted—dijo—; no hay nada, absolutamente nada, de lo que usted supone.

—¿Lo juras?

—Como usted quiera.

—Entonces, ¿por qué no viene Alcalá a verme?

—Lo ignoro.

—¿Es, acaso, novio de Carmen?

—Tampoco lo sé.

—¿No te lo dijo ella?

—No,

—¡Es increíble!

—Tal vez, pero es así.

Negaba con tanta firmeza, que Gómez-Urquijo se reconoció desorientado.

—Haces mal en disimularme la verdad—dijo—, pues de todos los hombres yo soy el único que te quiere desinteresadamente; el único que sueña contigo y que, de verdad, daría su vida por verte dichosa...

Olvidando la larga historia de sus polémicas literarias habló de moral llanamente y salpicando su peroración de lugares comunes. El matrimonio es la institución básica de la sociedad y el estado perfecto del hombre; la mujer nació para vivir en su casa, consagrada al cuidado de su esposo y de sus hijos; la mortificación y amansamiento de las sucias pasiones—especialmente de la pasión sexual—asegura la pureza del espíritu; la obediencia, la humildad y el desinteresado sacrificio de sí mismo, son el verdadero manantial de todas las virtudes; nadie hará secretamente aquello que no pueda confesar en público; el encanto de lo prohibido es la añagaza maestra inventada por el pamplinero genio del mal para mancillar a los limpios de corazón...

Mercedes demostraba escucharle atentamente, en tanto por sus finos labios vagaba una sonrisa desdeñosa, casi imperceptible, De pronto exclamó:

—¿Y es usted quien, olvidado de lo que ha escrito, se atreve a predicarme así?...

—¿Qué dices?

—Digo que otras muchísimas veces afirmó usted lo contrario, y tengo para mí que si entonces cometió error fué inconscientemente, por dejarse llevar de su temperamento, como verdadero artista que no sabe fingir; mientras ahora, proclamando útil y bueno lo que siempre tuvo en poco, se equivoca a sabiendas.

Fué la suya una oración extraordinaria; el grito avasallador, vibrante y lleno de lógica, de la juventud que reivindica sus derechos.

—¡Usted pretende que yo sea dócil y humilde, y que reniegue de mi imaginación y asesine mis deseos y haga caso omiso de mi voluntad!... ¡Y en esa renuncia cobarde de nosotros mismos sitúa usted la virtud!... ¡Llama usted ser buena a no tener entendimiento ni corazón, ni fantasía, ni conciencia del propio mérito; a ser una bestezuela, una pobre máquina que come, digiere, duerme y sufre sin

quejarse!... ¡Oh!... ¿Cree usted que mis aspiraciones pueden reducirse a repasar la ropa y amamantar los hijos del hombre que la casualidad me dé por esposo?... ¿Para eso me engendró usted, para sufrir las impertinencias de un individuo que, por el mero hecho de darme su nombre, ya pueda esclavizarme y anularme legalmente?... ¡Ay, padre, padre!... ¿Es posible que quiera usted aplicarme la moral que, según usted mismo, labra la infelicidad de tantas mujeres? ¡No, eso sería absurdo, monstruoso y grotesco!...

Calló unos instantes, mientras medía, astuta, el alcance de sus palabras; y luego:

—Figurémonos que en una hora negra, en una hora de terrible tribulación y agonía, un creyente fuese a prosternarse ante uno de esos sacerdotes a quienes supone guardadores de la Suprema Verdad. ¿Qué pensaría ese hombre, qué sentiría, si su confesor, luego de oirle, se echase a reir y le dijese: «Dios no existe, el cielo no existe, ese devocionario que tiembla entre tus manos es un tejido de patrañas. Eres un estúpido; lo crees porque creiste en mí»...? ¡Pues igual derrumbamiento he padecido yo, padre, al oirle!... Yo le he visto a usted amonto-

nar libro sobre libro, luchar tenazmente contra la opinión que le maldecía, sufrir persecuciones, destierros, miserias... y mi madre y yo le queríamos porque pensábamos: «Es noble, combate por lo que considera justo»... ¡Y hasta nos gustaba sufrir con usted!... ¡Y héte aquí que el ídolo se resquebraja, y que el hombre que creíamos apóstol se convierte en histrión!...

Y añadió con un arranque vehemente de pasión, cruzando las manos sobre el pecho en ademán de irresistible súplica y deshecha en lágrimas:

—¡Yo quiero gozar de la vida, padre mío, antes de que las ilusiones mueran en mi corazón! ¡Necesito ser feliz, reir, viajar!... Usted, que llegó a viejo, sabe, por propio y amargo convencimiento, que la juventud huye pronto.

«¡Quiero ser feliz!...» Este era el grito inspirador de «Eva» y de «Cabeza de Mujer»; el grito revelador de esa fiebre de goces que arrastra hacia la independencia a tantos millones de mujeres. Don Pedro—padre y artista a la vez—escuchaba admirado, vencido por los irrefutables argumentos que Mercedes aducía en defensa de las doctrinas que él mismo propaló en sus obras, y, sin dejar de sufrir, holgá-

base secretamente del incienso en que le envolvía tan gallarda peroración

Gómez-Urquijo miraba a su hija sin pestañear, presa de estupefacción supina y cual si nunca hubiese reparado bien en ella, La joven tenía el carácter y hasta los mismos rasgos fisonómicos, de sus hermanas espirituales «Eva» y «Matilde». Era la mujer que él soñó, con su cabellera dorada y crespa, sus ojos profundos, su nariz aguileña de alas inquietas, sus labios finos y su semblante místico, enjuto y pálido; y también poseía el cuerpo nervioso, flexible, de talle largo y caderas poderosas... La hembra ardiente, veleidosa, simoníaca, que cree y duda y sueña con éxodos y amoríos fantásticos; la hembra que va de aquí para allá, según las oscilaciones de su capricho, hacia lo ignorado, como insaciable mariposa prendada del Misterio, y que cruza por el mundo ébria de alegría, cual una bacante que, por equivocación del Destino, hubiese nacido en Occidente muchos siglos después de extinguirse las últimas alegrías del paganismo retozón y vernal.

Mercedes continuó perorando, defendiéndose gallardamente con los argumentos que aprendiera en los libros de su padre, quien, convertido

inesperadamente en crítico de sí mismo la acometía desvaído y torpe. Mercedes era irresistible, y don Pedro se batía en retirada, desconcertado ante aquella hija, engendro demoledor de su carne y de su fantasía.

—¡Oh, padre mío!—exclamaba la joven—; ¿es verosímil que usted, autor de tantas mujeres iguales a mí, no me comprenda?... Usted ha dicho que la vida es una novela que escribimos con nuestros actos... Pues bien... ¡No sea usted cruel! ¡Tenga el valor de sus opiniones!... Deje usted que la novela de mi vida la escriba yo a mi gusto...

Arrebatada por el fuego de su inspiración, desnudó bravamente su alma. Lo amaba todo: las escenas campestres con sus amaneceres primaverales, sus praderas salpicadas de flores odorantes y húmedas de rocío, sus misteriosas espesuras habitadas por ruiseñores que saludan la aparición del lucero vespertino, y sus arroyuelos que reflejan sobre su temblequeante superficie la luz astral y acarician las orillas con un suave rumor de adioses; y amaba también la existencia febril de esas urbes populosas donde se envejece de prisa: Madrid, París, Londres, Berlín, Buenos Aires... con sus

bailes, sus teatros, sus hipódromos y sus casinos devoradores de fortunas; esas mareantes colmenas modernas, grandes igualmente por sus industrias, su cultura y sus vicios, en donde hay aventureros que ponen su fortuna a la cola de un caballo, y príncipes que se suicidan por bailarinas, y hetairas que trituran millones; cosmópolis gigantescas que, vistas desde lejos, surgen a los ojos de la imaginación como alucinantes pesadillas...

La hija de Gómez-Urquijo soñaba con estas múltiples y abigarradas fases de la vida, y las apetecía de un modo intuitivo, infinitamente más tentador y peligroso que el conocimiento directo de la misma realidad.

—Todo eso—replicó don Pedro con voz grave—es literatura... literatura malsana. Yo quiero que seas buena.

—Creo serlo.

—Honrada.

—¿En qué hace usted consistir la honradez?

—Fiel, limpia, hacendosa y sin tacha, como tu madre.

—¡Como mi madre!...

Sonrió, encogióse de hombros, y repitió sarcástica:

—¡Como mi madre!...

Su acento fué insultante; Gómez-Urquijo la miró de un modo terrible, más ella prosiguió impávida:

—Nadie mejor que usted sabe que mi madre es una pobre mujer vulgar. ¡Yo no soy así... no puedo serlo!... ¡Llevo sangre de usted!... ¿Qué hago de ella?

Hubo una pausa.

—No importa—repuso don Pedro vencido—; prescinde en esto de mi y procura imitar a tu madre: la virtud nunca es vulgar. Parecerse a tu madre es acercarse a la perfección. De lo contrario seré capaz de recurrir, para domarte, a los procedimientos más duros: a la reclusión, al destierro...

—¿Y mi felicidad?

—Búscala en un pacífico término medio. Las mujeres de mis libros sólo hubieran podido ser fieles y dichosas casándose con hombres como yo, superiores... ¡Y es muy difícil hallar hombres así!...

—Necesito ser feliz—repitió la joven obstinadamente—, lo necesito antes de llegar a vieja... ¡No lo olvide usted!

Gómez-Urquijo se cruzó de brazos, mudo, no

sabiendo ya qué argüir contra aquel gesto implacable de rebeldía; y cuando salió del dormitorio, Mercedes quedaba muy orgullosa, segura de haber derrotado a su padre completamente.

Después de esta conversación, Mercedes no volvió a salir sola: su madre la acompañaba al Conservatorio, luego iba a buscarla, y era tanta su asiduidad y vigilancia, que hasta las ocasiones de expansionarse con sus amigas la robaba. Al principio la joven intentó sublevarse y romper tan abominable tutela; pero sus esfuerzos fueron vanos, pues doña Balbina luchaba con el apoyo de Gómez-Urquijo, y esta protección la autorizaba y fortalecía.

—No soy yo quien lo dispone así—explicaba cuando su tierno corazón maternal no podía resistir las súplicas insinuantes de Mercedes—; es tu padre; él ordena; mi misión queda reducida a obedecerle ciegamente.... Háblale tú; yo no me atrevo...

Después, compadecida de tanto rigor, agregaba:

—Los viejos están aquejados de manías, y tu padre tiene las suyas. Esto pasará: tengamos paciencia... Por ahora debemos conformarnos. Si supiese que te dejaba sola un momento, era

capaz de matarme. ¡Ah, qué furioso se puso cuando te sorprendió yendo a casa de Carmen!... ¡Lo que me dijo!... Nunca le he visto así. Creí que me pegaba...

De este modo, sin advertirlo, la sencilla mujer, inocente y abúlica, se convertía en cómplice de su hija.

Mercedes acabó por aceptar su suerte; pasaba los días mano sobre mano, sin ganas de reir ni de llorar, sumida en una embrutecedora melancolía. Cuando iba al Conservatorio, apoyada en el brazo de su madre, caminaba aburridamente, los ojos fijos en el suelo, cierta de que sus movimientos tardos, perezosos y débiles, no habían de llamar la atención de los hombres, y que holgaba, de consiguiente, que ella a ninguno mirase. En pocas semanas perdió la afición hacia cuanto reclamase algún esfuerzo; no cosía ni bordaba; las faenas domésticas la inspiraban horror, los libros la aburrían, y los nocturnos de Chopin se empolvaban ociosos sobre el atril del piano abierto. Siempre tenía frío y ganas de sentarse donde hubiera poca luz, para aquietarse y dormir. Dijérase que en ella había muerto toda esperanza de redención; era un pajarillo enfermo, una pobre vencida que

se entregaba.... Balbina Nobos llamó la atención de don Pedro acerca de esto, pero el anciano no hizo caso.

—Eso—dijo—es una crisis aguda de sentimentalismo y de mala crianza, que desaparecerá con la primavera. Sigue mis consejos: a las muchachas conviene tratarlas, según las circunstancias, con cierto rigor...

## VII

Terminaba el mes de noviembre y llegó el invierno, con sus temporales de granizo y nieve y sus horribles tardes cargadas de bruma y de tedio. Algunas veces, Carmen y Nicasia Vallejo, burlando con anuencia de doña Balbina las órdenes de Gómez-Urquijo, que había prohibido terminantemente aquellos visiteos, iban a casa de Mercedes, y éstos eran los únicos momentos en que la joven charlaba y reía. Las dos hermanas solían llegar por la tarde, cuando más probabilidades tenían de no tropezarse con don Pedro; Mercedes, que ya las esperaba, salía a recibirlas y las tres sentíanse muy ufanas de atropellar las órdenes del jefe de la casa; después se instalaban cerca de la chimenea a cuchichear donosos secretillos que luego celebraban a carcajadas, y jugando unas con otras, como pajarillos que se espulgan al sol.

Aprovechando los momentos en que doña Balbina no estaba presente, Mercedes y sus amigas hablaban de Roberto.

—¿Le has visto?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo.

—¿Qué dice?

—Que te quiere mucho; las dificultades acicatean su cariño y anda loco por tus pedazos.

—¿Cómo está?

—Muy bien; tan simpático y pisaverde como siempre.

Y Carmen solía añadir, sacando del bolsillo una carta:

—Esto me dió para ti....

Mercedes guardaba el papelito prestamente y entregaba otro a su amiga, y de este modo, gracias a la misericordiosa tercería de la futura actriz, los dos enamorados continuaban comunicándose asiduamente.

El afortunado comediante hablaba a veces por cuenta propia; esto es; valiéndose de las frases o imágenes que por igual le dictaban su discreto entendimiento y su pasión: pero otras muchas se limitaba a glosar las crónicas o cuen-

tos de Gómez-Urquijo que, casi a diario, aparecían en la Prensa. La zancadilla era certera; el glorioso autor, sin sospecharlo, defendía la causa de Roberto y, como por la mano, le conducía derechamente al corazón de la Inquieta.

«¿Para qué defender mis deseos—meditaba el galán— si cualquiera de sus artículos es un alegato en mi favor? Su pluma dionisíaca es mi aliada más firme, mi alcahueta. Lo que yo quisiera decir, lo dice él»...

De este modo, el taimado, casi sin esfuerzo, proseguía su tarea de seducción.

«Te recomiendo—escribía en una ocasión— los dos cuentos adjuntos de tu padre. Son admirables. ¡Ojalá su lectura te llene los ojos de lágrimas, como a mí!»

Y Mercedes, cuyas manos temblaban, leyó; y así su alma, poco a poco, fué saturándose de veneno dulcísimo.

* * *

Cae la tarde; un vientecillo suave arrastra por el suelo húmedo las primeras hojas secas; las lejanías del paisaje desaparecen tras un vaho neblinoso que sube y se extiende, encenizando el cie-

lo; los árboles, donde se desmaya la vida, levantan sus ramas con desesperado ademán, y su gesto simula responder a la conciencia que tienen de que la muerte llegará inexorablemente para ellos con la paralización de la savia; los herbazales de los ribazos amarillean entre el lodo; a lo largo de las tapias algunas enredaderas alargan sus ramas escuetas; bajo el espacio triste la tierra toda se estremece en una convulsión de agonía.

PERSONAJES: *Ella:* treinta años. Avanza rápidamente mirando a todas partes con los hermosos ojos muy abiertos por la impaciencia de ver pronto al objeto amado. Un soberbio abrigo blanco de piel, realza su figura. Es alta, elegante y lamida de formas, como una amazona.

*El:* treinta y cuatro años; buen mozo. La mirada distraída de sus ojos, ensombrecidos por el insomnio; su frente, abrillantada por el nimbo indefinible de los ensueños; la línea de sus labios, que habiendo gustado los amargores de la vida, quedaron algo tristes, pregonan su temperamento sentimental.

EULALIA

(*Ansiosamente.*) ¡Niño, ya estoy aquí!...

FERNANDO

(*Vivamente,*) ¡Ah, qué impaciencia cruel!... (*Besándola una mano.*) Si yo estudiase metafísica, para representarme el concepto de eternidad evocaría la duración de las horas que vivo sin ti.

EULALIA

(*Mirando a todas partes.*) No hay nadie.

FERNANDO

(*Mirando también.*) Nadie.

EULALIA

Toma mis labios.

(*Se besan, y caminan silenciosos bajo los árboles. Van cogidos del brazo, los hombros juntos: sus pies, moviéndose acompasadamente, imprimen a sus cuerpos enamorados el mismo ritmo.*)

FERNANDO

(*Despertando bajo el recuerdo de la realidad, amenazadora siempre.*) ¿Y tu marido?

EULALIA

En la Audiencia.

FERNANDO

¡Batallando, según costumbre, por enviar gente a presidio!

EULALIA

No lo sé... Es un hombre terrible que, como las cadenas, parece fabricado exclusivamente para sujetar..., para oprimir... Dominar es su ley; el deber, frío y anguloso, su Dios; por vencerlo todo, creo que ha sofocado hasta el natural amor a sí mismo: ¡no se ama!... (*Con volubilidad.*) Después de almorzar fingí hallarme enferma, para quedarme sola. «Bien—repuso él—; te acompañaré.» Fué morir; pasaban las horas lentamente; yo pensaba en ti, en nuestra cita de esta tarde, que iba a fracasar... ¡Qué martirio!... (*Fernando escucha trémulo mientras acaricia entre sus manos una de las enguantadas manecitas de la joven. Ella continúa.*) De pronto salí del gabinete y momentos después reaparecí asegurando que me encontraba mejor y que

necesitaba salir. «¿Dónde?»—preguntó mi tirano. «A hacer algunas compras—repuse—; no hay manteles; además, a la doncella la prometí ayer una blusa y debo cumplir lo ofrecido.» «Mejor sería—contestó—, que te vistieses bien y fueras a visitar a la vizcondesita Matilde, que está enferma. ¡Necesitamos cumplir con todo el mundo!...» Acepté la proposición haciendo grandes esfuerzos para disimular mi alegría; aquel era el feliz pretexto que me facilitaba una hora más de libertad que dedicarte; una hora mejor y más hermosa para mí, que un rayo de luz. En un santiamén me puse mi mejor traje y volví al gabinete; mi marido, al verme, se levantó. «Vaya—exclamó—hoy, para mí, es día de asueto; te acompaño.» ¿Cómo rechazarle? Humillé la cabeza y eché a andar con la sombría resignación del que camina hacia el patíbulo. Cuando llegábamos al recibimiento vibró el timbre de la escalera; abro la puerta... ¡Era un ordenanza que traía... no sé qué papeles de la Audiencia! Un asunto urgentísimo.

FERNANDO

La causa de algún desgraciado a quien el Código tendrá deseos de apretar el cuello...

EULALIA

Probablemente. Mas... ¡en fin!... gracias a eso... sea lo que fuere... estoy aquí. Es una entrevista que tal vez cueste una libertad, cuando no una cabeza.

*(Vuelven a besarse. Caminan lentamente. En la línea sinuosa y más distante del paisaje aparece Madrid, recortándose bajo el cielo bañado en la claridad gris de los últimos reflejos crepusculares.)*

FERNANDO

Te quiero.

EULALIA

No más que yo a ti.

FERNANDO

(*Enternecido.*) ¡Carne de mi alma!

EULALIA

(*Con arrebato.*) ¡Alma de mi corazón!...

FERNANDO

Dame tus labios otra vez.

EULALIA

Tómalos. ¿No son tuyos?... ¿A qué me los pides?...

FERNANDO

(*Rodeándola el talle con un brazo.*) ¡Oh! qué adormecedora, qué dulce, es la canción de los amores!... ¡Cómo pesa sobre los párpados, con qué arpegios de ensueño roza los oídos... y cuán diestramente penetra hasta mis tuétanos y roza mi espalda con la suave caricia del terciopelo.

EULALIA

¡Fernando!... (*Entorna los ojos y su cabeza, aturdida por la rara espuma del contento, busca sobre el pecho del amante un punto de apoyo.*)

FERNANDO

Habla... necesito oirte... di algo... arrúllame...

EULALIA

(*Sin abrir los ojos.*) ¿Qué quieres que diga?...

(*Sus cuerpos, estrechamente unidos, tropiezan al andar, produciéndoles una a modo de trepidación sensual que les calofría de cabeza a pies. Caminan lánguidamente; dijérase que la tierra benévola les atrae, incitándoles a caer de rodillas: al llegar a cierto paraje solitario, bajo un grupo de árboles, ambos se detienen.*)

FERNANDO

¿Quieres?... (*Con voz susurrante.*)

EULALIA

¿Aquí?

FERNANDO

Sí. Sentémonos.

EULALIA

¡Oh, imposible!

FERNANDO

¿Por qué?... Estamos solos.

EULALIA

Sí, pero... ¿y mi traje? ¡No seas loco!

FERNANDO

¡Es cierto! Extenderé sobre el suelo mi pañuelo, para que no te manches.

EULALIA

No basta. Y, mira... el piso está lleno de fango.

FERNANDO

(*Pensativo.*) Tienes razón.

EULALIA

Debemos ser juiciosos.

FERNANDO

¿Qué remedio?...

(*Se contemplan mezclando sus alientos, mirándose a los ojos ávidamente, con el vientre y las rodillas y los pies unidos.*)

EULALIA

(*Deseando tranquilizar a su amante.*) ¡Mira cómo vengo!... ¡Hazte cargo!

(*Muestra sus botas de tafilete; su magnífico traje de seda color salmón, su largo gabán de purísimo armiño.*)

FERNANDO

(*Extasiado.*) ¡Como una reina! (*Pausa.*) Y, sin embargo... perder estos instantes... es un crimen.

EULALIA

Ya lo sé, mi rey. Pero, ¿qué quieres?... La fatalidad...

FERNANDO

¿Me amas?

EULALIA

Más que a nadie.

FERNANDO

¿Eres muy feliz entre mis brazos?... ¿Sí?... (*Empujándola.*) Entonces... ¿qué importa lo demás?...

EULALIA

(*Resistiendo.*) Pero... ¿no comprendes?... Estamos en un lodazal... ¿Ves?... ¡Ha llovido tanto!...

FERNANDO

A tu marido le dices que te caíste; un accidente..., un coche que pasaba..., cualquier cosa.

EULALIA

Eso es lo de menos; el pretexto se busca fácilmente.

FERNANDO

Entonces...

EULALIA

Es mi traje, mi sombrero, mi abrigo, sobre todo..., que representa un capital.

FERNANDO

(*Encogiéndose de hombros.*) ¿Qué vale eso, comparado con lo otro?... Un vestido que se mancha o que se rompe, puede substituirse; ¿pero quién recobrará el rato de felicidad que se pierde?

EULÁLIA

Me vuelves loca.

FERNANDO

Pronto nos separaremos y... ¿quién podrá consolarnos mañana de la hora feliz que hoy desaprovechamos?...

EULALIA

(*Languideciendo.*) Déjame.

FERNANDO

El peinado que se deshace, como el sombrero o el traje que se ensucian, constituyen pequeñas desgracias, fácilmente remediables; mas, ¿cuándo ni dónde rescataremos las dulzuras de un feliz

momento perdido?... Dime: ¿en qué bazar podrían los pobres viejos desencantados, comprar los millares de horas negras en que no amaron?... Ven, ven... atropéllalo todo; el placer, como la alegría, dura un instante...

.....................................................

Han pasado treinta años; Fernando ha muerto. Eulalia que, como todos los ancianos, comprende mejor que antes el gran valimiento de la vida, conserva entre sus más preciosos recuerdos la imagen de aquella tarde otoñal, húmeda y callada, en que dió varios miles de pesetas por un rato de amor. ¡El amor!... Lo que no puede comprarse porque vale tanto... tanto... ¡que no tiene precio!...

Al pie de este cuento, Roberto Alcalá había escrito:

«Tú no te pareces a esa Eulalia; tú pierdes la juventud y no lo sientes.»

La señorita de Gómez-Urquijo, silenciosamente, se echó a llorar.

La segunda narración produjo asimismo en ella una congoja dulce y lancinante a la vez. Llevaba por título *Siguiendo a la muerta*, y era un cuadro pasional, negro y recio.

.....................................................

El entierro de la célebre actriz subía pausadamente la cuesta de la calle Alcalá. En la Plaza se lidiaban aquella tarde toros de Benjumea, y las berlinas, alineadas momentos antes enfrente de Fornos, pasaban veloces, con un repiqueteo ensordecedor de cascabeles y abarrotadas de espectadores que acudían alborozados al espectáculo nacional. Por las aceras discurría la muchedumbre: militares cuyos uniformes de vivos colores pintaban brochazos alegres sobre los trajes oscuros de la multitud, vestida aún de invierno; estudiantes, vecinos de Lavapiés y Maravillas, barrios que siempre fueron refugio de la más pura majeza madrileña, y mujeres endomingadas, con los cimbreantes talles envueltos en sutiles y airosos mantones de crespón.

Los árboles del paseo extendían sus ramas cubiertas de hojas nuevas, como despedazándose voluptuosamente en la cálida atmósfera de la tarde vernal; el sol desleía en los espacios azules cataratas de luz riente y fecunda, y bajo su ardorosa caricia de infatigable poseedor, la tierra, gozosa, se estremecía. El coche fúnebre, cargado de coronas, rodaba lentamente, y sus ocho caballos, contentos de ser tantos para arrastrar

tan liviano peso, caminaban moviendo gallardamente sus plumeros siniestros. El cortejo lo formaban numerosas representaciones de la Escuela de Declamación, Asociación de Escritores y Artistas, Asociación de la Prensa, Ateneo, Círculo de Bellas Artes, etc... En uno de los vehículos más inmediatos al coche mortuorio iban Alfredo Máiquez, escritor de grandes alientos, que había obtenido en el teatro éxitos envidiables, y la actriz Gabriela Cortés, amiga inseparable de la muerta. Por las ventanillas abiertas penetraban ráfagas primaverales, perfumadas y tibias, que excitaban a vivir. Gabriela Cortés meditaba, las manos cruzadas sobre la falda, los ojos inmóviles.

Alfredo preguntó:

—¿En qué piensa usted?

Ella levantó la cabeza.

—¿En qué había de pensar? En los que se van, en toda esa horrible tragedia a que asistimos en este momento como simples comparsas, y en la cual alguna vez, inexorablemente, habremos de intervenir como protagonistas; tristes protagonistas que representan su papel dejándose enterrar...

Hablando así se llevaba el pañuelo a los ojos. Hubo una pausa.

—¿Trabaja usted esta noche?—preguntó Máiquez.

—Sí, a las diez.

Unos minutos sintieron aliviado su dolor, distraídos por la obsesionante preocupación del trabajo diario; esa lucha brutal que los hombres sostienen durante su vida sin otro objeto que la de formarse un hogar en donde recibir dignamente a la muerte. Pasada la Plaza de la Independencia, los coches que formaban el cortejo, adelantaron con mayor velocidad: allí el aire era más fresco, la luz más intensa, y más alegre el ropaje de los árboles,

—No esté usted triste—aconsejó Alfredo—; la tristeza es estéril. No piense usted en los que se van, piense en los que se quedan...

Y añadió bajando la voz:

—Piense usted en mí...

Gabriela Cortés le miró con ojos severos.

—Alfredo—dijo—, tiempo sobrado tenemos para hablar de amor. Ahora, calle usted, se lo suplico... El cuerpo de Fernanda está aún caliente...

Máiquez envolvió a la actriz en una mirada

elocuente, y luego se distrajo apreciando la infinita tristeza que hay en el saludo indiferente, automático, con que despiden a los muertos que pasan las multitudes. Los pianillos que alegraban las Ventas del Espíritu Santo, le volvieron a la realidad. Habían traspuesto el arroyo Abroñigal y avanzaban por la carretera del Este. Delante iba el coche fúnebre, con sus racimos de coronas y sus trotones empenachados, negros, sobre el fondo azulenco del paisaje: los caballos de los otros vehículos iban venciendo la cuesta del camino penosamente, alargando el cuello,

Respondiendo a una de esas evocaciones íntimas en que el espíritu revive escenas emborronadas ha tiempo, Gabriela murmuró:

—Yo nunca podré olvidar a Fernanda. Su recuerdo debe sernos sagrado... ¿Verdad?... Sería abominable que nosotros... ¡Pobre Fernanda!...

Alfredo Máiquez había palidecido ligeramente.

—Le aseguro a usted que yo...

—Sí, usted lo ha negado siempre... hizo usted bien. En cambio Fernanda era un espíritu franco, que no tenía secretos... al menos para mí...

Alfredo miró a su amiga con ojos pensativos; luego, obedeciendo a una inspiración repentina:

—¡Pues, sí—exclamó—, es cierto!...

—Lo sabía; Fernanda me lo dijo. Ella adoraba en usted. Su amor... no era amor; sino idolatría, frenesí...

Máiquez escuchaba haciendo un gesto ambiguo de hombre de mundo. Gabriela continuó:

—Yo aprendí a quererle a usted oyéndola a ella.

—¿Ah?...

—Por eso, repito que no podemos amarnos. El recuerdo de Fernanda al par nos une y nos separa; nos separa con el abismo de un sepulcro que, para nosotros, nunca debe cerrarse...

Entonces Alfredo tuvo un arrebato oratorio, elocuente, fascinador, de verdadero apasionado. Ellos ya no podían divorciarse, pues que estaban unidos por los vínculos del cariño y de la historia. Los hombres que pasaron de la segunda juventud están muy propensos a enamorarse de sus amigas antiguas, cuya sola presencia despierta en ellos imágenes pretéritas. A las mujeres desconocidas necesitamos

decírselo todo si queremos ponerlas en condiciones de conocernos bien, lo que supone un esfuerzo narrativo muy grande; mientras aquellas que siempre vivieron a nuestro lado, una mirada, un simple «¿te acuerdas?», las acerca a nosotros.

—Yo conozco todos tus yerros—agregó Máiquez—, tú conoces los míos; mucho tiempo hemos vivido siguiendo dos líneas paralelas, pensando, acaso, con delectación, en la posibilidad de unirnos alguna vez... Y ahora que la muerte borró los obstáculos que nos separaban, ¿qué puede robarnos el placer de pertenecernos?...

Habían llegado al cementerio y entre cuatro hombres bajaron el féretro, que el cortejo siguió a pie. En aquel paraje la tarde declinaba con una indescriptible tristura: sobre el pálido azul del cielo los cipreses rígidos alzaban sus copas insensibles al dulce susurreo de la brisa; hacía frío; un silencio doloroso gravitaba sobre la vasta ciudad de los muertos. Luego la comitiva se detuvo, y delante del ataúd abierto, un individuo enlutado pronunció un breve discurso en elogio de la difunta actriz. Alfredo y Gabriela, colocados en una hondonada del terreno, contemplaban la escena y aquel grupo de

artistas que, como ellos, en tal momento inclinaban sus cabezas ambiciosas y deponían su orgullo ante la estúpida inanidad de los combates humanos. Después, los sepultureros bajaron el féretro a la fosa, sobre él cayeron, resonando medrosamente las primeras paletadas de tierra, y los concurrentes se estremecieron agitados por la misma visión: la macabra visión de los gusanos hambrientos preparándose al festín, retorciéndose glotones bajo el suelo húmedo...

El coche en que Gabriela y Alfredo Máiquez regresaban a Madrid, rodaba velozmente, y sus faroles encendidos proyectaban sobre la ruta polvorienta dos círculos luminosos; los viajeros habían cerrado las ventanillas y manteníanse silenciosos, adormilándose lentamente en la atmósfera sus cuerpos. Luego sus manos, al tropezarse, se estrujaron con fuerza convulsiva... El murmuró:

—¿Me quieres?

Gabriela Cortés no respondió, y su amador tornó a repetir despacio, con un acento de irresistible persuasión:

—¿Me quieres?... ¿Me quieres?...

Había rodeado con un brazo el talle de la actriz; ella se abandonaba.

—Dime algo—añadió.

Sentía la necesidad de caricias ardientes que mitigasen el frío que el aire helado del cementerio dejó en sus huesos, y de palabras que espantasen de sus oídos el eco siniestro de las primeras paletadas de tierra que cayeron sobre el ataúd...

—Háblame—repitió—, háblame.

Y a los juramentos de amor más hiperbólicos agregó quedamente las promesas más dulces; el coche rodaba; en el horizonte, las luces de Madrid dibujabaan una cinta de fuego...

—¿Me quieres?—insistió.

Respondió, al fin, aunque con trabajo:

—Sí... sí te quiero...

El la atrajo contra su pecho; ella dejó caer la cabeza, ofreciendo al deseo su garganta blanquísima y sus labios húmedos. Allí, como en el cementerio, cuando los gusanos hambrientos se preparaban al festín, la Vida triunfaba de la Muerte...

Y ante el resplandor de incendio que simulaban sobre la lejanía oscura las cien mil luces

de la gran cosmópolis, los dos amantes, borrachos de felicidad, se abrazaron.

* * *

Tres días después Roberto remitió a su amada una crónica de don Pedro, titulada *Al despertar*...

«Como ves—comentaba—, yo permanezco fiel a mi profesión de actor: yo no escribo. ¿Para qué?... Es tu padre, tu muy ilustre padre, quien habla.»

Decía la crónica:

«Lectora, lector...

»Seas rico o pobre, jerarca o plebeyo, lleves abrigos de piel o faldas humildes de percal... ¡nada importa! pues el dolor, como la alegría, indistintamente frecuentan alcázares y chozas...

»Dime: la emoción que primero te visita por las mañanas, apenas despiertas, ¿es de jubilosa esperanza, o de fastidio, desilusión y apagamiento? ¿Es con una risa o con un bostezo, con lo que saludas al sol que nace? Alma buena, alma sencilla, para quien la ley que obliga a de-

fender, trabajando, nuestra pobre vida fué acaso una maldición demasiado grave; la carga de ambiciones, de sobresaltos, de dudas, que todas las mañanas recobras con tu conciencia, ¿es para tí estorbo o acicate, camisa de fuerza o alegre traje dominguero?...

»Cuando muchachos, poníamos el último juguete o el lujoso «Robinsón» con grabados en acero y lucidas tapas que nos habían comprado, sobre la mesilla de noche; no queríamos separarnos mucho de ellos; necesitábamos saber que estaban allí, bajo el alcance de nuestras manos; y al día siguiente, tras un sueño inquieto y gozoso, no bien abríamos los párpados a la luz, cuando el magín primero, y seguidamente las miradas y el corazón se nos iban hacia el muñeco o el libro. ¡Qué misterio el de aquellas páginas sembradas de lances peregrinos! ¡Qué mueca tan pícara la de Polichinela, clownesco y jorobado! Horas infantiles, horas excelsas, en que el alma, plena de candores, vibraba dentro de nosotros como un cascabel; ¿qué mina de oro o qué criadero de perlas podría consolarnos hogaño de la infinita pesadumbre de haberos perdido?...

»Más adelante, en la edad de los amores pri-

meros, nos acaecía algo igual. ¿Os acordáis de aquellas dulces cartas que olían a violetas, a nardo, a jazmín; cartas escondidas bajo la almohada, y palpadas—besadas, tal vez—en el transcurso de la noche romántica, mientras la imaginación reverdecía las mieles de la última cita?

»Después, según fuimos conociendo la vida, lentamente una sombra severa va amustiando los gayos colorines y melodías de nuestro mundo interior. Si visteis languidecer el fuego bajo la ancha campana de un hogar rústico, y recordáis cómo las llamas, ante el asalto frío de las tinieblas cercadoras, se convulsionan y rebullen, tendréis la imagen justa de esa lucha trágica, de esa hecatombe de ilusiones, mantenida a lo largo de los años entre nuestra alma cantarina, luminosa y caliente, y los prosaismos entumecedores de la realidad. Lo futuro es una inmensa tiniebla, una especia de noche oscurísima en cuya eternidad las infelices almas humanas, precarias y fugitivas, brillan algunos instantes como luciérnagas,

»Así llega el día en que, al despertar, sentimos a nuestro alrededor una tristeza sutil, tan liviana que carece de objeto y de nombre, pero

que sigilosamente apacigua las turbulencias optimistas del corazón, y rozándonos los párpados discreta nos obliga a cerrarlos. Recuerdos ingratos nos acometen: «el señor» que debe venir a hablarnos de un asunto enojoso, el negocio que la víspera dejamos sin resolver... y, sobre todo, la conciencia que tenemos de la inutilidad de vivir...

»Joven: ¿qué hiciste de los juguetes nuevos que, siendo niño, ponías sobre el mármol de tu mesilla de noche?... Hombre preocupado, hombre triste, a quien el porvenir de los hijos hace suspirar: ¿dónde fueron las cartas que escondías bajo las almohadas de tu cama de soltero?...

»Lectora, lector...

»La vida es buena si sabemos vivirla, es decir: si logramos acomodarnos a ella buscando las risas de cada edad. Hermanos: aprended a ser frívolos: que vuestra melancolía se ahogue en una lágrima y que baste a vuestra alegría un rayo de sol o el canto de un pájaro. Unicamente así, cuando despertéis, el Deber dejará de tener para vuestra alma la pesadez de una armadura.»

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

«Luego el Deber—deducía astutamente Roberto—debemos situarlo en nuestra Felicidad; y, por tanto, si yo soy tu felicidad en mí está tu deber.»

* * *

Roberto, que conocía perfectamente la labor de Gómez-Urquijo, no cesaba de rebuscar en la obra del gran novelista, y en cada uno de sus escritos inflamados hallaba un argumento, un apoyo.

Hábilmente elegidas, las crónicas rotuladas «De la calle», «A empujones» y «Como en 1830», fueron a clavarse en el turbado corazón de Mercedes igual que saetas. La Perseguida no sabía ya qué responder: sentíase abandonada, despistada y sin arrimo; porque era con su padre—no con su amador—con quien discutía.

«El hechizo tibio de estas mañanas marzales es tal—así comenzaba la primera crónica—que penetra hasta el duro corazón de las ciudades. Su influencia saludable y prolífica a todas partes alcanza: cubre de plantas los tejados, remueve el letargo de la semilla que el viento,

muchos meses atrás dejó en la grieta de algún paredón umbrío. El sol reverbera magníficamente sobre la alegría blanca de las fachadas; en los balcones hay flores y canciones de pájaros; la multitud camina despacio, contenta, dentro de la ligereza de sus trajes vernales, y respira con delicia la brisa balsámica y caliente. Las calles limpias, regadas, huelen a primavera.

»En la Carrera de San Jerónimo, amparada por un recodo de la acera, una ciega pide limosna. Es joven aún y lleva los cabellos bien peinados. Sentada sobre sus talones, muy recogida sobre sí misma para no estorbar a los transeuntes, vuelto al espacio el rostro apagado por la oscuridad de los ojos, los labios herméticos, cortésmente cerrados al lamento, la mendiga extiende su mano implorante; una mano débil, pálida, donde la caridad pública, que nunca se resuelve a destruir el dolor, va dejando, día por día, lo necesario para eternizar en los desgraciados el sufrimiento.

»La acompaña en su noche sin fin una niña de tres o cuatro años, hija suya; y para que la chiquilla, cuyos ojos son muy lindos y avispados, no se escape, la tiene atada por la cintura

con una cuerda. Esta ocurrencia inspira a la vez pena y risa, y nos recuerda el martirio de aquellas abejas, ávidas de luz, que todos, siendo muchachos, sujetábamos con un hilo para sentirlas zumbar sobre nuestras cabezas inclinadas ante el fastidio de los libros de estudio.

»La cuerda con que la ciega retiene a su hija tiene la longitud necesaria para que ésta llegue al filo de la acera y nada más. Algunas veces, la chiquilla permanece quietecita, soñolienta, medio echada sobre el regazo maternal; pero, generalmente, procura mantenerse aislada, animada por un irreductible deseo de independencia y de libertad. La ciega, por la orientación de la cuerda sabe dónde está la niña, y su seguridad de tenerla allí la tranquiliza. Sin embargo, su alejamiento llega a inquietarla.

»Pregunta: «¿Qué haces»?...

»La rapaza, enterada de «que su madre no ve», no responde y ríe silenciosa, con esa ufanía que sugieren a la infancia los escondrijos. Sus ojos grandes, llenos de júbilo, miran a la madre, y por ellos pasa este pensamiento:

«No sabe dónde estoy...»

»Hasta que aquélla, impacientándose, tira de la cuerda y recobra a la cautiva. Entonces sur-

ge entre ambas una breve lucha: la niña se defiende, su cuerpecillo travieso esquiva ágilmente las manos ciegas que la buscan y al fin consigue escapar hasta el borde de la acera; pero allí la cuerda concluye, de allí la fugitiva no puede pasar, y el poder centrípeto de la madre la gana de nuevo.

»En estas escenas, donde siempre hay risas y lágrimas y besos, en ese rinconcito de vida en que la muchedumbre distraída no repara, dos dramas van devanándose paralelamente, dos dolores de los cuales sería difícil determinar cuál es más cruel.

»Ciertamente, la madre no es feliz. Pero, ¿y su hija?... Niña de los ojos pícaros: esa cuerda atada a tu cintura, ¿no es tu ceguera?...»

El segundo artículo, dictado por el miedo al Tiempo—la obsesión de don Pedro—era también, y a su modo, una invitación a vivir deprisa:

«Es triste considerar—escribía el autor de «Eva»—cómo el Tiempo, infatigable sembrador de reveses y gran Barba Azul de ilusiones, nos lleva hacia adelante. A las mujeres, particularmente. Pues si todos, hambrientos y felices, envejecemos y nos arruinamos por igual, ellas,

en los sagrados ritos de su hermosura y de su elegancia, viven sujetas a penas especiales.

»Aludo a la mayoría inmensa de las mujeres y especialmente a las más infelices de todas: a las hijas y madres, jóvenes todavía, de la clase media.

»Ahora, durante estos cambios de estación, es cuando resplandece mejor el desconcierto de su indumentaria con los últimos figurines que Londres y París arrojan sobre Europa para insomnio y tormento de la mitad más linda de nuestro rebaño. Las pobrecillas caminan rezagadas, y su penuria es el origen vergonzoso de su constante atraso. Bien quisieran Ellas ir más deprisa, pero entre su deseo y la realizición o materialización de ese deseo campea, inexorable, la falta del dinero preciso. Esto las impide ponerse a tono, «llevar el paso», rimar, en una palabra, con la Moda.

»Lo que ocurre entre estos diversos vaivenes, arrepentimientos o caprichos, de la indumentaria, aparece con mayor relieve, y, por lo mismo con un nuevo y lancinante dolor, en las disonancias de las ropas con las estaciones. Esta última desarmonía por igual lastima a mujeres y a hombres. El verano les sorprende

vestidos de paño. Ellos contemplan desolados la sofocadora densidad de sus trajes. Ellas piensan en cómo saldrán a la calle si renuncian al abrigo y al boa. En estas vacilaciones crueles y poniendo la mitad de sus esperanzas en una mutación friolera de temperatura, pierden varias semanas; al cabo de las cuales, cuando todavía los trajes veraniegos están flamantes, asoman las primeras nieblas del otoño. ¿A cuántas muchachas sorprendió el invierno vestidas de piqué? ¿Quién no ha sentido en la calle, una tarde de noviembre, la melancolía amarillenta de un sombrero de paja?...

»Así vamos de contínuo, alcanzados siempre por el Tiempo, que a ratos nos empuja, y otros, como no aceleremos bastante el paso, brinca sobre nosotros y nos maltrata y ridiculiza implacable. Y no es lo peor, con ser ello muy grave, que el Tiempo ofenda a las mujeres en su indumentaria, en sus sombreros, en sus perfumes y peinados, en todas esas mil adorables frivolidades que llenan de gracia las tres cuartas partes de su vida, sino que también las alcance y atropelle en su corazón.

«Es necesario enamorarse, casarse...»—medita la virgen. ¡Oh! ¡Es tan difícil amar de

veras, con uno de esos enamoramientos capaces de resistir a todo y de justificar plenamente una vida!

»Mucho más fácil—y, desde luego, menos peligroso—es casarse. ¿Con quién?... Para dar paso tan trascendente conviene reflexionar, informarse, conocer el mundo un poquito... Pero el Tiempo aciago no espera, y así, cuando el corazón todavía es niño, ya las mejillas y los cabellos empiezan a ser viejos.

»Y entonces las cuitadas se casan con cualquiera; o no se casan... porque el amor, como los trapos, tiene también sus épocas, sus modas...

»¡Tiempo infausto!... Que a las pobres mujeres, en sus trajes y en sus almas, las llevas a empujones...»

En la tercera crónica, Gómez-Urquijo aseguraba, con verbo elocuente, cómo es preferible morir a sufrir la inelegancia de no amar:

«Los extremos se tocan—decía—, y así el mucho amor produce la muerte. Julia y Eduardo se querían tanto y eran tan felices, que decidieron suicidarse. ¿No lo comprendéis? Sin embargo, en esta paradoja no hay oscuridad. Nuestros nervios incurren frecuentemente en análo-

gos contrasentidos; las grandes alegrías, a veces, se resuelven en llanto; y en cambio, las penas más hondas, más fuertes, suelen estallar en sonoras risas. Pues como los nervios, el corazón. Saturada de felicidad, tremante y borracha de ilusiones, incapaz de concebir una dicha mayor, el alma piensa:

»Si es verdad que todo declina, si el tiempo ingrato todo se lo lleva, ¿no es preferible morir a dejar de sentir esta paradisíaca felicidad que ahora siento?...»

»Porque el olvido, si nos alivia tanto del dolor de no amar como de la pesadumbre de no ser amados, nunca consigue restituirnos a las regocijadas vehemencias del deseo. Amar es ambicionar, trabajar, progresar, moverse; el amor afirma siempre, promete siempre, camina siempre. El olvido es pasividad, desdén, reposo; la indiferencia de dos brazos que se cruzan sobre un pecho vacío. El amor es la cosecha, y su ufanía la de las amapolas entre el trigal; el olvido tiene la aridez de los campos cansados. Por eso es más dulce morir en pleno amor que llegar al olvido.

»Así discurrían Julia y Eduardo la tarde en que, más alegres y prendados el uno del otro

que lo estuvieron nunca, compraron el revólver que, matándoles en loca efervescencia amorosa, había de evitarles la vergüenza y el dolor de olvidar. Después, tranquilamente, marcháronse al campo, donde tentados por la soledad y la hermosura del crepúsculo, se acariciaron y besuquearon férvidos. ¡La moral! ¿De qué sirve eso cuando se va a morir?... Y entretanto, el sol que esconde su incendio rojo tras las montañas lejanas y azules, el espacio que se tiñe de violeta, la tierra que por todos lados misteriosamente se cubre de sombras. Había llegado el instante de decirse «adiós». Julia habló primero: siempre las mujeres fueron más románticas y valientes que nosotros.

»—Mátame—exclamó—, pues quiero recibir la muerte de tus manos.

»Eduardo, que esconde bajo su pardo chaquetón de mozo rústico una alma lírica digna de un poeta de 1830, requirió su revólver, apoyó el cañón sobre la sien adorada, y disparó. Afortunadamente el arma estaba descentrada, y no salió el tiro. Pero la emoción había extenuado a los amantes y disipado sus deseos suicidas; y como comprendieran que su cariño no llevaba trazas de extinguirse tan pronto,

acordaron remitir la tragedia para más adelante.

»Sin embargo, el miedo a olvidarse, el temor de que pudiera llegar día en que se diesen la mano sin interés, sin emoción, volvía porfiadamente a sus espíritus. Ellos habían jurado amarse «hasta la tumba»; mas como la arcilla de que estamos formados es tan ingrata, ¿no era probable que si la muerte tardaba mucho en llegar no tuviera ninguno de los dos la virtud—¿y por qué no decir también la galantería—de cumplir su juramento?...

»Para salvar la estética de su pasión, por segunda vez Julia y Eduardo resolvieron morir. Lo que el plomo no hizo, lo haría el sublimado corrosivo. Con esta decisión buscaron alojamiento en una casa aventurera, y a la madrugada siguiente, tras una noche de terribles y agotadoras emociones, apuraron la pócima mortal. Julia trasegó medio vaso; la otra mit d, Eduardo. ¡Oh, no os apuréis!... Las pastillas de sublimado debían de hallarse echadas a perder, pues no dieron el resultado apetecido, y antes sirvieron a los enamoradas de prosaico y odioso purgante que de romántico veneno.

»Julia y Eduardo comparecieron ante Nues-

tra Señora la Justicia. Ella es rubia, menudita y tiene los ojos pajareros y azules. Se han examinado los antecedentes de los dos amantes: son jóvenes, libres y nadie se opone a sus relaciones. ¿De dónde nace, entonces, su afán de morir? El fiscal, alternativamente violento y burlón, pronunció un informe que, en diversos momentos, hizo reir a la Sala. La Ironía, la terrible diosa, castigaba a los acusados como un látigo. Dirigiéndose al galán, para mejor aturdirle, el representante de la Ley exclamó:

»—¡Matarse precisamente porque se quieren mucho!... ¿Pero ustedes cómo entienden el amor?

»A lo que el mozo, muy alto y sobre sí, repuso:

»—Pues muriendo por él...

»Respuesta admirable que, dicha en el teatro y tras el prestigio caballeresco de una trusa, hubiese arrancado un aplauso.

»¡Pobres amantes! En vano procurásteis dar a la novela de vuestra gran pasión un desenlace hermoso; en vano habéis querido que vuestro último apretón de manos fuese bello. La suerte dispone que seais vulgares, que os olvidéis o que, con el tiempo, vuestro cariño se en-

fríe y mude en costumbre. El rosal ha de perder sus rosas. ¿Por qué esa inclinación a la fealdad? ¿No es más feo y más triste olvidar, bostezar, habituarse, que morir?...

*
* *

Otro día, refiriéndose a la imposibilidad en que se hallaba de casarse, declaraba el actor:

... «Yo no te engaño respecto de la inmensa corriente de amor que me lleva a ti; tampoco me equivoco, como tú acaso pienses. Leo en mi conciencia y sé que esta pasión ha de durar lo que mi vida. ¿Por qué no me ayudas a enterrar mi pasado?... Adolescente todavía, el anhelo de ser pronto dichoso me empujó al matrimonio. Yo imaginaba que mi propósito de ser feliz bastaría a componerme una felicidad, y me equivoqué. ¡Harto lo sabes!... Y hube de apartarme de la mujer que, siendo esposa mía, nunca supo acompañarme. ¡Oh!... ¿Y habré de purgar toda mi vida el error de aquella hora maldita?... Responde: ¿Sabía el viajero que agonizaba de sed si más allá de la charca fétida donde se detuvo a beber corría un ma-

nantial de aguas purísimas?... Así fuí yo, que abrasado en fiebres de amor, quise beber en unos labios que no eran los tuyos»...

En esta carta incluía el trozo siguiente, tomado de una novela de Gómez-Urquijo, escrita en estilo autobiográfico:

«Juan Manuel me ha confiado una breve historia sentimental; una pequeñez amorosa con exquisiteces y fragilidades de miniatura; uno de esos «caprichos» de artista, cuya decepción, mujeres y hombres, llevan luego en el alma como una cicatriz.

»Hace años Juan Manuel regaló a cierta amiga suya una porcelana donde, como en el célebre cuadro de Bougereau, «Psiquis y el Amor», el deseo, representado por un efebo de corta y ensortijada cabellera y apolíneo perfil, invitaba a la amada a remontarse con él a las regiones edénicas de la ilusión. Todos recordamos la ardiente elocuencia de amanecer de ese grupo maestro. La mujer es Psiquis; el Alma: aparece en el suelo, medio caída, la cabeza hacia atrás, los senos rígidos, inquietados por la voz de la especie; sin embargo, todavía ignora la

fuerza de su cuerpo, todavía está desnuda y no lo advierte.

»Junto a ella, golusmeando la fresa de sus labios, el Amor, que es también el Ensueño, abre hechicero el portento de sus alas milagrosas: es la alegría, el ideal, la quimera divina y terrible que, eternizando la Vida, perpetúa la Muerte.

»—Ven—balbucea el seductor inocente—ven...

»Y Psiquis, para dejarse llevar, le enlaza sus brazos al cuello. Ya está un poco separada de la tierra grosera, ya huye del barro. Psiquis arrastra consigo a la carne y la purifica; el turbio deseo se hace rosicler; alborea; en la inmensidad rosa y añil va a cantar la alondra...

»Varios meses el delicado obsequio de Juan Manuel adornó el tocador de la artista. Ella era bonita, inteligente, ingrata. ¡Oh, no quiero disculparla!...; pero, ¿no sería su inconstancia el fruto amargo de su discreción? ¿No es la ingratitud uno de los encantos mayores de la mujer?...

»Ahora, que la primera juventud declinó, los amantes han vuelto a reunirse un momento, en la frialdad de una cita amistosa.

»Se habían tropezado en la calle; ella le ofreció su casa, y él, curioso y galante, fué a visitarla. Como antes, sobre el tocador, Juan Manuel vió su porcelana, pero... ¡en qué estado!... El Amor había perdido las alas, Psiquis tenía los brazos rotos... y aquel grupo, horriblemente mutilado por las manos zafias de alguna criada, después de tantos años parecía un símbolo trágico, el resumen de una bien triste historia. Juan Manuel, repentinamente, advirtió que la artista reía menos que antes; acercóse a un espejo y recibió en el corazón la melancolía blanca de sus cabellos. ¡Pobre Amor, pobre mujer!... Los hombres miserables te hirieron en el pecho; ya no crees, ya no sabes reir, ya nunca podrás levantarte del suelo, porque la traición y el dolor te partieron los brazos. ¿Y a ti, Amor, ilusión sin ventura, de qué te sirven tus antiguas alas, aquellas con que pretendiste robar a tu compañera, si al perderlas olvidaste también tu canción?...

»He aquí el drama oscuro de muchas pasiones: El decía su deseo, Ella le escuchaba arrobada, y cuando iba a seguirle, la realidad, la dueña grosera que sacude las almas a golpes, les destrozó brutal contra el suelo.

»Pero no os desesperéis, pobres amadores... esa figurilla rota tiene un alto mérito; antaño era un frívolo juguete de bazar; hoy es vuestra historia. Acercaos de nuevo. En las heridas morales, el tiempo romántico deja una gran poesía; una lágrima es casi tan dulce como una risa; el otoño os ofrece sus rosas; aún podéis ser felices, aún os queda la tarde...»

Y el actor añadía:

«¿Vendrás?... Para ti la Vida es un amanecer; para mí un mediodía, y bien sé que las alondras no cantan por la tarde. Sin embargo, cómo negar que te espero?... Y te espero porque mis alas están intactas...»

## VIII

Las cartas del actor ejercían sobre Mercedes influjo extraordinario: si eran tristes, su abatimiento aumentaba y la herían deseos perentorios de morir; si alegres, su corazón se entreabría a la esperanza de que sus males obtendrían rápido y felicísimo remedio; pero también sufría mucho si las misivas eran ardientes y en ellas Roberto evocaba los dulces recuerdos de su amor: los apretones de manos, los juramentos, las íntimas emociones por él sentidas cuando ella le miraba abrasándole en el incendio de sus ojos, los besos enterrados furtivamente bajo los ricillos de su nuca perfumada...

En aquellas últimas semanas la exaltación del joven comediante había aumentado, «Necesito verte a todo trance—porfiaba—porque ya no puedo vivir sin ti...»

Mercedes le contestaba procurando calmarle, aconsejándole que tuviese juicio y esperanza en que pronto habían de llegar para ellos tiempos mejores. Estas razones, no obstante, eran insuficientes: Roberto se impacientaba, no quería esperar más....

«Si no sales a verme—escribía—, iré a tu casa; las iras de tu padre no me importan. Ten presente mi deseo y obra en consecuencia; ya sabes que no me arredran los obstáculos y que por ganarte soy capaz de cometer el desatino más peligroso.»

Mercedes, no sabiendo cómo eludir aquel tan grave compromiso, pidió consejo a Carmen.

—Yo no puedo salir, bien lo sabes, y, por otra parte, no quiero que él venga; mi padre es muy violento, y de la conversación que tuviesen los dos no había de resultar nada bueno. Así, lo mejor es inventar un pretexto que obligue a mi madre a salir, y la retenga fuera de casa dos o tres horas... En ese tiempo, Roberto y yo podíamos vernos...

—¿Dónde?...

—¡Oh, en cualquier sitio!...

—Lo difícil—objetó Carmen pensativa—es sacar a doña Balbina de aquí.

Las dos jóvenes permanecieron silenciosas, meditando. Mercedes exclamó:

—Se me ocurre una idea, una invención novelesca, que seguramente produciría excelentes resultados.

Y agregó, tras unos momentos de vacilación, durante los cuales procuró definir y coordinar bien su pensamiento:

—Esta misma noche puedes escribir un anónimo a mi madre, diciéndola que cierta persona que la conoce bien y vela por su tranquilidad y mi porvenir, la espera mañana, a las cuatro de la tarde, en un lugar cualquiera, muy distante... la iglesia de Antón Martín, por ejemplo... para confiarla revelaciones de gran interés. De este modo, si mi madre cae en el garlito, mientras va y espera á la autora del anónimo y vuelve, pasarán más de dos horas...

La señorita Vallejo tardó en responder.

—Lo malo sería—insinuó—que doña Balbina se lo dijese a tu padre.

—No, no hay cuidado; el caso es demasiado grave para que se determine a hacer nada sin antes hablar conmigo: la conozco bien.

—¿Y si no traga el anzuelo?—interrumpió Carmen—; las viejas son muy ladinas.

—Todo es posible, pero no lo creo. El éxito de mi invención depende también del interés que tú sepas infundirle al anónimo. Escribe cuanto quieras y desliza entre líneas algo muy sugestivo, muy alarmante: di que Roberto viene a cantarme, de noche, mil acarameladas lindezas por la mirilla de la puerta; o que me vieron con él en cierto lugar sospechoso y que una mala mujer nos protege... Cuenta, en fin, cuanto gustes, con tal que todo sea muy verosímil, pues a mi madre, tratándose de mí, los dedos la parecen huéspedes y anda siempre con la barba sobre el hombro, creyendo que cualquier día, como en las narraciones árabes acontece, voy a desaparecer por el cañón de la chimenea en brazos de un caballero volador.

Carmen se manifestó convencida.

—Bien—dijo—, lo haré según deseas, aunque no con la premura que supones. Antes he de ver a mi primo y explicarle nuestro plan, para que él, a su vez, me determine el día, la hora y el sitio en que habéis de reuniros.

Aquella noche Mercedes se acostó feliz, mecida por la ilusión de que muy pronto Roberto y ella, a despecho de cuantos obstáculos les separaban, podrían abrazarse. Al día siguiente Car-

men la informó de que todo estaba arreglado.

—Acabo de ver a Roberto—explicó—; estaba aguardándome con Luis a la salida del Conservatorio. Dice que pasado mañana te espera, a las cuatro de la tarde, en el Café de la Universidad.

La noticia era tan grande, tan superior a toda excelsitud, que Mercedes no comprendió bien.

—A ver, a ver—musitó—, repíteme eso, tan bonito...

Doña Balbina andaba trasteando por las habitaciones interiores, y así Carmen pudo satisfacer minuciosamente las dudas de su amiga.

—El Café de la Universidad—dijo—está en la calle de San Bernardo y tiene una puertecilla a la Travesía de Pozas, que es por donde debes entrar. Mi primo te espera en un saloncillo situado a la derecha de los billares: es un rinconcito muy obscuro, muy solitario, a donde Luis me ha llevado varias veces. Y, a propósito: mi novio me ha dado recuerdos para ti, para «la prisionera», como él dice.

Mercedes sonreía conmovida y satisfecha de que las personas que andaban libres por el mundo no la hubiesen olvidado.

—¿Según eso—dijo—, tú escribirás hoy el anónimo?

—Hoy, sí, no bien llegue a casa; y esta misma noche lo echaré al correo.

Mercedes tenía los ojos arrasados en lágrimas. Carmen exclamó:

—¿Ves, tontísima, cómo con ingenio y perseverancia no hay dificultad que no se orille?... Todo cuanto nos sucede es muy interesante, muy divertido; algo que podremos referir dentro de algunos años. Ten paciencia: considera que los que llegaron a viejos sin hacer nada notable, no merecieron el honor de haber nacido.

Al día siguiente, poco antes de la hora del almuerzo, el correo trajo una carta para doña Balbina, lo que constituyó algo extrardinario, pues la anciana no recibía jamás correspondencia de ningún sitio.

—Señora—dijo Felipa—, aquí hay esto para usted...

Y la presentaba un sobre. La carta era del interior. Mercedes, para no menoscabar con su presencia el buen éxito de su farsa, se había retirado...

Durante el almuerzo, la joven miró disimula-

damente a su madre, que estaba muy ensimismada y con los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado. Era indudable que el anónimo había surtido efecto. A la hora de costumbre, Gómez-Urquijo se marchó; doña Balbina permaneció largo rato en el comedor, absorta ante su taza de café; luego se fué a su dormitorio. Mercedes, que aplacaba su impaciencia tocando valses de Waldteufel, la oía ir y venir, hablando entre dientes y abriendo y cerrando el armario donde guardaba sus ropas. Momentos después la vió aparecer vestida modestamente y con un sencillo velo sobre la cara.

—Hasta luego—dijo.

La señorita Gómez-Urquijo dirigió sus bellos ojos hacia su madre.

—¿A dónde va usted?...

Con naturalidad pasmosa, su rostro se había cubierto de sorpresa.

—A ver una amiga.

—¿Quién?...

—Esta, doña... tú no la conoces... he sabido que está enferma...

Tartamudeaba; su carácter ingenuo era refractario al fingimiento; sus mejillas se empur-

puraron. La joven, entre tanto, procuraba pensar en algo muy triste para no reir

—Felipa viene conmigo—añadió doña Balbina—; tú no salgas, pues volveré en seguida; antes de media hora...

Iban a dar las cuatro: Mercedes comprendió que su madre exageraba la prontitud de su regreso, y que si Carmen la había citado, según tenían convenido, en la iglesia de Antón Martín, doña Balbina no volvería antes de las seis.

No obstante, para mejor contestar a la recomendación maternal afectó un aire muy compungido, muy indiferente:

—¿Dónde quiere usted que vaya?—murmuró.

En cuanto doña Balbina y Felipa salieron, la joven corrió a su cuarto y empezó a vestirse con la celeridad de la actriz que acaba de recibir el segundo aviso del traspunte. Las enaguas, la falda, el gabán, todo iba endosándoselo de cualquier modo; las botitas a medio abrochar, el corsé desajustado, el corpiño abierto, dejando entrever los encajes de la camisa; el sombrerito se lo puso rápidamente en el pasillo, al pasar delante de un espejo. Luego, sin perder instante, salió, cerrando la puerta de golpe; guardóse la llave en el bolsillo y echó escaleras

abajo, recogiéndose las faldas con una mano mientras requería con la otra lo corchetes mal prendidos.

Al salir del zaguán miró a todos lados, cerciorándose de que nadie la espiaba, y dirigióse resueltamente hacia la calle del Desengaño. Caminaba de prisa, el ceño apretado, la vista fija en el suelo, cual si de este modo hubiese más probabilidades de pasar inadvertida.

Con estos sobresaltos cruzó por delante de la histórica iglesia de San Martín, siguió la calle de la Luna y continuó por la de San Roque hacia la del Pez. Era un día frío, triste, lluvioso; uno de esos días en que los madrileños, habitualmente poco diligentes, se detienen ante todos los escaparates, reparan en todas las mujeres y con los paraguas intentan vanamente preservarse de una llovizna que, por lo sutil, parece niebla. El cielo, bajo y gris, semejaba una bóveda de ceniza. Mercedes avanzaba velozmente, sin advertir que tenía los pies húmedos y las faldas sucias de barro. Al llegar a la calle del Pez hubo de refugiarse en un portal, esperando a que pasase un escultor amigo de don Pedro, que la conocía; luego reanudó su camino, y al doblar la esquina de la calle de Po-

zas recordó que allí habían asesinado a una cantadora, cuyo crimen oyó pregonar la última tarde que habló con Roberto...

Al penetrar en el Café de la Universidad, y ante el misterio de aquel lugar desconocido, la joven tuvo un momento de indecisión. Después, lentamente, sus ojos fueron habituándose a la oscuridad: estaba en una especie de recibimiento limitado por tabiques de madera altos, aproximadamente, de dos metros, en los que se abrían unas puertecillas defendidas por mamparas. A la izquierda y bajando algunos peldaños, estaba el café; vasto salón rectangular, con su piano en el centro y sus largas hileras de veladores, insinuándose tímidamente bajo el melancólico claror que penetraba por algunas ventanas enrejadas.

Mercedes continuaba inmóvil, recordando las señas que Carmen le había dado. Un camarero la abordó servicial:

—¿Busca usted a alguien?

Sintió la joven que una oleada de sangre refluía a sus ojos.

—Sí—balbuceó—a un caballero... Ignoro si habrá venido... o si se habrá marchado...

Entonces el camarero abrió una de las mam-

paras al mismo tiempo que decía con aire indiferente:

—Pase usted.

Encontróse Mercedes en un saloncillo rectangular, a la hila de cuyas paredes había largos banquillos forrados de rojo, y veladores que abocetaban en la penumbra sus mármoles blancos: casi a tientas se aproximó a uno de ellos y tomó asiento.

—¿Qué desea usted tomar?—interrogó el mozo.

Ella palideció; no llevaba dinero.

—Nada... nada... esperaré a que venga ese señor...

El camarero se marchó sin responder; era un hombrecillo regordete, moreno, de rostro impasible y ojuelos inteligentes, que inspiraban confianza. Entonces la señorita Gómez-Urquijo, algo más tranquila, pudo examinar el aspecto del saloncito donde se hallaba; era una habitación que ni hecha adrede ofrecería mejores condiciones de aislamiento, seguridad y misterio: el suelo era de tablas; un piso desigual, sucio, por donde pasaron seguramente muchas generaciones de enamorados clandestinos; en el comedio del local había una especie de columna

que soportaba un techo renegrido por el humo y el polvo, y una ventanita arrojaba dentro del mezquino y desierto salón una luz triste y fría.

La joven permanecía con las manos metidas en los bolsillos de su gabán, y pronto sus nervios inquietos empezaron a sentir la penetrante humedad de aquel local desamparado. El resto del café estaba mudo, sumido en una quietud somnífera de establecimiento provinciano. Transcurría el tiempo y Mercedes comenzó a impacientarse; temía que Roberto no viniese. En el reloj de la Universidad, un viejo reloj de voz doliente, sonaron las cuatro y media... Absorta en sus cavilaciones la joven, sin saber por qué, asociaba a los asuntos más trascendentales las ocurrencias más pueriles; y así, verbigracia, pensaba que su madre estaría aburriéndose sobre algún banco de la iglesia de Antón Martín, y que en aquel sitio donde ella estacionaba, tan malsano y tan triste, habría muchas arañas: arañas de patas flexibles, grandes, negras, de esas que crecen en la humedad de los lugares oscuros...

De pronto volvió la cabeza hacia la ventana, por donde acababa de ver pasar una sombra;

luego oyó que abrían violentamente la puertecilla del café, y casi al mismo tiempo apareció Roberto...

Mercedes se levantó, el actor corrió hacia ella y ambos se abrazaron estrechamente, sin poder hablar, con un apasionamiento sincero y espiritual en que la carne no intervino. Roberto la besaba en las orejas, en la nuca, embriagándose con el suave aroma de aquellos ricillos fragantes.

—¡Por fin—murmuró—por fin!...

Ella se abandonaba a sus caricias, trémula, perdida, mientras por sus mejillas resbalaban lágrimas ardientes como brasas. Después fueron a sentarse en el rincón más recatado y oscuro del saloncillo, de modo que la columna les ocultase la puerta. El camarero que acababa de servirles café preguntó distraídamente, como por mera fórmula:

—¿Quieren ustedes que encienda el gas?...

—No—repuso Alcalá—; ya te avisaré...

El mozo se marchó, sonriendo con una sonrisilla aburrida y triste, al recordar que todos los enamorados contestaban lo mismo.

—¡Por fin—repitió Roberto—estamos juntos!...

Ella le miró afanosamente a través de sus lágrimas, cual queriendo orear y robustecer con su imagen sus recuerdos.

—¿Sufriste mucho sin mí?—preguntó ingenua.

Y agregó:

—¡Ingrato... ingrato!... ¿Cómo has podido vivir tantas semanas sin verme?... La última vez que hablamos nos separamos riñendo; ¿te acuerdas?...

—Sí.

—¡Cuánto he llorado!... Carmen me consolaba, es muy generosa, muy noble... una amiga excelente a quien debemos querer mucho...

Mientras hablaba, oprimía inconscientemente entre sus manos las manos vigorosas del actor. Roberto, suavemente, atrajo sobre su hombro la cabeza febril de la muy Deseada y empezó a besar su frente y aquellos labios cándidos que tantas ternezas le decían, y aquellos párpados que tanto habían llorado por él...

—Juntos los dos—repetía—, otra vez... ¡Si apenas puedo creerlo!...

En su anhelo de decirlo todo, Mercedes refirió prolijamente cómo su madre había salido,

fiada en la autenticidad del anónimo, y cómo ella se vistió en un santiamén...

—Al entrar aquí—agregó riendo—recordé que no traía dinero... ¡Hijo, qué apuros!...

Después, con súbito arrebato, exclamó:

—¡Recuérdame que a las seis menos cuarto, o antes he de estar en casa!... Avísame cuándo debo marcharme, porque yo estoy loca...

Alcalá no respondió. Continuaba acariciando las suaves manecitas de la Deseada, aspirando su aliento, esclavizado por el misterioso hechizo de aquella carne joven y fragante no poseída aún. En los vasos, el café humeaba enfriándose.

—¿Me quieres?

—Con toda mi alma...

—¡Ah, Roberto... Roberto mío... no me dejes nunca!...

El reloj de la Universidad cantó las cinco; cinco campanadas tristes, lentas, que al repercutir quejumbrosamente en los ángulos del saloncillo oscuro, advirtieron a los amantes que el momento siniestro de la separación llegaría muy pronto. Entonces el comediante pareció sacudir su dulce modorra.

—Aprovechemos los momentos—dijo—, hablemos seriamente.

Rápidamente, con el acierto, claridad y concisión de quien ha estudiado bien lo que va a decir, expuso la historia de sus amores y la desesperada situación en que ambos estaban colocados. Ella, por su parte, enumeró los disgustos que erizaban de espinas sus días, las sospechas y temores que desde tiempo atrás alarmaban a sus padres, y su grave discusión con don Pedro.

—¡Nos separarán!—sollozó—; nos separarán... ¡y no ha de tardar mucho!...

—Lo sé... lo sé... y eres tú—agregó—la responsable de cuanto sucede.

—¿Yo?...

—Tú misma. Recuerda nuestra última conversación, mis súplicas... tus negativas... ¡Oh, te juro que aquella tarde sufrí horriblemente y que me separé de ti resuelto a no volver!...

Ella se estrechó contra él tiritando de emoción y de frío, feliz de hallarse a su lado.

El galán continuó:

—Estas entrevistas, por lo mismo que sólo se obtienen venciendo gravísimos obstáculos, exasperan nuestros legítimos deseos de comuni-

carnos... Piensa que el tiempo corre velozmente, que muy pronto hemos de separarnos... ¿Qué será, después, de nosotros? ¿A qué nuevos ardides apelaremos para vernos?

—Sí... ¡tienes razón!...

Sus ojos se llenaron de llanto. Roberto prosiguió, tocándola mimosamente mientras hablaba:

—El único que debiera bendecir nuestra libre unión era tu padre. Pero, ¿lo haría?... ¿Estarán el hombre y el artista que en él conviven a la misma altura?... ¡Creo que no!

—No—afirmó Mercedes—, y en eso no debemos pensar.

La repugnaba esta confesión de su amor, que tenía algo de súplica; por otra parte, su carácter combativo experimentaba ante toda mansedumbre ese malestar que sufren los espíritus rebeldes en los caminos anchos y perfectamente rectos.

—Quiéreme mucho, deposita en mí tu confianza abandónate a mis consejos...—murmuraba el actor.

Se lo decía muy quedamente, al oído, como para no asustarla, y rozando su piel sonrosada con sus labios ardientes. Mercedes temblaba,

midiendo el perverso alcance de aquellas marrullerías insidiosas.

—Como ya te dije en la tarde memorable de nuestra riña—añadió Alcalá—, necesito recibir de tu amor una prueba muy grande.

—Muy grande... ¡Oh! si no fuese más que muy grande, te la daría... Pero exiges de mí un imposible.

—«Lo imposible!...» ¡He ahí la palabra odiosa que—como tu padre ha dicho—«los verdaderos amantes han borrado con sus locuras del santo diccionario de las pasiones»!...

La joven escuchaba absorta, los ojos muy abiertos, atraída por ese abismo en cuyo fondo los gnomos de la tentación tienen voces irresistibles de sirena. De pronto, se rehizo.

—¡Nunca, eso... eso... no sucederá jamás!... Todo me lo prohibe: mi deber, mi decoro, mi apellido... ¡Ah, yo no puedo mancillar tan infamemente el nombre de mi padre!...

Roberto Alcalá repuso con su voz suave, aquella voz fascinadora que tan hábilmente sabía modular en los grandes momentos dramáticos:

—¿No es cierto que me quieres?...

—¡Sí; te quiero más que a nadie!...

—Ese es tu error... Te quieres a ti misma más que a mí, pues cruelmente me sacrificas a tu Orgullo y a tu Deber... Estos dos conceptos son tus verdaderos amantes, los verdaderos señores de tu albedrío... Ellos gobiernan tu alma y tu cuerpo; a mí sólo me otorgas lo que ellos te permiten darme... Y conviene que entre nosotros ocurra algo irremediable... fatal... que nos una para siempre a despecho de los hombres y de la ley. ¿Cómo eres así?... ¿No reflexionaste en lo que tu padre—que espiritualmente lo es mío también—predica en los artículos que te he enviado? Recuerda su cuento «Siguiendo a la muerta». Tú y yo estamos en situación idéntica a la de «Alfredo» y «Gabriela»; nosotros también «seguimos a una muerta»... que es nuestra propia juventud, que todos los días muere un poquito...

Ella exclamó, vibrante:

—No quiero oirte... ¡Calla!... No quiero oirte... ¡Me vuelves loca!

Hablaron mucho, dirimiendo la eterna cuestión hacia donde convergen las ilusiones y los deseos y los temores, de todos los amantes: Roberto razonaba pausadamente, con la serena

confianza de los fuertes; Mercedes respondía con monosílabos, en tanto reflexionaba que su vencimiento era algo inevitable, que tarde o temprano había de llegar.

—¿Por qué los hombres—murmuró—sólo saben querer así?...

—Porque el amor que no apetece es sentimiento incompleto y deforme: es amistad, es simpatía... ¡todo!... menos verdadero amor. ¡Desconfía de los cariños que se asustan del crimen!

De repente la joven se levantó; en el reloj de la Universidad acababan de sonar las cinco y media.

—¡Qué horror!... Me voy...

—No, no te vayas aún... espera...

—Necesito llegar a mi casa antes que mi madre.

El actor se había puesto en pie, abriendo los brazos, y la joven se precipitó en ellos.

—Adiós, Roberto, adiós... no me olvides...

El la besaba enternecido; ella, rendida a su pasión y a la triste solemnidad de aquella despedida, le besaba también.

—Adiós—dijo—, escríbeme, consuélame, ase-

gurándome que esta entrevista no será la última...

—¿Y te marchas así, sin prometerme la felicidad... lo que había de ligarnos, el uno al otro, inexorablemente?...

Ella procuró desasirse; él la retenía; así, forcejeando llegaron a la puerta. Allí volvió a estrecharla contra su pecho apasionado, besándola en la nuca, detrás de las orejas, en la garganta, sobre los párpados... Mercedes desfallecía.

—¡Oh, déjame!

—¿Consientes?

—No puede ser.

—¿Nunca?...

—¡No!... ¡Jamás!...

—¿Por qué?...

—Porque... ¡Quién sabe! Eso es dificilísimo... ¿Dónde hallar la ocasión?...

Lo dijo irreflexivamente, por no disgustarle con una negativa rotunda.

—La ocasión—repuso el actor—la buscaré yo. Ahora, habla... Mercedes, ¿es cierto lo que dices?... ¿No me engañas?

Sus ojos relampagueaban de júbilo, y el deseo, ese deseo todopoderoso que, a través de

los siglos, llenó mil veces de carne humana las entrañas del globo, agitaba sus labios convulsivamente. La muy Deseada, temblando de miedo, huyó del salón, y Roberto, que la tenía sujeta por un brazo, la siguió casi a rastras. En la calle se despidieron.

—Ve tranquila—aseguró Alcalá—; pronto nos veremos; yo inventaré un medio... no sé cuál... ¡uno!... Adiós.

—Adiós, sí... no me olvides.

Quedáronse unos instantes perplejos, mirándose a los ojos, oprimiéndose mutuamente las manos hasta lastimárselas; y luego se separaron, de golpe, para abreviar el martirio de sus corazones.

—Acuérdate de mí, de lo que me has prometido...—murmuró él.

—Sí, sí... adiós.

Y se fué satisfecha de dejarle contento, pero segura de que la terrible oportunidad en que el comediante pudiese reclamarla el cumplimiento de lo prometido, no llegaría nunca.

A poco de volver Mercedes a su casa, llegó doña Balbina; parecía muy fatigada y muy triste, y aquella noche la joven oyó que su madre se levantaba varias veces, con propósitos,

sin duda, de sorprenderla hablando con Roberto por la mirilla de la escalera. Era, pues, indudable que doña Balbina, a pesar de no haber visto a nadie en la iglesia de Antón Martín, continuaba creyendo en la verdad del anónimo.

Paulatinamente el recuerdo de aquel incidente fué borrándose; con el tiempo doña Balbina se convencía de que la autora de la terrible carta acusatoria se equivocó o mintió al escribirla, y la dulce ecuanimidad de los carecteres pacíficos reaparecía en sus ojos. Los días se deslizaban monótonos, tediosos, desdibujados, sin dejar recuerdos. Mercedes iba por las mañanas al Conservatorio; algunas tardes recibía la visita de las hermanas Vallejo y las cartas que, por mediación de sus primas, la enviaba Roberto; y aunque su existencia no había variado, reconocíase más alegre que antes, más resignada con su suerte, cual si presintiese la curación inminente de todos sus pesares.

Roberto, entretanto, la escribía asiduamente, para que en ella la ausencia no resfriase el fuego del amor. Algunas de sus cartas eran muy concisas, como para mejor obligarla a desear otras mayores y más dulces; a veces también explotaba la cuerda apasionada de los jura-

mentos, y fantaseaba un porvenir de viajes y placeres sin guarismo; otras, en fin, pulsaba el plectro voluptuoso de los recuerdos, evocando sus paseos a través del bullicioso Madrid de las siete de la tarde, con sus esquinas invadidas por obrerillas y estudiantes enamorados que se saludan... Y siempre concluía recomendando que no le olvidase y tuviera la seguridad de que habían de unirse muy pronto...

Un tarde llegó Carmen Vallejo a casa de Mercedes más temprano que de costumbre; llevaba el semblante risueño y en los ojos la expresión feliz de quien es portador de buenas noticias. Quiso la casualidad que fuese doña Balbina quien saliese a recibirla, y Carmen la saludó y besuqueó con apasionamiento inusitado.

—Doña Balbina—dijo la joven—, vengo en representación de mi madre y de Nicasia, a solicitar de usted un favor.

—¿De mí?—repuso la anciana—¿qué puedo hacer yo en favor de nadie?...

Y su rostro expresaba la convicción de quien jamás se creyó investido de potestad alguna.

—Sí, señora, de usted...

—Usted dirá.

—Que deje usted ir a Mercedes con nosotras al teatro mañana, domingo, por la tarde.

Doña Balbina palideció; luego sus mejillas se colorearon fuertemente, delatando esa ruda lucha interior que experimentan los débiles constreñidos a responder negativamente a lo que de ellos se solicita.

—No puedo acceder a su pretensión, Carmita, —replicó la excelente señora bajando los ojos— por motivos que usted sabe: ni Pedro ni yo queremos que Mercedes vaya sola a ninguna parte.

Carmen Vallejo la interrumpió:

—¡Pero si no saldría sola... vendría usted con ella!...

—¡Oh, eso ya es distinto!...

—Iríamos mi madre, Nicasia, usted, Mercedes y yo....

—Siendo así, no hay inconveniente... Mercedes decidirá.

La joven, que vislumbró en todo aquello la mano de Roberto, aceptó la idea con entusiasmo.

—¿A qué teatro iremos?—preguntó.

—A la Zarzuela. Representan «Marina». Las

entradas nos las ha regalado Mariano Cortés. ¿Le conoces?...

—No.

—Un muchacho periodista, amigo nuestro. Nos envió cinco billetes y nos acordamos de ustedes...

Hablaba de prisa, con la volubilidad de quien se halla bajo el influjo de una gran emoción.

—¿No te sientas?—preguntó Mercedes.

—No; vuelvo a casa, tengo mucho que estudiar y que coser... ya ves cómo vengo, con el vestidillo de todos los días... Vaya, abur.

Doña Balbina, muy ufana del satisfactorio desenlace de aquel incidente, sonreía esforzándose en borrar el disgusto que su anterior negativa hubiese causado a la joven.

—Usted me dispensará, Carmita—decía—; pero como Pedro es así... tiene un carácter... Yo deploro...

—Calle usted, doña Balbina; cuanto usted dice está muy en razón. Todas las madres, en el lugar de usted, harían lo mismo...

Mercedes y su madre acompañaron a Carmen hasta el recibimiento.

—La función—advirtió la joven—empieza a

las cuatro y media: nosotras vendremos por ustedes a las cuatro.

—¿Aquí?—preguntó Mercedes.

—Aquí o en otro sitio.

—Prefiero que sea en otro sitio.

—Mi hija dice bien—ratificó la anciana—; preferible sería que nos citásemos en la calle... Pedro, ¿comprende usted?... es... tan caprichoso... Lo más insignificante le incomoda...

Y añadió:

—Si supiese que habíamos ido al teatro solas y a entrada general... ¡se moría de rabia!...

—Entonces—dijo Carmen—nos reuniremos a las cuatro en el Pasaje del Comercio, que es lugar poco transitado.

—Bien.

—Y si algo imprevisto las impidiese a ustedes salir, tengan la precaución de avisarnos.

Cuando Mercedes y su madre volvieron al gabinete, doña Balbina exclamó:

—Creo no haberme extralimitado admitiendo la invitación de Carmen; realmente no había motivo para rechazarla... Sin embargo temo decírselo a tu padre; como ha sucedido lo que ya sabemos... ¿Qué opinas tú?

—Que no debe usted decirle nada—aseguró Mercedes resueltamente—; papá es muy raro; según el estado de sus nervios, el proyecto puede gustarle o enfurecerle, y encuentro humillante y ridículo renunciar a una tarde agradable por obedecer un capricho ilógico. ¿Es censurable lo que vamos a hacer?... No: pues obremos con arreglo a lo que, según nuestro criterio, es discreto.

—Bueno, bueno—contestó la anciana pensativa—, no diremos nada...

Sin embargo, su carácter adverso al disimulo, débil y acostumbrado a obedecer, no quería aceptar la responsabilidad de ninguna determinación: en treinta años de matrimonio su flaca voluntad se había anquilosado, y lo desconocido la infundía horror: temía que hubiese fuego en el teatro, o que un coche la atropellara al salir del espectáculo, o que ocurriese cualquier otro desdichado accidente por el cual don Pedro viniese en conocimiento de que ella se propasó a hacer algo sin pedirle antes opinión y consejo. Esto la parecía imperdonable y según el tiempo pasaba, más crueles eran las mordeduras de su conciencia y más apremiante su necesidad de confesarle a Gómez-Urquijo cuan-

to tenía pensado. Durante la cena doña Balbina, aunque con gran trabajo, pudo reprimirse: Mercedes la observaba inquieta y ella evitaba sus miradas, convencida de que su delito sería tanto mayor cuanto más tardase en descubrirlo. Terminada la colación, Mercedes se retiró a su aposento, y Gómez-Urquijo y doña Balbina al despacho. Don Pedro leyó algunos periódicos y enseguida se puso a escribir; la anciana le atisbaba desde un rincón, no sabiendo cómo componérselas para echar fuera de una vez lo que tan indigestado traía. De pronto se determinó:

—Tengo sueño—dijo—; voy a dormir... Hasta mañana...

—Adiós—repuso don Pedro sin levantar los ojos.

Al llegar a la puerta, la indecisa señora se detuvo y volvió sobre sus pasos, exclamando con aire ingenuo:

—¡Ah, ya olvidaba lo que más presente tenía!... ¿Sabes que mañana por la tarde Merceditas y yo iremos a la Zarzuela?... Nos han invitado.

Gómez-Urquijo irguió su poderosa cabeza y clavó en la anciana sus ojos penetrantes. El

recuerdo de Roberto Alcalá había pasado por su frente como un relámpago. Inquirió:

—¿Quién?

Doña Balbina comprendió que si no disfrazaba la verdad un poquito, don Pedro no la otorgaría el permiso deseado, y replicó suavemente:

—Me ha invitado doña Inés, la viuda de Vallejo. Hoy, cuando salí a comprar unas trencillas que necesitaba la encontré. Estuvimos charlando, me dió muchos recuerdos para ti y me dijo que la habían regalado cinco billetes para la Zarzuela... que si quería ir... Creo que representan «Marina». Su invitación fué tan espontánea que la acepté.

—¿Quienes van?

—Ella con sus dos hijas, Mercedes y yo.

—No me gusta esa familia.

—A mí tampoco... Más como sólo se trata de ir al teatro... ¿Qué te parece?...

—Bueno—repuso don Pedro—ve...

Y siguió escribiendo, arrastrado por el vértigo de su concepción, que en aquel momento ayudaba los designios traviesos del Destino.

Al día siguiente, domingo, a las cuatro de la tarde, Mercedes y su madre llegaban al Pasaje

del Comercio al mismo tiempo que doña Inés y sus hijas.

—Por mi gusto—dijo Nicasia—estaríamos zancajeando por las calles desde hace una hora, pero, imposible... Mi madre, a pesar de sus años, tarda en emperejilarse más que una coqueta.

Doña Inés sonreía: era una mujer de razonable estatura, muy gruesa, con ojos azules que debieron de ser hermosos y que hogaño miraban trabajosamente bajo sus párpados caídos y un semblante fofo, marchitado por el hastío. Las cinco mujeres comenzaron a descender la cuesta de la calle de la Montera: las dos ancianas iban detrás.

—¿Qué te parece esto?—preguntó Carmen a Mercedes en voz muy baja.

—Hasta ahora—repuso la señorita de Gómez-Urquijo—todo me parece bien, pero no lo comprendo. ¿Y Roberto?

—Esperándonos.

—¿Dónde?

—En la Zarzuela. El, que según la inventiva que va despuntando parece un escritor de folletines, es autor único de este enredijo, del cual Nicasia y yo somos simples ejecutoras...

Nicasia reía a carcajadas; su hermana la ordenó severamente que bajase la voz.

—No seas estúpida—dijo—, la menor indiscreción puede echar por tierra todas nuestras cábalas.

Y añadió dirigiéndose a Mercedes:

—Mi primo, que no ese Mariano Cortés de que te hablé ayer, es quien me ha dado los billetes para la función de esta tarde. De las cinco entradas, ¡fíjate bien!.... tres son de anfiteatro principal y dos de anfiteatro platea. No se lo he dicho a doña Balbina para no alarmarla... El plan de mi primo se reduce a que nuestras madres y una de nosotras ocupen los asientos de anfiteatro principal, y tú y yo, vebigracia, los de platea. Así, durante los entreactos las cinco podremos reunirnos, pero en cuanto empiece la representación, como ellas no pueden vernos, yo me quedo en mi localidad y tú y Roberto os vais a charlar a donde bien os parezca, siempre a condición de que vuelvas a mi lado antes de que baje el telón, para que el enredo no se descubra...

Mercedes se había quedado un poco triste.

—Todo eso es muy bonito—observó—, pero

el buen éxito del desenlace no es seguro, porque mi madre no quiere separarse de mí...

—Todo es posible, aunque abrigo esperanzas muy verosímiles de no equivocarme. Tu madre y la mía se entienden perfectamente y charlan, sin aburrirse, de sus achaques y de «sus tiempos...» Además, yo demostraré deseos de estar contigo; si manifestase ella alguna repugnancia a dejarnos solas, insistiré, suplicaré... y ya sabes que doña Balbina no sabe negar nada. Tengo también la evidencia de que mi madre, inocentemente, nos ayudará; y últimamente, si la tuya se obstinase en perseguirte durante el primer acto, puede cambiar de opinión al segundo... o al tercero... Cuatro mujeres pidiendo lo mismo, molestan mucho.

Cuando llegaron a la Zarzuela, ya las puertas del coliseo estaban abiertas y por ellas iba entrando ese público numeroso, abigarrado y vocinglero que acude a los espectáculos por la tarde. Las tres jóvenes se detuvieron esperando a que sus madres se acercasen.

—¿Quién tiene los billetes?—preguntó doña Inés.

—Yo—repuso Carmen—: síganme ustedes...

Entraron abriéndose paso a través de la mul-

titud dominguera. Al llegar al vestíbulo, Carmen se detuvo.

—Advierto a ustedes—dijo—que nuestros asientos no están juntos; ahora lo he visto: tres son de anfiteatro principal y dos de anfiteatro platea.

Balbina Nobos no comprendía bien, presa del aturdimiento que acomete a los espíritus tímidos en los lugares públicos. Carmen hubo de repetir el nombre y distribución de los asientos.

—¿Entonces, cómo vamos a repartirnos?—preguntó doña Inés.

—Muy fácilmente: usted, doña Balbina y Nicasia, por ejemplo, ocupan las localidades de principal, que son las más alegres, las mejores, y Mercedes y yo, las de platea.

El público que seguía llegando las empujaba de un lado a otro, impidiéndolas hablar.

—¡Cuánto siento que no estemos todas juntas!—suspiró doña Balbina.

—Cierto; pero en los entreactos nos reuniremos a cambiar impresiones. ¡Es igual!...

Y añadió haciendo con la cabeza un ademán expresivo:

—Conque, ¿vamos?...

Inmergiéronse entre aquella multitud que

subía por las escaleras, oscilando, retorciéndose sobre sí misma como una enorme serpiente humana. Los espectadores adelantaban empujándose unos a otros o sosteniéndose mutuamente, hombro con hombro, pecho contra espalda. Los peldaños retemblaban bajo el peso de tantos pies, el humo de los fumadores infestaba el ambiente y el calor excitaba a los hombres, que aprovechaban aquellas apreturas para pellizcar a las mujeres: algunas protestaban ofendidas; pero otras se abandonaban arqueando las caderas, ofreciéndose sumisas al voluptuoso sufrimiento... Y era imponente el instinto animador de tantos cuerpos que se buscaban sin conocerse, estrujándose, lastimándose, sin después conservar de aquellas fugitivas uniones ningún recuerdo. Mercedes acercó sus labios al oído de Carmen.

—¿Y Roberto?

—No sé; cerca andará.

—Por más que miro, no le veo...

Cuando llegaron al anfiteatro principal, Carmen entregó a su madre los tres billetes de sus asientos.

—Ahora—dijo— Mercedes y yo vamos a platea.

Doña Balbina, con objeto de separarse de su hija lo menos posible, intentó detenerlas.

—Esperen ustedes, aún es temprano.

—No lo crea usted, han tocado ya el primer aviso.

Habían entrado en el anfiteatro y la joven se acercó a la delantera.

—¿Ve usted?—añadió—, los músicos ocupan ya sus sitios; esto empezará en seguida. Ea, adiós...

Un acomodador se acercó ordenando:

—¡Tengan ustedes la bondad de dejar el paso libre!

Doña Balbina comprendió que debía ceder: el director de orquesta acababa de sentarse en su sitial.

—Bueno—repuso—que vuelvan ustedes en seguida.

—Sí. sí... hasta luego.

—¡Cuidado con salir del teatro!...—fué su última recomendación.

—Quede usted tranquila...

Carmen echó a correr, arrastrando a Mercedes, que no había osado desplegar los labios temerosa de decir alguna candidez que descompusiese la maquiavélica urdimbre de todo

aquel plan. Cuando las dos jóvenes enfrentaban el pasillo de butacas, saludaron a Roberto. Estaba muy pálido, con los ojos inquietos del luchador que va venciendo, pero que aún duda de la victoria.

—¡Todo ha salido a pedir de boca!—dijo Carmen; y agregó, señalando a Mercedes con un gesto—: ahí la tienes...

—Gracias—contestó Alcalá—, hasta después; volveremos a buscarte antes de que caiga el telón.

Y salió precipitadamente, llevándose a Mercedes asida de una mano. Atravesaron el vestíbulo y empezaron a subir las escaleras.

—¿Adónde vamos?—preguntó ella.

—Ahora lo verás.

Instintivamente experimentó la hija de Gómez-Urquijo una violenta emoción de terror. Sus labios palidecieron y sintió enfriarse sus manos. Llegaron al anfiteatro segundo.

—Al fin—murmuró el actor—, y por primera vez, vamos a estar solos, completamente solos tú y yo.

La arrastraba a lo largo de un corredor oscuro, con un brazo vigoroso irresistible, como el brazo de la Fatalidad.

—¡Oh!... pero, ¿a dónde me llevas?—repitió Mercedes angustiada—; estoy ignorante de todo... Carmen nada me ha dicho.

—Porque Carmen no sabe que yo he comprado un palco para ti... para nosotros...

Al fondo del pasadizo, sobre cuyo solado de tablas las pisadas retumbaban estrepitosamente, un acomodador, apoyado contra la pared, leía un periódico a la luz de una lamparilla eléctrica. Roberto Alcalá se llegó a él.

—Palco proscenio, número...

—Sí, señor; éste es.

Y abrió una puertecilla, que los amantes franquearon sin detenerse y que luego el actor cerró por dentro. Mercedes, de súbito, sin comprender apenas cómo pudo llegar allí, se encontró en un amplio antepalco, especie de habitación rectangular, tapizada de rojo. Del salón les separaba un pesado cortinaje de terciopelo, a través del cual penetraban el confuso murmullo de la muchedumbre que invadía el teatro y los acordes de la orquesta, que empezaba a ejecutar los primeros compases de la overtura. Pasada la primera impresión, Mercedes reparó en un viejo diván tentador, ancho y muelle, envilecido por las orgías de muchos

Carnavales, y tuvo la intuición neta de que su perdición estaba en él.

—Yo no puedo estar aquí, no debo estar aquí—murmuró dirigiéndose a la puerta—; vámonos...

Roberto la contuvo suavemente.

—No temas ninguna celada. He ideado este medio únicamente para que podamos charlar tranquilos. Eso es todo.

Mercedes tiritaba de emoción, de frío...

—Pero pueden vernos... y venir...

—Aquí no puede venir nadie, y menos entrar sin permiso nuestro.

Como quien es muy dueño de sí mismo y no tiene prisa en extremar sus caricias, añadió:

—Desde el palco, que es harto hondo, veremos a tu madre y a mis parientas sin peligro de ser vistos. Acércate...

Y apartó el lado del cortinaje inmediato a la pared. Mercedes obedeció.

—¿Ves?—dijo Roberto extendiendo un brazo—allí están.

—¿Dónde?...

—Allí, a la izquierda de la tercera columna... junto al pasillo...

Un gentío compacto invadía el salón: desde

los anfiteatros centenares de cabezas miraban impacientes al escenario. Los ojos de Mercedes, mareados por aquella aglomeración de semblantes desconocidos, iban de un lugar a otro buscando el sitio indicado por el actor. Luego ahogó un pequeño grito; acababa de ver...

—Sí, sí—murmuró—, tienes razón...

Allí, en efecto, estaban doña Balbina, doña Inés y Nicasia, y por los labios de las tres vagaba una sonrisa demostrativa de cuán grandes eran su satisfacción y tranquilidad. Hacía calor: el vaho sofocante formado por la respiración enorme de la muchedumbre, ascendía del fondo de la sala, como un eructo; en los palcos las mujeres balanceaban suavemente sus abanicos de plumas; en los anfiteatros el público ofrecía un aspecto barroco y chillón: sombreros, boinas toquillas azules, capas con embozos amarillos, blancos y rojos, pañuelos multicolores... todo desordenado y en montón, como las prendas en los escaparates de los baratillos. Por todas partes resonaban ruidos de pasos y murmullos de conversaciones sostenidas en voz baja, que producían un amenazador zumbido de enjambre. Los violoncelos lanzaban al espacio

sus notas melancólicas, largas y dolientes, como gemidos. En el escenario «Marina» cantaba:

Brilla el mar engalanado
con su manto de bonanza;
Dios sus olas ha pintado
del color de la esperanza...

—Ven—dijo Roberto empujando a Mercedes hacia el antepalco—; aprovechemos los minutos... ¡Te quiero tanto!...

De pie, junto al diván hondo y muelle como un tálamo, los dos amantes se abrazaron estrechamente en un arranque que unió, a la vez, sus rodillas y sus labios.

—Roberto...

—¡Querida de mi alma!

El llanto anegaba los ojos de la joven; el actor, deslumbrado momentáneamente por la posesión de bien tan cumplido, no podía hablar y continuaba besándola sobre los párpados, en la nuca, detrás de las orejas... hundiendo el rostro entre los cabellos aromosos de la muy Deseada.

Se habían sentado en el diván: ella absorta, indecisa, la vista fija en el suelo y las manos

cruzadas sobre la falda; él a su lado, muy cerca, rodeándola el talle con un brazo calenturiento, que ardía.

—Tantas zozobras, tantas angustias—suspiró Mercedes—, y ¿para qué?... para separarnos transcurrido un momento...

—¡Oh, de eso nos ocuparemos ahora—repuso Alcalá con arrebato—, de unir para siempre nuestros destinos!...

Empezó a hablar lentamente y con esa voz insinuante y queda de las grandes revelaciones, y alentando sobre los labios de la Deseada como para también aturdirla con los viciosos cosquilleos de su aliento...

—Al fin estamos juntos y puedo decirte lo que tan guardado traigo en el pecho... lo que jamás hubieran sabido decirte mis cartas...

Un dulce quebranto iba apoderándose de Mercedes; sus músculos se aflojaban, sus nervios se adormecían. Comenzó a ver los objetos rodeados de un nimbo neblinoso, y los ruidos parecían llegar a su espíritu de muy lejos, como a través de un ensueño. A su lado la palabra de Roberto susurraba blandamente, destacándose del revuelto clamoreo de voces y de músicas que ascendían del escenario, y de aquel

leve murmujeo humano que llenaba la oquedad del teatro con un zumbido de colmena.

Roberto, al hablar, recorría diestramente diversos momentos sentimentales, y lo hacía llevado de su pasión, que en tales momentos era caudalosa y leal.

—¿Te acuerdas, vida mía, de nuestras emociones primeras?... ¡Ah!... ¿Por qué aquellos días venturosos no duraron siempre?... ¿Por qué no habíamos de vivir los dos eternamente juntos, según nuestros deseos?... Acércate, Mercedes; más, más... mucho más... que yo te sienta bien próxima a mí...

Ella desfallecía sofocada por el deseo del enlabiador, por el ambiente cálido, saturado de perfumes y de olores acres, que subía de la sala, y por el extraño vértigo que en su ánimo prendía aquel hondo antepalco tapizado de rojo. De pronto sus nervios vibraron al considerar la historia de aquella alfombra raída, hollada por tantos pies, y la de aquel diván, innoble como un lecho de mancebía, sobre el cual, de fijo, se habrían entregado muchas mujeres.

—¡Ah... me ahogo!—exclamó—¡déjame!...

Y se puso de pie. Roberto Alcalá también se levantó.

—¿Cómo?... ¿Dejarte marchar cuando tantos trabajos me costó traerte?...

En su voz, insinuante y acariciadora, había un dejo colérico casi imperceptible, un leve acento duro, metálico, que inútilmente procuró ocultar.

—Sí, déjame—insistió Mercedes—, tengo miedo de que mi madre nos sorprenda. Vámonos...

—Luego, cuando concluya el primer acto. Ahora no nos amenaza ningún peligro, y para mayor seguridad tuya, asómate al palco y mira....

Al entreabrir las cortinas Mercedes recibió en pleno semblante un bofetón de calor y de escándalo. Allá lejos, efectivamente, entre un plantío de cabezas, vió de nuevo a su madre, a doña Inés y a Nicasia, que miraban al escenario embobecidas. En tal instante y como obedeciendo la orden de algún poderoso hechicero, el teatro se llenó de ese silencio que precede a los más interesantes momentos musicales, y en el espacio vibró la voz del tenor...

Al ver en la inmensa
llanura del mar...

La voz animosa, vibrante, del desterrado que vuelve...

Mercedes dejó caer la cortina y acercóse a Roberto, que la esperaba en el diván. La joven, poseída súbitamente de inexplicable emoción, desplomóse a su lado, sollozando.

—¡Oh, qué notas tan tristes!...—balbuceó—¿por qué harán tanto daño?...

Aquella música que, cuando niña, oyó indiferente muchas veces, despertaba ahora en su alma una turbia marejada de recuerdos: evocó sus primeras sensaciones, la casa donde nació, con sus habitaciones desamuebladas, tan tristes, y sus ventanas sin visillos desde las cuales se oteaban vastos solares nevados; y vió a Mme. Relder, alta, engabanada, llegando siempre a la misma hora, y dejando tras sí un pertinaz olor a violetas... Y experimentó de nuevo las emociones musicales de aquel lejano entonces: los valses libertinos de Waldteufel que rimaron el loco regocijo de tantas bacanales carnavalescas; las melodías de Donizetti y el dolor de Chopin, el brujo enfermo que supo llevar al pentagrama el misterio de los crepúsculos.

Roberto peroraba exaltadamente, soliviantando los nervios de la muy Apetecida.

—Te necesito—murmuraba—, necesito de tu cuerpo para seguir viviendo... Calma, vida mía, con tu entrega, el incendio que tu belleza puso en mi sangre; dulcifica, con miel de tus labios, el mortal amargor de los míos... Ven, no te defiendas, ven... ¡que te deseo!... Ven, ven... ¡tengo sed de ti!...

Mas ella no le oía; soñaba, recordaba... Aquello era la repetición exacta de lo que los libros de su padre la enseñaron; Roberto era el hombre, el amor mismo, que ofrece cuanto tiene, y pide y suplica y se arrastra por alcanzar de la mujer amada al supremo bien. Roberto no mentía; su pasión relampagueaba en sus ojos, se estremecía febril en sus manos, tremolaba en su voz. Roberto era el bien adorado por quien ella suspiró tanto tiempo, el galán desdibujado y anónimo con quien bailaba imaginativamente cuando niña escuchando los valses de Waldteufel, el galán que suspiraba con Donizetti y lloraba con Chopin... Y era también el actor que vió en el teatro rendir la casta altivez de tantas mujeres, y que en aquel supremo instante representaba en honor suyo

cuanto ella había leído y deseado; el amante irresistible, en fin, que arrastró a «Eva» y a «Matilde» por la pendiente de la tentación, y que Gómez-Urquijo, el prodigioso novelador de los amores sensuales, la enseñó a querer...

Roberto Alcalá proseguía con creciente arrebato:

—Los años pasan, Mercedes de mi alma, la juventud no vuelve... No consientas que tu pasión exclame: «Basta»... cuando la mía repite «¡Siempre, siempre!»... Yo quiero ser feliz. ..¡Ayúdame a serlo!...

«¡Quiero ser feliz!...» Este grito, este amor a la vida sugerido por el horror que inspira la muerte, era el grito eterno con que la humanidad reniega de la fatídica maldición que la condena a encanecer y a sucumbir, el mismo sentimiento que Mercedes había invocado ante su padre cuando éste quiso negarla su derecho a ser dichosa.

—Yo también merezco ser feliz—exclamó la joven—. Vivir consagrada a ti, morir amándote... es la pesadilla de todas mis horas...

—Cede, pues... ven...

—No...

—Me lo prometiste,

—Lo sé, pero... estaba loca... ignoro lo que dije... Perdóname... ¡Déjame!...

—Luego—repuso el actor con voz agonizante—; espera aún...

Y otra vez reanudó incansable su peroración ardiente, y de nuevo Mercedes sintió que las fuerzas la abandonaban: Roberto, el galán invencible de todos los dramas, el seductor irresistible de todas las novelas, el iniciador... iba a triunfar...

—Yo pagaré con pródiga largueza tus favores—murmuraba el actor—y haré que enloquezcas sobre mi pecho de voluptuosidad... Ven... ¿Para qué resistes si al fin has de pertenecerme?... Yo sé, mejor que nadie, cómo se abraza... y cómo se besa...

Una voz varonil cantaba desde el escenario:

Tú mañana serás mía,
tú serás mi eterno amor...

Aquello constituía una conflagración irresistible de tentaciones; el recato de Mercedes agonizaba; Roberto seguía acariciándola, popeándola, besándola los párpados, la nuca... El ambiente del antepalco llegó a ser sofocante; la

joven se ahogaba... El conquistador la cogió de las muñecas...

En este momento resonó en el salón una atronadora tempestad de aplausos y por los pasillos del teatro voces y pasos de gentes que salían en tropel. Había terminado el primer acto. La hija de Gómez-Urquijo, vuelta a la realidad bruscamente, se levantó.

—Vámonos—suplicó—, vámonos en seguida, corre... mi madre está esperándome.

—Aguarda.

—No... ¡Imposible!... ¡Tú quieres perderme!...

Corrió hacia la puerta, pero el actor, viendo el fracaso inminente de sus planes, la cerró el paso.

—No te dejo salir—dijo—, porque si sales... no vuelves.

—Sí, vuelvo... te lo prometo, te lo juro...

—No, no vuelves... y entonces te habría perdido para siempre.

Rompió ella a llorar, desesperada de ser tan débil. Luego, dirigiéndose hacia la parte anterior del palco, miró: mucha parte del público había salido, dejando grandes hileras de asientos vacíos; doña Balbina no estaba... La joven

clavó en Roberto sus ojos, que lucían con el fulgor de las desesperaciones infinitas.

—Se ha marchado—dijo—, mi madre se ha marchado...

—¿Qué te importa nadie?—interrumpió Alcalá—; piensa en mí, en mí solo; yo deseo ser tu amor y tu ley...

Ella avanzó hacia la puerta, él la sujetó y empezaron a forcejear.

—Cobarde, cobarde—repetía la Deseada—, abusas de mí...

Luchando cayeron sobre el diván y Roberto, que había recobrado toda su sangre fría, empezó a hablar con nuevo ardimiento y redoblada ternura. Ella le escuchaba jadeando, casi vencida, pensando en que las heroínas novelescas no suelen resistirse tanto... Paulatinamente aquel ruido de gentes que iban y venían por los pasillos disminuyó; las puertecillas de los palcos volvieron a cerrarse; el segundo acto iba a empezar.

—El daño ya está hecho y es irreparable—decía Roberto—, porque sin duda tu madre te ha buscado y a estas horas cree que te has ido del teatro; hazte cuenta, pues, de que rompiste

para siempre con el mundo, y que me perteneces.

—¡Oh, esto es horrible!...

—No tanto como supones.

—¡Sí, es espantoso!... Pobre madre; estará llorando por mí... ¡Madre mía, madre mía!...

—¡Ah!... Compadeces sin razón a tu madre y no te apiadas de mí, que sufro más.

—Ella es vieja... una pobre vieja que todo lo esperaba de mí...

—Y tú una ilusa, que sacrificas al yerto pasado de tu madre el caliente porvenir de tu juventud...

El teatro, de repente, había quedado silencioso; la representación continuaba. Alcalá reanudó su discurso, ora ponderando briosamente sus anhelos de felicidad, ora discurriendo melancólico acerca de lo irremediable de lo que no vuelve...

—Quiéreme, Mercedes—repetía—, quiéreme... que la vida es corta...

—¿Y después?

—¿Después?... ¡Siempre igual!... Los dos unidos... tú, viviendo para mí... yo, para ti... en un abrazo eterno,

Ella había reclinado su cabeza en un hombro

de Roberto, para mejor recibir sobre sus rojos labios ávidos los besos del actor...

—Quiéreme, amada mía, ya que atravesamos la edad de los ensueños y del amor... de todo eso tan exquisito y que huye tan pronto...

Hasta ellos llegaba la voz clara, fresca, vibrante, magnética, del tenor, que cantaba:

¡Adónde vais huyendo
las ilusiones!...

Los dos amantes se miraron con ansia infinita, comprendiéndose, sintiendo que sus almas acababan de fundirse en el mismo encanto musical. Aquél era el grito eterno, desgarrador, de la juventud que se despide. La muy Deseada entornó los párpados... El tenor cantaba con voz doliente, como un sollozo:

A beber, a beber, a ahogar
el grito del dolor...

Y el coro respondía briosamente:

A beber, a beber, a apurar
la copa del licor...

En todo esto había amores, celos, esperanzas marchitas, despecho, lágrimas, algo eléctrico que flagelaba la espalda y producía una sensación de frío en los cabellos...

—Ven—murmuraba Roberto—, ven... soy yo quien te llama...

La virgen languidecía, abandonándose entre los brazos del tentador. Todo se confabulaba en contra suya: la música, la atmósfera ardorosa del antepalco, el color rojo de las paredes, la blandura de aquel diván cómplice de tantos oscuros vencimientos... La joven no hallaba ninguna razón firme a qué asirse; los libros la enseñaron a ser frágil; Roberto consumaba el incesto monstruoso que comenzó don Pedro Gómez-Urquijo...

—¡No puedo más!—murmuró—. ¡No puedo más!... Se me va el corazón...

El público palmoteaba electrizado, pidiendo la repetición de la última escena.

—Ven, ven...—repitió Roberto.

En la oquedad del salón silencioso volvió a resonar poderosa la voz del tenor, lanzando aquel grito enervante, desgarrador, trágico, de la juventud que se despide:

¡Adónde vais huyendo
las ilusiones!...

.............................................

Y fué.

# IX

Aquella noche Mercedes la pasó delirando: su frente y sus manos ardían, tenía los labios secos y los ojos bruñidos por la fiebre. Poseída de terrible exaltación nerviosa, se revolcaba en el lecho destapándose, buscando de continuo la frescura de las sábanas, barbotando un monólogo disparatado trasunto del incoherente trajín de su cerebro.

—Palco... esa puerta... déjame... ¡Oh, qué ruido, qué calor, cuánta gente!... ¡Me ahogo, me ahogo... abrid esa puerta!...

Doña Balbina, sentada junto al lecho, la escuchaba sin responder para no aumentar su excitación, según Gómez-Urquijo la había aconsejado. Luego, merced a unos pediluvios muy calientes, la enferma se recobró mucho, dejó de hablar y, a la madrugada, dormía tranqui-

la. Al día siguiente despertó bien, extrañando que la hubiesen oído soñar en voz alta.

Los días volvían a desfilar uniformes, tediosos, y tan absolutamente uniformes, que los unos borraban el desabrido recuerdo de los otros; y todos eran largos, soporíferos, como modulaciones de un mismo bostezo... Doña Balbina nada llegó a saber de lo ocurrido en la Zarzuela, el delirio de Mercedes lo achacó el médico a un enfriamiento, y aquel incidente fué olvidándose. Todas las mañanas, Mercedes iba con su madre al Conservatorio y por las tardes recibía la visita de Carmen Vallejo, quien casi siempre era portadora de una carta de Roberto; cartas apasionadísimas, desesperadas, terribles, que quemaban los dedos.

Quince días se fueron.

La tarde de un sábado, víspera de Carnaval, doña Balbina se hallaba en el comedor, cosiendo junto a la ventana bajo las postreras claridades del crepúsculo; Mercedes copiaba en el despacho, una lección de música; Gómez-Urquijo y Felipa habían salido. Un reposo triste pesaba sobre las habitaciones silenciosas, con sus muebles oscuros y sus puertas señoreadas por cortinajes inmóviles; la lluvia tamborileaba so-

bre los cristales, y en el cañón de las chimeneas el viento gemía con estentóreos lamentos y ronquidos de gigante moribundo. De pronto la casa retembló sacudida por un violento portazo. Doña Balbina levantó la cabeza y escuchó... En aquel momento la lluvia arremetía con redoblada furia contra los cristales; el reloj del comedor proseguía impasible, tic-tac, tic-tac...

—No será aquí—pensó la anciana—; y siguió su faena.

Luego, por efecto de una misteriosa concatenación de ideas, recordó los amores de Mercedes, sus tristezas, el anónimo que una mano desconocida escribió prometiendo revelarla secretos gravísimos... y de nuevo volvió a preocuparla aquel portazo que continuaba resonando dentro de su cráneo. Alarmada repentinamente, se levantó y fué al despacho: Mercedes no estaba allí. Sobre la mesa y por el suelo como arrojados en un acceso de coraje, yacían varios papeles de música; la anciana inspeccionó el dormitorio de la joven y recorrió todas las habitaciones repitiendo angustiada: «¡Niña, niña!»... Hasta volver delante de aquella puerta que tan violentamente habían cerrado momentos antes.

—No está...—murmuró doña Balbina.

Y miraba a su alrededor. Su tímido corazón se resistía a admitir la posibilidad de una gran desgracia: su hija volvería...

—Habrá ido a casa de Carmen...

Esto fué pra ella un rayo confortable de esperanza, y admitió complacida lo mismo que en otra ocasión la hubiese disgustado.

—Pero, ¿cómo no me lo habrá dicho?...—agregó.

Permanecía inmóvil en medio del recibimiento, temblando ante el pavoroso misterio de aquella puerta hermética. Era inconcebible que Mercedes hubiera salido exponiéndose a que Gómez-Urquijo la sorprendiera; por la memoria de la atribulada señora pasaron revueltas algunas imágenes: Roberto Alcalá, la representación de «Marina» y aquellas palabras incoherentes que Mercedes pronunció en su delirio... «Palco... déjame... esa puerta...»

De súbito la anciana sintió frío, frío de cuartana y miedo de hallarse sola en aquella casa, con sus muebles oscuros y sus puertas adornadas por severos cortinajes inmóviles, como muertos; miedo de la lluvia que repiqueteaba

en los cristales y de aquel viento que aullaba en las chimeneas con estertores agónicos, y de aquel viejo reloj que marcó la hora de su casamiento treinta y dos años antes, y que había devorado su vida...

Transcurridos pocos instantes volvió al comedor, sentóse junto a la ventana y esperó. La noche había cerrado completamente: en el hogar de la cocina el carbón crujía lanzando chispas que derramaban sobre las bruñidas cacerolas fugaces reflejos sangrientos... Pasó más de una hora. Felipa no venía, Mercedes tampoco. ¿Qué significaba aquéllo?...

De repente el timbre de la puerta vibró.

—¡Ahí está!...—exclamó la anciana pensando en su hija y mientras corría hacia el recibimiento—: ¡Ahí está; es ella!...

Abrió. Era Gómez-Urquijo.

—¿Vienes solo?...

Había tantas lágrimas en sus ojos y tan desgarradora emoción en su voz, que don Pedro experimentó el vago presentimiento de algo terrible.

—Sí, solo...—repuso—: pues, ¿a quién esperas? ¿Y Mercedes?

—No está—murmuró la infeliz mujer desfalleciendo.

—¡No está!...—repitió don Pedro, pálido.

—No; ha salido.

—¡Ha salido!...

—Sí...

—¿Adónde?

—No lo sé.

Y agregó, temiendo que el anciano se enfureciese:

—Pero... volverá pronto... habrá ido a casa de Carmen...

Callaron acobardados ambos bajo la repentina intuición de una desgracia.

—¡¡Mentira!!—gritó de pronto don Pedro—: tú nada sabes... ella nada te ha dicho, ¡no mientas!...

Cogida de las muñecas la arrastraba hacia el salón.

—¿Dónde estabas tú?—repetía—: ¿cómo ha salido Mercedes de aquí?... ¡Habla! ¡Imbécil, imbécil!...

Tenía la convicción de que Mercedes se había fugado, y bajo este mazazo brutal que sobre su vejez descargaba la fatalidad, su rostro

adquirió la expresión angustiosa de esos colosos de piedra obligados, por caprichos del arquitecto, a soportar con sus frentes un peso enorme.

Doña Balbina refirió cuanto sabía: ella estaba en el comedor, cosiendo; de pronto oyó un portazo que parecía haber resonado en el piso de abajo; enseguida registró la casa, sin hallar a Mercedes. No sabía más...

—Pero... ¿a qué viene eso?...—exclamó rehaciéndose—, crees que nuestra hija...

—¡Sí, sí... lo creo!... ¡Creo que la hemos perdido!...

—¡¡Pedro!!

—Creo que nuestra hija se ha ido... ¡para siempre!...

Ella dió un grito.

Gómez-Urquijo corrió hacia el recibimiento enloquecido, queriendo salir a la calle para pedir socorro... Pero se detuvo.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?—interrogó.

—¡Oh, bastante... más de una hora!...

—¡Una hora!...

Volvió a la sala retorciéndose los brazos, mesándose el cabello, maldiciendo de sí mismo.

Después, presa de salvaje frenesí, avanzó sobre su mujer con el puño levantado, abofeteándola con aquella misma mano que tantos años trabajó para alimentarla y vestirla.

—¡Imbécil, imbécil!—repetía.

Luego, anonadado por la catástrofe que destruía de golpe la mejor ilusión de su vida, sintió que aquel bárbaro coraje se revolvía contra sí mismo.

—¡Oh, ambición... quimera torturadora de mi alma!... ¡Gloria maldita que convertiste mi existencia en escenario de triunfos efímeros y de pesadumbres sin cuento!... Tú me arrebataste todo: juventud, descanso, porvenir, familia... ¡Todo lo di por ti, que eres humo; todo lo di por nada!...

Doña Balbina le oía, llorando hilo a hilo; el dolor la impedía hablar. Gómez-Urquijo siguió perorando: el desdichado se reconocía autor principal de aquella gran tragedia; él había desorbitado a su hija, él poseyó su alma, y aquel abominable incesto espiritual lo continuaba otro hombre...

—¡Yo fuí!—repetía—yo fuí.

Inconscientemente, los dos ancianos, movidos

por el deseo de ver el último sitio donde Mercedes estuvo, penetraron en el despacho. Buscaban un rayo de luz que les orientase; acaso un consuelo... Sobre la mesa, y como fruto lógico de cuanto en ella se escribió, había una carta. Doña Balbina lanzó un grito. Gómez-Urquijo rasgó el sobre, y acercándose a la ventana, vió unos renglones que parecían compendiar toda la filosofía voluntariosa de sus libros.

«Querido padre...»

Hubo una pausa. La carta iba dirigida a su verdadero autor.

—Yo no puedo leer—balbuceó el anciano, cuyos cabellos parecían más blancos—: me ahogo; lee tú...

Y doña Babina, más curiosa, leyó:

«Querido padre: Causas de las cuales no es usted responsable, me obligan a separarme de su lado. Perdone usted el daño que le causo y procure olvidarme. Yo le dejo a usted como usted abandonó a mis abuelos; es una ley cruel contra la que es inútil rebelarse. La vida—nuestra vida—usted lo ha dicho, es una novela que cada cual debe escribir; permítame usted, por tanto, redactar la mía, Quiero aprovechar

las ilusiones, la juventud, todo eso tan efímero y tan hermoso, que no vuelve; ¡quiero ser feliz, padre mío!... Dele usted un beso a mi madre. Adiós...

FIN

Barcelona.—Abril, 1900.

RENACIMIENTO ofrece a sus lectores de España y América la primera Colección Completa de las obras de este insigne novelista, uno de los predilectos del público.

Se trata de una reimpresión cuidadísima, seria y definitiva, vigilada por el propio autor, que quiere ofrecerse en ella sin mixtificaciones de ninguna especie. Todo cuanto pudiéramos decir de la chabacanería con que fueron tratadas en distintas épocas las obras del ilustre autor de *Europa se va...* está resumido en la «Advertencia» que insertamos a continuación, suscrita por el mismo Zamacois y a la que remitimos a lectores y libreros:

# Declaración indispensable

Mis doce o quince primeros libros: ***La enferma, Punto-Negro, El seductor, Duelo a muerte, etc.,*** fueron escritos a vuela pluma, bajo la presión de la Necesidad, y vendidos a precios irrisorios a la Casa Editorial Sopena; la cual, después de veinte años, continúa publicándolos con los mismos errores, y envueltos en los mismos deplorables andrajos literarios con que aparecieron.

Pero yo, persuadido de que no merecían tan mal trato, acudí a corregirlos, y tan honrada y perseverante aplicación puse en ello, que casi «he vuelto a escribirlos».

De consiguiente, la única edición que me atrevo a recomendar a mis lectores es ésta, de RENACIMIENTO. Todas las anteriores—especialmente aquéllas de la Casa Editorial Sopena—son execrables y únicamente merecen olvido. Yo, no las reconozco; no las autorizo; yo no escribiré jamás sobre la primera página de esos libros dedicatoria...

Por rescatar los millares de ejemplares que de esas ediciones se han vendido, daría el autor su mano derecha...

EDUARDO ZAMACOIS.

Febrero, 1923.

# ÚNICA EDICIÓN DEFINITIVA DE LAS OBRAS COMPLETAS DE EDUARDO ZAMACOIS

## Novelas de la Primera Epoca

PUNTO-NEGRO ............................ 4 ptas.

(Traducida al francés por Xavier de Ricard.)

Durante muchos años Zamacois fué, por antonomasia, «el autor de *Punto-Negro*», y más de una artista adoptó este nombre como pseudónimo. Este libro romántico, ardiente y sensual, como *Werther*, como *Manón*, como *Safo*... será siempre «la novela que leemos a los veinte años y nos hace llorar»... porque siempre hallaremos algo «nuestro». Con *Punto-Negro* dió Zamacois «el primer paso» hacia la victoria.

INCESTO .. .. ............................ 4 ptas.

Obra comentadísima, donde el autor plantea, alrededor de un asunto fuertemente dramático, formidable problema de orden moral.

TIK-NAY «EL PAYASO INIMITABLE».......... 4 ptas.

Estudio admirable, al par documentado y novelesco, de un caso real de «ataxia locomotriz ascendente». Los últimos momentos del viejo clown, tienen un relieve enorme.

El seductor.. .. ........................ 4 ptas.

(Traducida al francés por Ch. Docteur.)

La mayoría de las cartas líricas, exaltadas, alucinantes, que integran la mejor parte de este libro, han sido «historia» después, porque muchos amantes, modificándolas convenientemente, las hicieron suyas. En esta novela el espíritu triunfa de la belleza física. El alma encendida de *El seductor* es la misma de *Cyrano de Bergerac*.

Duelo a muerte.. ........................ 4 ptas.

Obra de rebeldía; torneo implacable entre un gran artista que hizo de su amor su Credo, y la hipocresía social. El desenlace, por lo grandioso, hubiese solicitado la inspiración de un Wagner.

Memorias de una cortesana................ 5 ptas.

Historia desgarradora de pasión y dolor—de risas también—en la que su autor sospechamos que deslizó episodios reales acaecidos a hetairas y aventureros que él conoció y acaso vivan todavía.

Sobre el abismo.. ........................ 4 ptas.

Novela de marineros; cuadro rembranesco hecho de rojo y de hollín; espantosa tragedia en la cual la lujuria y el instinto de conservación—supremos impulsos del alma—luchan a muerte.

## Novelas de la Segunda Epoca

El otro.. .. ........................ 5 ptas.

En este libro, que ha sido cinematografiado y del que van vendidos *ciento sesenta mil ejemplares*, hallará el lector páginas calofriantes, insuperables, de terror supersticioso y de flagelación por sadismo, y una razona-

da explicación de la supervivencia del alma. Su ilustre autor lo dedica: «A los muertos».

EUROPA SE VA ............................ 5 ptas.

El asunto se desenvuelve en el admirable escenario cosmopolita de un trasatlántico que marcha a Buenos Aires, cargado de emigrantes: españoles, italianos, turcos, rusos, griegos, sirios, argelinos, etc. Hay escenas supremas, como la muerte, por amor, del millonario «Jorge Bridsbach»; y figuras sirenas, como la de aquella «Susana Massim», que lleva el cadáver de su marido a bordo.

LA OPINION AJENA.. .. ...................... 5 ptas.

Obra formidable de ironía: los tipos, el argumento, las escenas una a una, son magistrales; chorrean gracia. En Eça de Queiroz no hallamos nada superior. Este libro señala en el espíritu de su autor una modalidad nueva, y también una cumbre.

EL MISTERIO DE UN HOMRBRE PEQUEÑITO...... 5 ptas.

Pertenece, como *El otro*, a las novelas dictadas por la obsesión del «más allá». La vida de los «íncubos», la sugestión a distancia, los «desdoblamientos», etc., aparecen descritos con aquella fuerza calofriante que dictó a Maupassant sus cuentos de terror. Este libro es una de las mejores ventanas que el Arte ha sabido abrir sobre el MISTERIO.

MEMORIAS DE UN VAGON DE FERROCARRIL...... 5 ptas.

(Traducida al portugués por Silvio Julio.)

Es una de las obras maestras de su autor. En ella las escenas más diversas se multiplican en *film* interminable y prodigioso. El asalto de un tren realizado por varios *apaches*, los amores de «Raquel» y «Rodrigo» y el crimen de «Emma Sansori», son capítulos de suprema emoción. También merecen citarse las descripciones de las principales regiones españolas: Cata

luña, Valencia, Andalucía, Galicia, provincias Vascongadas y Castilla.

Una vida extraordinaria.. ................ 5 ptas.

Asombra el caudal de inventiva derrochado, sin tasa, en la composición de esta novela. Los episodios pícaros, cómicos o sentimentales, se multiplican, y lo Imprevisto fluye interminablemente, como la sangre de una arteria cortada.

«Reflejo amable de mi existencia andariega—escribe su autor—es este libro, rico mosaico de peripecias y matices interiores, del que podrían sacarse veinte novelas ligeras, veinte comedias, veinte sainetes... y, acaso, también, si buscásemos en la filosofía que de él se deduce, un buen drama»... Estas páginas, que pudieron ser dedicadas al divino Bocaccio, resucitan el espíritu galante del *Decamerón*. Es harto verosímil también que fuesen autobiográficas, aunque Zamacois, por no atreverse a decir que eran suyas»—pudor bien disculpable—las atribuya a un personaje imaginario...

Para ti... Libro I. (*Novelas.*).............. 4 ptas.

Comprende este volumen las seis novelas cortas siguientes: *Rick*, *El collar*, *La cita*, *El secreto*, *El paralítico* y *Una mujer espiritual*.

Para ti... Libro II. (*Idem.*)............... 4 ptas.

Comprende otras seis novelas cortas, a saber: *La caída*, *La virtud se paga*, *El hijo*, *Historia de artistas*, *Los ojos fríos* y *Una buena acción*.

Para ti... Libro III. (*Idem.*)............... 4 ptas.

Lo forman las seis novelas cortas: *Odios salvajes*, *El maleficio amarillo*, *Historia de un drama que no gustó*, *Astucias de mujer*, *Sobre el mar*, *El emigrante*.

Varias de las novelas reunidas en estos dos volúmenes fueron traducidas al inglés por G. Alland England, y al alemán por la señora Olga Sachel-Lichenstein.

## Autobiografías

Confesiones «de un niño decente»........... 5 ptas.

Campea a lo largo de este libro, impregnado de fragancias infantiles y de aguda ironía, una sonrisa interminable. Es dulce, es hondo; nos regocija, nos hace pensar, nos humedece los ojos... La crítica lo ha comparado a las páginas maestras de *David Copperfield*, de Dickens, y de *Petit-Pierre*, de Anatole France.

Años de miseria y de risa.................... 4 ptas.

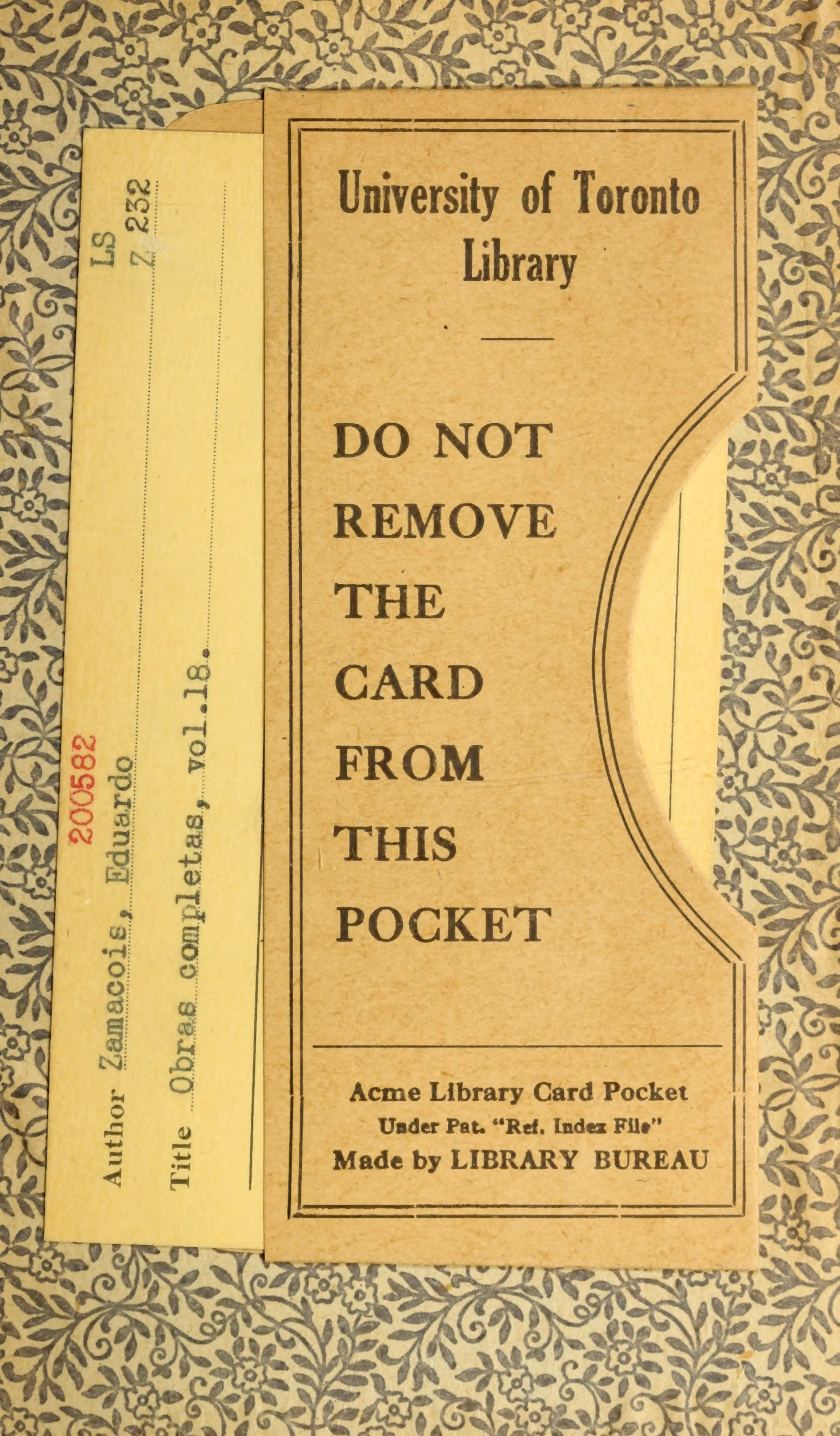
Donde el autor habla de muchos grandes artistas de quienes fué amigo, y refiere mil lances pintorescos de su larga vida errante; pero siempre por estilo ligero, despreocupado y alegre, porque, como él dice expertamente, «tomarnos a broma es la única manera de que los demás nos tomen en serio».

## Viajes

La alegria de andar. (*Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro América y América del Sur.*).. 5 ptas.

Relación amenísima de paisajes, tipos y costumbres, trazada con singular donaire y delicioso buen humor. Podría decirse de este libro que «es una sonrisa paseada por un continente». También ofrece retratos maestros, como los de Estrada-Cabrera y Juan Vicente Gómez, el tirano de Venezuela.




200582
Author Zamacois, Eduardo
Title Obras completas, vol.18.
LS
Z 232
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

